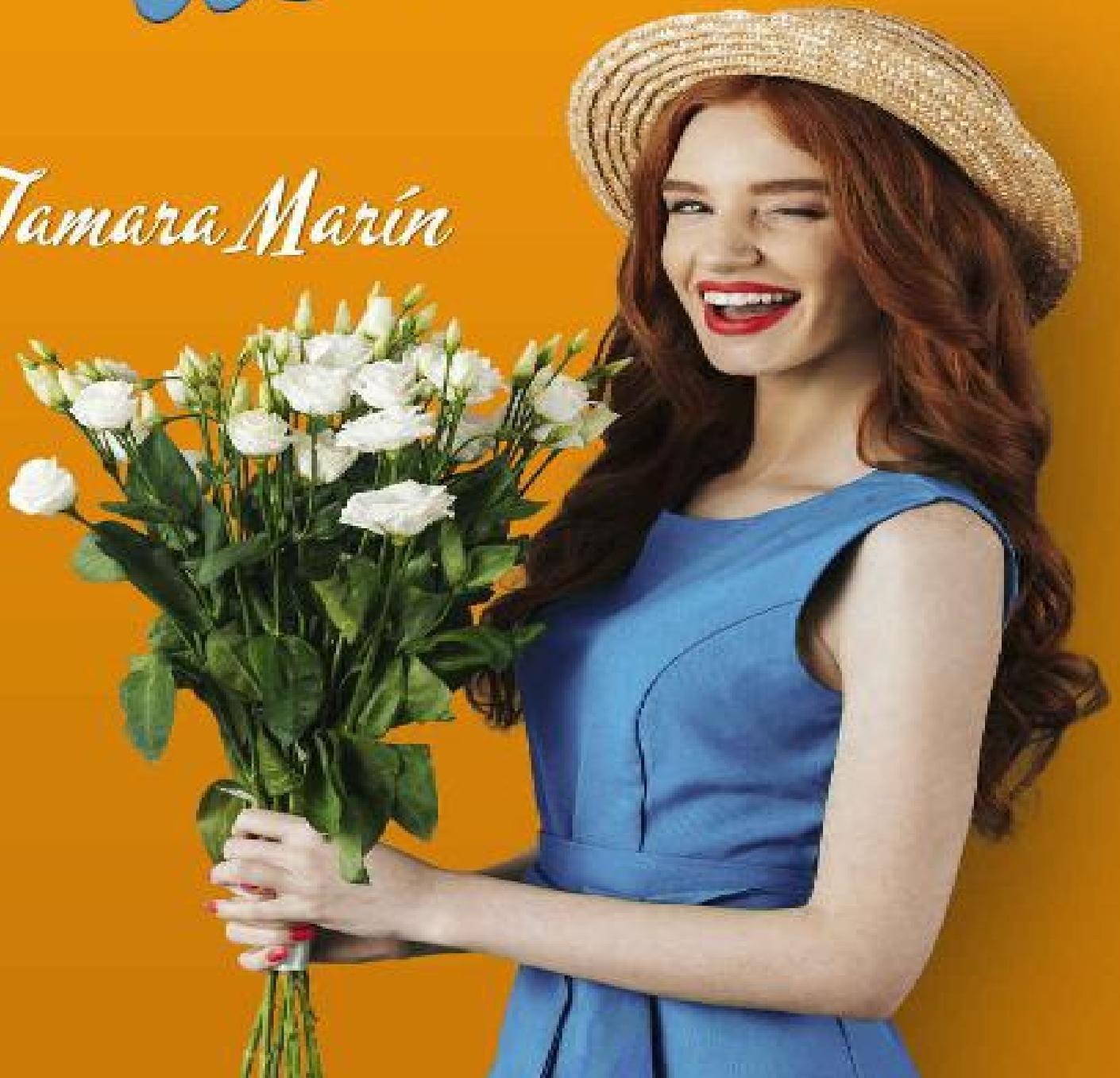


*Yo no soy  
de nadie*

*Tamara Marín*



YO NO SOY DE NADIE

*Tamara Marín*

## **Yo no soy de nadie**

Marzo 2019

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: [@tamaramarin04](#)

Twitter: [@tamaramarin04](#)

Facebook: [Tamara Marín](#)

Edita: [www.mundopalabras.es](http://www.mundopalabras.es)

contacto@mundopalabras.es

Tel: 944 06 3746

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de [www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

ISBN: 978-84-949870-8-3

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

*A mi compañero de vida.  
Gracias por aceptar y querer todos mis defectos.  
Gracias por apoyarme en todo  
y darme la mano cada vez que caigo.  
Gracias por caminar a mi lado.*

*Yo tampoco soy de nadie.*

*No eres mi media naranja, porque quiero a una persona entera.*

*No necesito ser la media naranja de nadie, porque yo estoy completa sin ti.*

*No me hace falta un hombre a mi lado, porque yo puedo sola.*

*No necesito un caballero, porque quiero a un igual.*

*Por eso agradezco tenerte a mi lado, compañero, amante, amigo, pareja, padre de mis hijas... y muchos nombres más que podría ponerte.*

*No nos necesitamos. No somos el uno del otro, pero caminamos juntos, de la mano, en la misma dirección y eso, para mí, es lo más importante.*

# Índice

- [Final de Me quiero más a mí](#)
- [Prólogo](#)
- [1. Mario](#)
- [2. El vestido](#)
- [3. La boda](#)
- [4. El banquete](#)
- [5. La floristería](#)
- [6. Alba](#)
- [7. El ladrón](#)
- [8. Otra vez no](#)
- [9. La otra](#)
- [10. ¿Qué estás haciendo aquí?](#)
- [11. María y yo](#)
- [12. Una palabra que lo cambia todo](#)
- [13. ¿Qué le pasa a Alba?](#)
- [14. La reacción de Mario](#)
- [15. Alba, yo y...](#)
- [16. Lo que no pidas también te lo daré](#)
- [17. Mi hermano y yo](#)
- [18. La visita al médico](#)
- [19. Está todo perfecto](#)
- [20. Ese momento raro](#)
- [21. ¡¡Cómo está el vikingo!!](#)
- [22. La conversación que intentaba evitar](#)
- [23. Me voy a quedar sola](#)
- [24. Mi gran miedo](#)
- [25. La noticia](#)
- [26. Dormir con ella](#)
- [27. Pero ¿qué dices, niña?](#)
- [28. Ser madre](#)

[29. Cobarde](#)  
[30. Tenemos algo que decirte](#)  
[31. Mi cita](#)  
[32. Alba y William](#)  
[33. La vida son momentos](#)  
[34. Esto es lo que quiero](#)  
[35. La carta](#)  
[36. Alba](#)  
[37. Olivia y yo](#)  
[38. Estaba muy jodido](#)  
[39. El amor](#)  
[40. Mis abuelos](#)  
[41. Quería proponerte algo](#)  
[42. William](#)  
[43. ¿Podrías abrazarme?](#)  
[44. ¿Qué piensas hacer con Mario?](#)  
[45. Alba, me llamo Alba](#)  
[46. La noche de antes](#)  
[47. Una madre](#)  
[48. Mi nuevo trabajo](#)  
[Epílogo](#)  
[Nota de la autora](#)  
[Agradecimientos](#)

## *Final de Me quiero más a mí*

Oí algo de fondo, un sonido de lo más molesto que no sabía bien de dónde procedía. Abrí un ojo e intenté situarme. A mi lado estaba Álex. Lo miré con cara de idiota; no podía verme a mí misma, pero sabía que tenía esa cara. Me costó ser consciente, pero compartir mi vida con Álex fue una de las mejores decisiones que había tomado jamás. Lo veía clarísimo, porque no podía estar más segura ni ser más feliz. Tardé un rato en darme cuenta de que el sonido procedía de mi móvil, ¿quién era capaz de llamarme en la mañana posterior a mi noche de bodas? Salí de dudas en cuanto cogí el teléfono. Alba, ¿quién si no? Tenía tres llamadas suyas. Fui a la cocina para prepararme un café y, mientras cogía el móvil para llamarla, volvió sonar.

—¿Se puede saber qué es tan importante para que me llames tantas veces justo el día después de mi boda?

—María, la he cagado, pero bien.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Has vuelto a perder las llaves?

—Ojalá, pero no. Es un asunto mucho más jodido.

—Vamos, Alba, para ti no hay nada jodido, seguro que lo arreglas. Ahora, si me disculpas, me voy a la cama con mi recién estrenado marido.

—No lo entiendes, María. Ayer, me acosté con quien no debía.

—Como si fuera la primera vez. Venga, Alba, me voy a dormir; por si no lo sabes, acaba de terminar mi noche de bodas y no he dormido mucho.

—No, si dormir... lo que se dice dormir, yo tampoco he dormido.

—Por cierto, ¿por qué hablas tan bajito? —Acababa de darme cuenta de que Alba susurraba, como yo también lo hacía, por no despertar a Álex; no había reparado en ello.

—Porque estoy recogiendo mis cosas y saliendo por la puerta de la casa del personaje con el que he pasado la noche.

—Para que tú lo llames personaje tiene que haber sido una noche de lo más entretenida.

—No lo sabes bien. Aunque «entretendida» no sería exactamente la palabra que yo elegiría. Ha sido una locura, entre otras muchas cosas.

—Alba, me estás asustando, sal rápido de ahí. Pero ¿con quién has pasado la noche?

—Con Mario, el hermano de Álex.

—Cojones, Alba, eso no es una locura... ¡¡¡Es la madre de todas las locuras!!!

—Lo sé.

# Prólogo

*Mi infancia*

Oía un ruido de fondo, pero era incapaz de levantarme. Parecía que hacía, apenas, cinco minutos que me había quedado dormida. Abrí un ojo, haciendo un esfuerzo sobrehumano, y tardé un rato en enfocar la vista en el aparato que había encima de mi mesita de noche. Alargué la mano y paré el despertador. El reloj era muy viejo y hacía un ruido de lo más estridente.

Aún veía borroso, así que me froté los ojos con fuerza. Me incorporé demasiado rápido en la cama y me vino un leve mareo; esperé unos segundos a que se me pasara. Caí en la cuenta de que, seguramente, era debido a que no había cenado nada la noche anterior. Aparté el edredón para levantarme y empecé a temblar.

Era invierno y hacía mucho frío, por lo que me puse una sudadera que tenía a los pies de la cama y unas zapatillas. Fui hacia el salón. El piso era tan pequeño que llegué nada más salir de mi cuarto. Me paré en el quicio de la puerta. Suspiré. Como ya imaginaba, mi madre estaba echada en el sofá.

La posición en la que se encontraba parecía de lo más incómoda, pero no tenía la suficiente fuerza como para moverla; ya lo había intentado en otras ocasiones, y lo único que conseguí fue hacerme daño en la espalda.

Aún llevaba puesta la ropa del día anterior.

Arrugué la nariz, el salón olía raro; por eso, y a pesar del frío que hacía, mi primera reacción fue abrir la ventana, solo un dedo, para ver si así se iba un poco ese hedor tan desagradable.

Me acerqué a ella y le toqué el brazo; lo tenía helado. Me asusté, pero tal y como nos habían explicado en la clase de Naturales, puse mi mejilla debajo de su nariz y comprobé que aún respiraba. Me tranquilicé.

Fui a su habitación, cogí una manta y la tapé con ella. Mientras lo hacía, me di cuenta de que se había orinado encima y comprendí que ese era el tufo tan desagradable que invadía todo el salón.

Quitó la botella que había encima de la mesa de centro y la guardé en la cocina. Sabía que si la tiraba o la vaciaba, al día siguiente, estaría castigada.

Tenía ocho años y ese era mi ritual de cada día. Vivía pensando constantemente en que mi madre moriría cualquier noche y yo me quedaría sola. Era un pensamiento demasiado triste para una niña de esa edad.

Algunos meses atrás, mi madre cayó encima de una botella y esta se rompió, haciendo que se cortara el brazo y llenándolo todo de sangre. El ruido me despertó y, cuando llegué al salón, me asusté muchísimo. Desde ese día me ponía el despertador cada poco tiempo para asegurarme de que estaba bien.

Antes no era así. Hacía, más o menos, un año que mi padre nos abandonó. Al principio mi madre se recluyó en la cama; todo el mundo pensó que era normal que estuviera un poco triste. Las pocas vecinas con las que teníamos algo de relación nos traían comida mientras mi madre estaba en cama, pero eso pasó rápido. La gente no está para vivir pendiente de un vecino. Cuando le dieron un toque en el trabajo y no le quedó más remedio que volver a trabajar, fue cuando empezó el verdadero infierno. Se mantenía más o menos sobria durante el día, pero al llegar la noche bebía tanto que acababa tirada, inconsciente, en cualquier sitio de la casa.

A mí, el abandono de mi padre no me había afectado tanto como la gente esperaba. La verdad era que lo veía muy poco. Trabajaba en el extranjero y apenas coincidíamos alguna semana en verano y algún fin de semana al mes. No mostraba mucho interés por mí ni por mis cosas; parecía más un pariente lejano que un padre.

Por aquel entonces, yo tenía ocho años y, a esa temprana edad, me convertí en una persona adulta. Invertimos los papeles; era yo la que tenía que hacer de madre y cuidar de ella. Intentaba ocultar a todo el mundo lo que pasaba en mi casa. Incluso, en el centro donde estudiaba tuve algún encuentro con una psicóloga; sin saber bien

cómo lo hice, conseguí ocultar cuál era mi rutina cuando salía del colegio. Pero María era mi mejor amiga y Olivia era doctora, no tardó mucho en atar cabos y darse cuenta.

Al principio, me asusté, pero lejos de ser algo negativo fue un alivio para mí, porque, de una manera muy sutil, Olivia me invitaba a comer o a cenar; me preparaba *tuppers* para llevarme a casa y, por lo menos, tres veces en semana me *obligaba* a dormir allí, porque ya se había hecho tarde o con cualquier otra excusa. De esa manera, pasaba muchísimo tiempo en su casa. Había semanas que pasaba más días en su casa que en la mía.

Olivia nunca me preguntó ni me forzó a explicarle la situación que vivía en mi «hogar». Fui yo la que decidió contárselo mucho tiempo después. No sé que habría sido de aquella niña si ella y Laura no se hubieran ocupado de mí.

Dormía muy poco, pero desde que iba a comer a casa de María estaba mucho mejor cuidada y nutrida; los meses anteriores me había alimentado de lo que iba encontrando por mi casa. Pero lo más importante, lo que de verdad me salvó, fue que en casa de María sentía todo el cariño y el amor que no tenía en la mía.

Nunca volvimos a saber nada de mi padre, pero su madre (mi abuela) se puso en contacto con mi madre. Le explicó que no tenía ninguna intención de verme, pero se encargó de pagar los años que estudié en el instituto privado al que asistía. Nunca supe por qué había asumido el pago de mis estudios y fui incapaz de entender el motivo por el cual jamás quiso verme. ¡Era su nieta!

En cuanto cumplí los dieciocho años, me faltó tiempo para coger cuatro cosas, meterlas en una maleta vieja e irme de casa. Era consciente de que dejaba a mi madre sola y, en el fondo, me sabía mal que le pasara algo, pero ya la había cuidado bastante y, en todos esos años, ella tampoco había hecho nada para arreglar su situación.

Alquilé una habitación en un piso compartido con tres estudiantes más y, a pesar de ser años muy duros, porque combiné los estudios en la universidad con dos trabajos, fue la época que más tranquila viví; sin tener que preocuparme de nadie más que no fuera yo. Ya no tenía que levantarme en mitad de la noche para comprobar cómo

estaba mi madre, pero iba a visitarla con bastante regularidad, incluso le llevaba comida, ya que ella no hacía la compra y, muchos días, se olvidaba de comer.

Viví bastante apurada económicamente, pues, aunque trabajaba en dos sitios, tenía que pagar mis estudios, el alquiler y la comida. Muchísimas veces, Olivia insistió en ayudarme, pero yo me negaba. Solo recurría a ella cuando me veía realmente desesperada. Ella siempre me decía que le pidiera ayuda antes de llegar al límite, pero yo era incapaz de pedirla si no era del todo necesario. Eran las únicas veces que Olivia y yo discutíamos.

Ni me gusta ni quiero entrar en lo que mi infancia me marcó. Podéis haceros una idea de lo que es que tu padre te abandone, tu abuela no quiera verte y tu madre prefiera beber a estar con su hija. No me he sentido una persona demasiado querida, pero, por suerte, pude contar con María, Olivia y Laura. Me aferré a ellas de la manera en que lo hace una niña que está totalmente perdida.

Con el tiempo, aprendí a tener alergia al compromiso. Mi padre había destrozado a mi madre al abandonarnos; lo que el amor había hecho con ella me había marcado tanto que no quería, bajo ningún concepto, pasar por algo parecido.

Tuve que ocultar a todo el mundo lo que pasaba en mi casa; si a eso se le suma que no me gustaba estar triste, aprendí desde bien pequeña a utilizar la ironía y el humor para tapar la tristeza o cualquier otro estado de ánimo que no me gustara.

De esos años, también me *lleve* que nunca más fui capaz de dormir una noche seguida. Todos los parones de sueño que tenía cuando era una niña me marcaron tanto que, cuando crecí, era incapaz de dormir del tirón.

Pero había sobrevivido a una infancia de mierda y me consideraba una persona que no necesitaba a nadie más; yo no era de nadie y conmigo tenía bastante.

No quería, bajo ningún concepto, enamorarme. Y durante mucho tiempo fui fiel a esos pensamientos.

Hasta que lo conocí a él.

## 1. Mario

Estaba desesperada. En una semana se casaba María y aún no tenía nada que ponerme. No soy muy maniática con la ropa y, normalmente, me visto con cualquier cosa; pero, joder, era la boda de mi mejor amiga, de mi hermana, y todavía estaba sin vestido.

Me puse lo primero que encontré e hice un intento de no desmoralizarme. Me coloqué los cascos, encendí la música y saqué a Hermione a dar un paseo. Mientras le ponía la correa, pensé en la compañía que me hacía y en lo acertado que había sido quedarme con ella. Eso sin contar con que, tener un perro, había sido mi gran ilusión cuando era pequeña; me habría hecho muchísima compañía, pero no pudo ser, así que ahora disfrutaba de Hermione cada día como si continuara siendo una niña.

Salimos a la calle y el aire fresco de la mañana me despejó. Aquel sería un buen día. Seguro que conseguía un vestido con el que me sentiría cómoda, con el que me vería bien. Ese pensamiento positivo me plantó una sonrisa en la cara y me fui más contenta hacia casa. Hermione era muy pequeñita y los paseos solían ser cortos, ya que se cansaba pronto de estar en la calle.

Mientras esperaba el ascensor, entró un chico en el portal. Lo miré sin ningún disimulo. Era guapo y no lo había visto nunca; o era nuevo en el edificio o venía a buscar a alguien. Decidí interrogarlo una vez que estuviéramos dentro. Cuando las puertas se cerraron, inspiré hondo; olía de maravilla, era una mezcla de jabón y una fragancia suave, de las que huelen bien, pero no empalagan.

—Hola, no te había visto nunca por aquí, ¿eres nuevo en el edificio?

—Lo mejor, siempre, es ir directa al grano.

—No, qué va, vengo a buscar a Alicia. —Él me miró con una preciosa sonrisa en los labios, pero yo no pude evitar torcer el gesto.

Mi vecina Alicia y yo no nos llevábamos muy bien, me parecía una pija estirada de cuidado, lo que no tenía sentido viviendo en la zona y

en el edificio donde vivíamos. Era lo que María y yo llamábamos *un quiero y no puedo*.

Como no había nada más que hacer con el chico, le dije «adiós» al bajarme del ascensor y me encaminé hasta casa. Antes de que la puerta se cerrará, me giré y le dije:

—Por cierto, dale recuerdos a Alicia. Es un encanto.

Sabía que había veces que debería callarme, pero era una cosa que no podía evitar, así que lo mejor era asumirlo y vivir con ello.

Dejé a Hermione en casa y me fui al centro, sabía que allí encontraría muchas más tiendas de ropa y, además, un par de clientas me habían recomendado unas cuantas.

Cuando salí de la tercera tienda tenía un bajón importante. Me empezaba a poner nerviosa. Así que decidí parar, respirar y tomarme algo en algún bar para relajarme un poco. Dudé bastante entre comerme algo con mucho chocolate que me quitara el mal rollo o algo que me tranquilizara. Me decanté por lo segundo, en el desayuno ya me había comido tres magdalenas de chocolate, tampoco era plan de pasarse.

La semana anterior, cuando María me preguntó por lo que iba a ponerme, me pilló con la guardia baja y le dije que ya me había comprado un vestido; conociéndola, si se llega a enterar de que aún no tenía nada, habría entrado en *shock*.

Decidí entrar en una cafetería preciosa y elegí una mesa un poco retirada. Se acercó un camarero con una bonita sonrisa en los labios y decidí pedir un café, aunque descafeinado, o al final los nervios podrían conmigo. También le pedí un trozo de tarta de zanahoria a la que le había echado el ojo nada más entrar y no pude resistirme; por lo menos no era de chocolate, y la zanahoria es algo así como una verdura, ¿no? Quien no se consuela es porque no quiere...

Respiré hondo para tranquilizarme, pero mi idea se fue al traste cuando vi entrar por la puerta a la última persona a la que me apetecía ver. Antes de que él me viera, lo miré de refilón. ¿Cómo se podía estar tan bueno y ser tan estúpido? Supuse que sería para compensar.

Saqué el móvil de mi bolso de manera precipitada para disimular, pero ya me había visto y se dirigía hacia donde yo estaba sentada. Eso hizo que me pusiera más nerviosa. Definitivamente, no había sido buena idea hacer un parón.

—Hombre, pelirroja, cuánto tiempo. —Sí, hacía tiempo que no nos veíamos y me hubiera encantado que continuara siendo así.

—No el suficiente. —Lo vi torcer el gesto y supe que estaba sonriendo. No me gustaba estar cerca de Mario. Me hacía sentir cosas con las que no estaba del todo cómoda. Aunque supongo que, al estar tan bueno, le pasaba a toda mujer que se encontrara junto a él.

Vi como retiraba la silla que estaba junto a la mía y hacía el intento de ocuparla.

—Perdona, pero nadie te ha invitado a sentarte. —Sí, hay veces que puedo ser muy borde, pero no estaba de humor para mantener una conversación con Mario, y menos aún, sabiendo que nuestras conversaciones eran un tira y afloja que no acababa jamás.

—No necesito invitación. —Ahora sí me sonrió. Una sonrisa de verdad que hizo que me temblaran las piernas. Menos mal que estaba sentada.

Llamó al camarero y este vino para tomarle nota, pero no había ni rastro de la preciosa sonrisa que traía cuando me atendió a mí. Mario pidió un café y giró su cara hacia la mía.

—¿Puedo preguntar qué haces por aquí?

—Puedes, otra cosa es que yo te responda. —Pero después de darle esa contestación, decidí, sin saber bien por qué, explicarle qué me había llevado hasta el centro—. Tengo que comprarme algo para la boda de María, aún no sé qué ponerme. Y solo queda una semana, ¡joder! —Incliné la cabeza y me la agarré con las manos mientras la apoyaba en la mesa. La verdad era que el tema empezaba a agobiarme.

—Si quieres, te echo una mano. Soy buenísimo eligiendo ropa, aunque soy mucho mejor quitándola.

—Buf, si fueras un poco más cretino estarías en algún libro de récords.

—Ahora hablando en serio... Puedo ayudarte, si quieres. —Su tono de voz había cambiado y, por un momento, pensé que igual su imbecilidad solo era una fachada. Luego se me pasó, era demasiado idiota.

—Soy fatal para elegir ropa que no va conmigo, así que te tomo la palabra y acepto la invitación. —Hasta yo misma me sorprendí, pero es que quedaba muy poco para la boda y no sabía qué hacer. Momentos desesperados requieren medidas desesperadas, y no había nada más desesperado que irme de compras con Mario.

Decidí pagar la cuenta; si él iba a llevarme de compras, debía invitarlo a un café, ¿no? Me acerqué a la barra, y ahora sí, el camarero era todo sonrisas. Bromeamos un poco, o más bien tonteamos, y yo grabé en mi cabeza el nombre de la cafetería para volver en otro momento.

Salimos del bar y Mario me quitó la cuenta que yo aguantaba entre las manos, no entendí por qué, pero no le di mayor importancia y lo seguí hasta su coche. Me dijo que me iba a llevar a una tienda en la que seguro encontraría algo de mi gusto.

Al entrar en su coche, me di cuenta de que nunca había estado tan cerca de él. De pronto, el espacio se me hizo demasiado pequeño.

Respiré hondo, iba a ser un día muy largo.

## 2. El vestido

No tenía ni idea de por qué le había propuesto a Alba acompañarla a comprarse un puñetero vestido; pero si yo compraba toda la ropa por Internet para no tener que ir de tienda en tienda...

Cuando la vi acercarse a la barra para pagar, me llamó la atención la actitud del camarero, no por nada en especial, sino porque solo le faltaba babear, y eso que conmigo había sido de lo más seco. Alba estaba tan distraída, tonteando con él, que no se dio cuenta de que este apuntaba algo en la cuenta. Estaba casi seguro de que se trataba de su número de teléfono.

No pude evitar quitarle la cuenta de las manos nada más salir y ni yo mismo tenía la más remota idea de por qué lo había hecho.

Mientras caminábamos hacia el coche recordé una tienda a la que siempre iba mi madre; esperaba que hubiera algo que le gustara o habría hecho el imbécil. Aunque con Alba me daba la sensación de que siempre lo hacía.

Al entrar en el coche, confirmé que, definitivamente, no había sido buena idea. Alba llevaba una falda de colores demasiado corta y al sentarse aún se le levantó más. La oí suspirar y me cagué en todos mis muertos. Vaya idea de mierda.

Llegamos a la tienda casi sin intercambiar una palabra. Alba había estado todo el camino mirando por la ventana. Yo le hice un par de preguntas, pero respondió con monosílabos, así que dejé de hablar.

La tienda se llamaba Rita Love. Era bastante grande y nos atendió una chica muy amable. Dejé a Alba mirando diferentes vestidos y me senté en un banco que había al lado de los probadores. Se suponía que la había acompañado para ayudarla, pero es que la dependienta le hizo a Alba unas cuantas preguntas sobre sus gustos y empezó a sacarle ropa y a aconsejarla, mientras continuaban hablando, ignorándome por completo; por lo que me percaté de que sobraba.

Al cabo de un rato, vi a Alba entrar en el probador con unos cuantos vestidos. Estaba absorto contestando mensajes cuando oí que me llamaban.

*Alcé la vista y me topé con la dependienta.*

*—Perdone, ¿podría darle este vestido a su novia? Finalmente encontré su talla. Acaba de entrar gente, y me pareció que este modelo le gustaba.*

*—Sí, no hay problema. —No me molesté en decirle que Alba no era mi novia; es más, ni siquiera la miré a la cara. Me acababan de enviar un e-mail muy importante que llevaba esperando desde hacía tiempo.*

*Y así, sin darme cuenta, abrí la cortina del probador y alcé los ojos. Creo que, incluso, dejé la boca ligeramente abierta.*

*No sé por qué, pero siempre imaginé que la ropa interior de Alba sería de colorines, como el resto de su vestimenta o, incluso, podía imaginármela perfectamente con ropa interior de algún dibujo animado. Y, sí, me había imaginado a Alba bastantes veces en ropa interior y sin ella. Pero Alba nunca dejaba de sorprenderme. Llevaba un sujetador de encaje negro y unas braguitas diminutas a juego. El encaje era tan fino que pude ver parte de sus pezones. Me di cuenta de que llevaba un rato repasándola y me extrañó que ella no dijera nada. Era raro que estuviera tan callada. La miré a la cara y pude ver en ella todo el recochineo del mundo.*

*Se acercó a mí muy despacio y yo tuve que tragar saliva varias veces. Puso sus labios muy cerca de mi oído y el calor de su boca hizo que mis pulsaciones se dispararan.*

*—Vaya, parece que el hombre de hielo se ha puesto cachondo.*

*Tenía razón. Hacía rato que tenía una importante erección y, por primera vez en mi vida, no supe qué responder. Así que dejé el vestido colgado y cerré la cortina. Me guardé el móvil en el bolsillo, más tarde contestaría al e-mail. Decidí salir a la calle para que me diera el aire. Me sorprendió que Alba saliera a los pocos minutos.*

*Pensé que me diría algo más referente a lo que había pasado hacía apenas unos minutos en el probador, pero, una vez más, me equivoqué con ella.*

*—Ya tengo el vestido. Mil gracias por traerme aquí. Tenían cosas muy chulas. —Dicho esto, me dio un beso en la mejilla que aún me descolocó más.*

*Sin ser consciente de ello, mi humor cambió y durante el camino de vuelta fui yo el que contestó con monosílabos a las preguntas de Alba. Suspiré aliviado cuando la dejé en la puerta de su casa. Ella se bajó del*

*coche de un salto, volvió a darme las gracias y corrió hacia el portal. La vi desaparecer dentro de la portería y arranqué el coche. Estaba de mal humor, no tenía ni idea de por qué Alba me hacía sentir así.*

*La primera noche que soñé con ella fue cuando la vi en México. Esa noche volví a hacerlo. Soñé con ella y en como le quitaba su maldita ropa interior.*

### 3. *La boda*

Había llegado el gran día. Se casaba mi mejor amiga. María y Álex se darían el «sí quiero» en apenas una hora.

Estaba arreglándome en nuestro piso y ya la echaba de menos, y eso que habíamos estado juntas la noche anterior. Pero María había madrugado para ir a casa de Olivia, ya que saldría de allí hacia la ceremonia.

María no solo era mi mejor amiga, había sido mi puerto seguro en muchos momentos. Siempre habíamos estado juntas. Cuando éramos niñas pasaba días enteros en su casa y de adultas habíamos compartido piso. No tenía ni idea de cómo iba a afrontar mi vida sin ella a mi lado. Me sentía más sola que nunca; pero, en fin, cosas mucho peores había superado.

Me miré en el espejo de pasada, sin detenerme mucho, no me entusiasmaba especialmente lo que veía. Mi pelo nunca me gustó, y yo... yo soy del montón.

El vestido que elegí en la tienda, donde me llevó Mario, era de color verde botella; un color que quedaba bien con mi pelo. Me llegaba hasta los pies, y por la parte de atrás arrastraba un poco. Dejaba al descubierto toda la espalda y se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel. Cuando la chica de la tienda me lo enseñó, no pensé que fuera a gustarme, pero nada más ponérmelo supe que era perfecto. Los zapatos tenían un tacón de infarto, para compensar que soy bastante bajita. Me había recogido el pelo en una trenza, algo despeinada, que caía hacia un lado. La despeiné un poco más y salí de la habitación.

Cuando llegué al salón, vi a Raquel preparada y sentada en el sofá. Tenía cara de pena y a mí me entraron ganas de darle una colleja; no podía seguir así o, al final, iba a ponerse enferma. Tenía que superarlo. Abril estaba casada con un hombre y no iba a dejarlo por ella. Fin. No había que darle más vueltas. Tenía que reconocer que me afectaba especialmente ver a la gente abatida por otra persona, sobre

todo cuando había un sentimiento hacia esa otra persona que no era correspondido. No lo podía evitar.

—¿Lista?

—Sí. Total, no hay mucho más que se pueda hacer.

—Estás espectacular, Alba.

—Anda ya, no digas tonterías. ¡¡Vámonos de bodorrio!!

Me agaché y acaricié a Hermione para tener las manos ocupadas en algo. Odiaba que me dijeran piropos. Era una chica normal, solo que un poco arreglada. Al lado de Raquel parecía una muñequita. Ella llevaba un vestido rosa palo por debajo de las rodillas; era de una tela vaporosa que le daba un aspecto juvenil y muy elegante a la vez. En el pelo se había hecho un *semirrecogido* y mechones ondulados caían por sus hombros y su espalda, e iba perfectamente maquillada. Me encantaría cruzarme con los típicos imbéciles que dicen que las lesbianas tienen pinta de marimachos; estaba realmente guapa. Junto a ella me sentía poca cosa, y eso que aún no había visto a María. Vestida de novia sería todo un espectáculo.

Cogimos nuestros bolsos de mano y no pudimos evitar reír. ¿Quién diseñaba ese tipo de bolsos? Por lo menos, podría tener en cuenta que es necesario que quepan las llaves y el móvil, yo no pedía más. Sin embargo, nos costó más de cinco minutos poder meter esas cosas y conseguir que cerraran.

Nos fuimos hacia donde se iba a celebrar la boda. Estaba muy cerca de nuestro piso, por lo que decidimos ir andando, incluso con lo incómodo que era el calzado que llevábamos las dos.

Llegábamos pronto, pero es que resultaba que yo era la testigo de María y tenía que estar durante toda la ceremonia al lado de la novia, y no era plan de llegar tarde.

Lo primero que vi nada más entrar fue a Mario. ¿Cómo era posible que estuviera tan bueno? No era ni medio normal. Yo siempre pensé que si una persona te caía mal no podía gustarte físicamente; bueno, pues aquel no era el caso. Llevaba un traje que no podía quedarle mejor, parecía hecho a medida; era de color gris oscuro, con una corbata azul, casi del mismo tono que sus ojos. En parte me dio rabia,

porque el que se casaba era Álex, y Mario estaba tan impresionante que conseguía hacerle sombra. Y, ¡coño!, él no era el novio.

No pude evitar que una sonrisa asomara a mis labios al recordar la cara que se le quedó al verme en ropa interior. No soy una persona que vaya de sobrada ni nada por el estilo, estoy segurísima de que Mario ha visto a muchas mujeres en ropa interior; la mayoría de ellas con un cuerpo mucho más espectacular que el mío. Por ese motivo me hacía tanta gracia acordarme de la cara que se le quedó. Eso sin entrar en el detalle de que, el pobre, iba a reventar los pantalones. ¿Quizá me imaginaba con otro tipo de ropa interior? Yo siempre vestía de colores, pero, sin entender el motivo, mi ropa interior siempre era negra.

Saqué a Mario de mi cabeza y le di dos besos a Álex, pero estaba tan alterado que no era muy consciente de nada. Preferí no entablar conversación con él, ya que seguramente eso lo pondría más nervioso.

Me situé en el lado opuesto a donde estaba Mario. Miré hacia los invitados. Aún faltaba gente por llegar, aunque iba a ser una boda con pocas personas. Mis ojos, de una manera totalmente involuntaria, se clavaron en un chico alto y guapo que estaba sentado en la tercera fila; debía de ser amigo de Álex, porque no me sonaba de nada. Me guiñó un ojo y yo le sonreí. La piel se me erizó, me pasaba siempre, era la manera en que mi cuerpo reaccionaba a la anticipación de algo.

A los pocos minutos empezó a sonar la música y vi entrar a María de la mano de Olivia. Estaban las dos espectaculares. Olivia siempre fue una belleza, pero aquel día estaba especialmente guapa. Llevaba un vestido largo que parecía de dos piezas, la falda era color vino y de talle alto y la parte de arriba era de encaje y transparencias. Nadie sería capaz de lucir ese vestido con tanta elegancia y sofisticación como ella.

Y luego estaba María... María era un caso aparte; ya me imaginé que estaría impresionante vestida de novia, pero me había quedado muy corta. Llevaba un vestido muy sencillo. Era de tirantes y encaje en la parte de arriba con un generoso escote. La falda caía hasta sus

pies y tenía una gran abertura en un lado que mostraba su pierna, esbelta y morena. El ramo, que yo misma le había hecho, era muy sencillo; de flores silvestres entre las que se incluía la lavanda, que era la flor preferida de María. Había acertado totalmente con la elección de las flores y quedaba precioso con el vestido.

No pude evitar darme la vuelta para observar a Álex; su cara era un poema, y estuve a punto de acercarme para limpiarle la baba con un pañuelo. Noté que alguien me observaba, y al girarme hacia Mario vi sus ojos clavados en mí. Desvié la cabeza en cuanto pude librarme de su mirada.

La boda fue bonita, aunque, si soy del todo sincera, no presté mucha atención; estaba muy ocupada tonteando con el chico guapo de la tercera fila, pero, en cuanto acabó la ceremonia, lo perdí de vista. Ya lo buscaría más tarde.

Fuimos a firmar los documentos y a hacernos unas cuantas fotos con los novios. Nos tocó hacernos una a los dos testigos solos. Mario me agarró fuerte de la cintura y me atrajo hacia él.

—Pelirroja, que no muerdo. —Al agarrarme había puesto su mano debajo de mi cintura, demasiado cerca de mi culo, por lo que mi corazón se aceleró. Me estaba poniendo nerviosa por una tontería. Estar cerca de Mario siempre hacía que mis nervios se dispararan y no sabía bien el porqué, de manera que decidí ponerlo nervioso a él.

—No estoy yo tan segura. Tienes pinta de morder y, además, de hacerlo muy bien. —Se giró y me miró con sorpresa, le guiñé un ojo y puse mi sonrisa más seductora, o por lo menos eso era lo que pretendía. Lo vi parpadear rápido. Lo había dejado totalmente descolocado. ¡Bien por mí!

No volví a cruzarme con él hasta el banquete, incluso, podría asegurar sin miedo a equivocarme, que me estuvo evitando.

## 4. El banquete

Llegó la hora del banquete, menos mal, porque llevaba todo el día sin comer y tenía tanta hambre que mi barriga había empezado a sonar de una manera poco apropiada para estar en una boda. Mientras esperaba a que se sirviera la comida, le pedí al camarero un Martini; no sé por qué ese tipo de bebida solo la tomaba en las bodas, no tenía tal licor en casa y jamás iba a un bar y me pedía uno, pero en las bodas siempre me apetecía. Cuando el líquido llegó a mi estómago, este se calmó, pero yo me mareé ligeramente; tendría que calmarme y bajar el nivel de ingesta de alcohol, no había comido nada y si me ponía a beber así, estaría borracha antes del baile.

Di una vuelta por los alrededores. El restaurante que habían elegido María y Álex era realmente bonito. Tenía toda clase de detalles y rincones preciosos, como una caja de madera envejecida donde podía leerse: «Ponte cómoda». Dentro de unos paquetitos había zapatillas planas por si no aguantabas los tacones. Yo decidí llevarlos un poco más o el vestido me arrastraría tanto que me lo cargaría.

Había flores en todos los rincones, dándole al lugar un aspecto hermoso. Las habíamos elegido entre María y yo, y el resultado no podía ser más maravilloso.

Llegó la hora de comer. Estuve un rato buscando mi nombre por todas las mesas, pero no lo encontraba. Si hubiera sido la boda de otra persona empezaría a pensar que se habían olvidado de mí. Volví a repasar todas las listas de las mesas y, cuando por fin lo encontré, no pude evitar soltar una palabrota, de las gordas; había una señora a mi lado que me miró fatal. Pero es que la muy *zorra* de María me había puesto al lado de Mario... ¿En qué estaría pensando?

Llegué a mi mesa y me senté sin mirar a Mario a la cara, e intenté localizar al guaperas que había visto en la ceremonia. No conseguía verlo por ninguna parte. Parecía como si se hubiera esfumado.

—¿Estás buscando a alguien? —Ni siquiera me giré a mirarlo.

—¿Y a ti qué te importa a quién estoy buscando?

Se quedó callado un momento y vi por el rabillo del ojo como cogía la copa de vino que tenía justo delante de él. Bebió un buen trago. Aproveché para seguir buscando.

A mi lado derecho había sentada una chica, pero, con una rapidez acojonante, esta desapareció y en su lugar se sentó el chico al que llevaba un rato buscando. Me giré del todo y lo miré sorprendida.

—Me ha costado lo mío, pero al final he conseguido sentarme a tu lado. Hola, soy José.

—Hola, José, soy Alba.

No pude evitar sonreír, me hizo gracia el desparpajo que utilizó y me encantó su sonrisa, era de las que iluminan toda la cara. Me dio dos besos demasiado cerca de la boca y oí un gruñido procedente de mi otro lado. Me giré y vi a Mario con... iba a decir con cara de enfadado, pero es que era su cara habitual. Decidí ignorarlo durante toda la cena, pero no sé por qué insistió en meterse en la conversación que José y yo manteníamos. Al final, acabaron los dos hablando de trabajo. Me sentí algo excluida, así que empecé a beber y a llenarles las copas a ellos una y otra vez.

Llegó la hora del baile y José me invitó a la pista. Sonaba algo anticuado, pero es que la carga de María había empezado con unas cuantas canciones lentas.

De camino a la pista me recogí el vestido con una mano, me daba miedo pisarlo y caerme; iba algo *achispadilla*, ni mucho menos borracha, pero sí contentilla. Cuando nos situamos en la pista, vi a María bailando con Hugo. Los dos irradiaban tanta felicidad que no paraban de sonreír, incluso yo me vi sonriendo mientras los miraba. Aunque el padre biológico de María había sido un auténtico cabronazo, ella tuvo muchísima suerte al encontrar a Hugo.

José me agarró con fuerza y me acercó tanto a él que pude sentirlo todo. Miré hacia arriba y lo vi sonreír. Tenía unos dientes perfectos. Me quedé tan embobada mirándole la boca que no me di cuenta de que se estaba acercando a la mía. Cuando nuestros labios casi se rozaban, alguien me apartó de él, cogiéndome por el brazo. Había

sido un agarre algo brusco, así que iba a girarme para soltar algún insulto cuando vi que era Mario, y simplemente no supe qué decir.

—Te la robo un momento, esta canción me gusta y quiero bailarla con ella. —Aunque lo que acababa de decir iba dirigido a José, no lo miraba a él. Mario no apartaba los ojos de mí.

—¿Hola? Estoy aquí, ¿qué cojones quiere decir que *te la robo*? Será si a mí me da la gana, ¿no?

—Nos está mirando todo el mundo, ¿puedes hacer el favor de bailar conmigo?

—No seas tan mandón, ¿cómo se piden las cosas? —Estaba parada en medio de la pista y era consciente de que la gente empezaba a mirarnos. Lo vi apretar los dientes y me hizo gracia.

—Por favor, bonita, ¿serías tan amable de bailar conmigo?

—No está mal, aunque podría estar mejor. Y, por cierto, me llamo Alba. Te lo iré recordando, no te preocupes.

José se alejó murmurando algo por lo bajo que fui incapaz de oír. Mario me pegó a su cuerpo con fuerza. Yo me encontraba exactamente igual que hacía unos minutos, solo que ahora no era José, sino Mario, el que estaba pegado a mí. Caí en la cuenta de que Mario era imbécil y no me caía nada bien, pero me estaba poniendo tan caliente con ese mero contacto que me asusté. Iba a librarme de su agarre cuando acercó su boca a mi oído. El simple roce de sus labios en mi oreja hizo que se me erizara la piel.

—No te vayas ahora o todos se darán cuenta de cómo me pones. —La situación me hubiera hecho gracia si el tío que me tenía agarrada no fuera Mario. Tragué saliva y me pegué más a él—. Gracias. —Su voz fue un susurro ronco que consiguió calentarme más.

No supe qué contestar. Primero, porque no estaba acostumbrada a que me diera las gracias, y segundo, porque notaba perfectamente lo que le estaba haciendo *sentir* en ese momento. Jamás me hubiera imaginado que Mario se sintiera atraído por mí, fuera de la forma que fuera. Era verdad que días antes, en el probador de la tienda, le pasó exactamente lo mismo, pero es que allí yo estaba prácticamente desnuda y ahora simplemente bailábamos. Me sentía algo desconcertada.

Pasados unos minutos, me sorprendió apartándose de mí y diciendo que ya estaba y que iba a salir un momento a tomar el aire. Aunque mi sorpresa fue mayor cuando le contesté que lo acompañaba.

Al salir al jardín, me fijé en que estaba precioso. Había un montón de antorchas que daban una luz cálida y creaban un entorno de lo más acogedor. Hacía un poco más de fresco que dentro, pero a mí no me sirvió de nada; seguía bastante acalorada, aunque claramente eso no tenía nada que ver con el tiempo.

Mario respiró hondo y, sin girarse, me dijo:

—¿No vas a buscar a José? —Su voz sonó de lo más seca.

—Ahora, cuando me dé un poco el aire. —Le contesté de igual manera, ya que me sentó mal su comentario. Me dio la sensación de que quería que me fuera.

Respiré hondo, Mario se giró y fijó sus ojos en mí. Su mirada me hizo sentir algo diferente, algo que no supe identificar, por lo que le dije:

—Haremos como que nada de esto ha pasado y seguiremos odiándonos como siempre.

—Yo no te odio. —Esta vez su voz se había convertido en un susurro ronco que hizo que me recorriera un escalofrío.

En las películas, los besos se dan despacio. El protagonista se acerca lentamente hasta que ella se hace a la idea. Aquello fue totalmente diferente. Mario dio un paso rápido al frente y me agarró por la nuca, atrayéndome hacia él de una manera bastante brusca.

En cuanto sus labios tocaron los míos, pasamos de cero a cien en segundos. Parecía que quisiéramos comernos el uno al otro. Mario habló en el momento que nos separamos para tomar aire.

—Nos vamos de aquí.

—¿Siempre tienes que hablar como si ordenaras las cosas? Nos iremos de aquí si quiero, ¿no? —Lo vi sonreír de medio lado y supe que solo me faltaba babear—. Vale, sí quiero, vámonos.

Después de eso, todo pasó tan deprisa que no recuerdo la mayoría de los sucesos. Recogimos nuestras cosas de manera precipitada y no

nos despedimos de nadie. Me supo mal por María, pero no estaba yo para pensar mucho.

Nada más entrar en el ascensor, nuestras bocas se pegaron y ya fuimos incapaces de separarlas. Era como si nos quisiéramos fundir el uno en el otro. Jamás había sentido tanta ansia por nadie como sentía en esos momentos por Mario.

Antes de que pudiera darme cuenta estábamos en su casa, ni siquiera sé cómo fue capaz de abrir la puerta mientras cargaba conmigo. Parte de nuestra ropa voló con una rapidez pasmosa. Cuando sentí la piel de Mario contra la mía, creí que ardería en ese mismo momento. Me coloqué encima, agarrándome a él con las piernas y los brazos, como si quisiera impedirle que se fuera, aunque estaba claro que no iba a irse a ningún sitio. Ni siquiera llegamos a la habitación.

Me encontraba tan absorta besándolo, que me sobresalté al oír el ruido de algo al romperse; despegué mi boca de la de Mario y al girarme, vi que había tirado al suelo, de un manotazo, todo lo que había encima de la mesa del salón. Me sentó sobre la madera y pude sentir el frío de la superficie; me vino genial, pero duró poco.

No esperaba que Mario fuera delicado, no iba con él. No lo fue. Prácticamente me arrancó lo que me quedaba de ropa. Me dio miedo correrme incluso antes de empezar, verlo tan excitado y con tanto deseo me puso a cien.

Cuando entró en mí los dos suspiramos, era como si anheláramos ese momento y ni siquiera fuéramos conscientes de ello.

Nunca había tenido una sesión de sexo como esa con un hombre. El sexo que había tenido en otras ocasiones, con otros hombres, ni siquiera se acercaba al que tuve aquella noche con Mario.

## 5. *La floristería*

Salía de casa de Mario y no me podía creer lo que había pasado durante *tooodaaa* la noche.

Ahora, sin unas copas de más y con la cabeza mucho más despejada, me parecía increíble que Mario y yo nos hubiéramos entendido tan bien en la cama. Era como si pudiera leerme la mente y supiera lo que yo quería en cada momento, se anticipaba a todos mis deseos. No tuve que pedirle ni una sola vez nada. Nada. Había sido fantástico y, sobre todo, sorprendente.

Llamé a María para explicárselo, sabiendo que era la noche después de su boda y teniendo claro que iba a alucinar cuando se lo contara. No me equivoqué. La conversación apenas había durado unos minutos. Se lo expliqué todo de manera rápida y nos faltaron como cinco horas más de charla, pero tendría que esperar, porque María se iba ese mismo día de luna de miel y no podría hablar con ella hasta su vuelta. Iba a echar de menos esa conversación con María y la iba a echar mucho de menos a ella.

Estaba un poco conmocionada con todo lo que había pasado la noche anterior; no porque hubiéramos hecho algo que no hubiera hecho antes, sino porque Mario había roto todos mis esquemas. Yo me acostaba con chicos más jóvenes por eso de que aguantaban más y tenían más ganas, pero es que, después de la noche con Mario, me di cuenta de que esos chicos más jóvenes no tenían ni idea de lo que hacían, o por lo menos no tenían ni idea de lo que me hacían a mí. No solo fue que Mario aguantó como cualquier tío de veinte con el que me había acostado, sino que, aparte de aguantar, sabía lo que hacía.

Sacudí la cabeza y decidí que lo mejor era olvidar esa noche. Había estado bien, muy bien, pero Mario y yo no nos podíamos ni ver y, aunque era cierto que sentíamos cierta atracción sexual —bueno, en realidad mucha atracción sexual—, lo mejor era olvidarlo.

Tenía muchas ganas de llegar a mi casa. Iba con la ropa de la boda del día anterior, pero eso no era lo peor; había recogido mis cosas y salido de casa de Mario lo más rápido que pude, ni siquiera me había mirado al espejo, no quería ni imaginar el aspecto que llevaría en esos momentos, con la pintura corrida y el pelo alborotado. Antes de acabar de pensar todo eso ya había decidido coger un taxi.

Me costó un poco encontrar uno, todos pasaban de largo, imagino que pensarían que estaba borracha y no querían que les ensuciara la tapicería —que, por cierto, qué asco tenían que pasar los pobres limpiando eso—. Después de más de quince minutos esperando, conseguí subirme a uno; cuando le dije adónde iba, el hombre suspiró aliviado, supongo que porque notó que mi voz era perfectamente normal e iba serena.

Nada más llegar a casa, me duché; estaba cansada, no había dormido en toda la noche, pero tenía claro que en esos momentos me resultaría imposible hacerlo. Así que me preparé un café doble. Cuando el aroma inundó toda la casa, mi humor cambió, parecía mentira lo que era capaz de hacer esa bebida en mi cuerpo. Me encantaba. Me lo tomé despacio y saboreándolo bien, sentada en la mesa de la cocina. Cuando terminé, lavé el vaso y me dirigí a la floristería. Era domingo y no tenía que trabajar, pero así adelantaría tareas para el lunes.

Cuando entré en mi tienda y cerré la puerta, la calma me invadió; era lo que siempre me pasaba cuando me adentraba en ella. Una paz que solo sentía allí.

Mi floristería era un sueño hecho realidad. Nadie tenía ni idea de lo que me había costado poner mi negocio en marcha. Muchísimo tiempo ahorrando, infinidad de sacrificios, montones de miedos y dejar un trabajo estable con el que me ganaba muy bien la vida para dedicarme a vender flores. Una cosa que me hacía inmensamente feliz.

Años atrás, trabajaba en una empresa donde tenía muy buena proyección laboral. Estaba en el departamento de investigación de mercado y, si bien, en un principio, me sentí cómoda con mi trabajo, con bastante rapidez me di cuenta de que no era para mí. No me

gustaba tener que ir pisando a gente para poder subir escalones; aunque había compañeros muy majos, la competencia era tan voraz que no iba conmigo en absoluto. Aguanté lo suficiente como para que me concedieran la hipoteca de la floristería. Y he dicho «lo suficiente» porque quedó un puesto de directivo vacante y la competencia se volvió tan feroz que el trabajo se convirtió en algo insoportable. Una vez que reuní el dinero necesario y el banco me dio el sí, me fui sin mirar atrás. No lo eché de menos jamás.

Pasé el día ordenando y colocando cosas. Me entretuve, principalmente, en diseñar un ramo de novia; tenía muy claro lo que quería y creo que había acertado al cien por cien. El proyecto que acababa de hacerle era lo que ella tenía en la cabeza, estaba segura. Me encanta ese instante en el que enseñas el boceto de lo que te piden y las ves con la boca abierta. Ese segundo en el que sabes que has acertado y tu trabajo te llena por completo. Ese momento mágico.

Cuando miré la hora en el móvil fui consciente de que llevaba allí casi seis horas, se me había pasado el tiempo volando. Al desbloquearlo, me percaté de que tenía un montón de *wasaps*. Uno de ellos era de Mario; me pegué a la pared y me fui arrastrando hasta quedar sentada en el suelo. Me dio tanta impresión el hecho de que me hubiera escrito, que tardé algo más de lo necesario en leerlo.

*Mario:* «No hacía falta que salieras corriendo, podía haberte llevado a tu casa o haberte pedido un taxi».

*Yo:* «Soy perfectamente capaz de hacer esas dos cosas yo sola».

*Mario:* «No dudo de que eres capaz de hacer muchas cosas, algunas de ellas muy bien, por cierto».

Sonreí por la connotación sexual que llevaba ese *wasap*. Al darme cuenta de lo que estaba haciendo mi sonrisa se borró de golpe.

*Yo:* «Lo de anoche no puede volver a pasar».

Tardó en contestar bastante rato. Miré el móvil más de cinco veces para asegurarme de que Mario lo había leído.

*Mario:* «Ok».

*Yo:* «No me gustas y no te gusto. Así, con las cosas claras, todo es mucho más fácil».

*Mario:* «Ok».

*Yo:* «¿No sabes decir otra cosa?».

*Mario:* «Como siempre, lo estás diciendo todo tú. Así que ya está, no nos volvemos a ver, lo que ha pasado no se repetirá y listo».

Qué bien lo resumió y qué mal me sentaron sus palabras, cuando lo único que habían hecho era confirmar las mías.

*Mario:* «Que te vaya bien, tengo cosas que hacer».

«Pues hala, bonito, haz todo lo que tengas pendiente». No le contesté. Dejé el móvil encima de la mesa y continué retocando el diseño del ramo. Me resultó imposible volver a concentrarme, por lo que recogí la tienda y lo guardé todo. Antes de cerrar, eché un último vistazo a mi floristería y respiré hondo. Ese olor era increíble.

Me fui caminado a casa, pues vivía bastante cerca. Ya era hora de descansar y dormir todo lo que no había podido la noche anterior.

## 6. Alba

*No tenía ni idea de qué cojones me pasaba con Alba. Al despertarme y ver que ella no estaba, me puse de mala leche; podía haberse despedido o haberse quedado a desayunar, no hacía falta que saliera corriendo de esa manera. Le mandé un wasap porque fui incapaz de llamarla. Cuando un montón de imágenes invadieron mi cabeza y fui consciente de lo que había pasado la noche anterior, me convertí en algo que no soy nunca: un cobarde.*

*Fui rudo, incluso bruto con ella, y mi intención era pedirle perdón. Aunque estaba seguro de que los dos habíamos disfrutado de la noche anterior, quizá Alba no estaba acostumbrada a ese tipo de comportamiento. No quiero decir que le hiciera daño de ningún modo, me cortaría las manos antes de hacerle daño a una mujer, pero en el sexo me volvía algo autoritario y más mandón de lo normal, y aunque para mí lo más importante eran los deseos de ellas, quizá fui un poco brusco. Siempre me comportaba así, pero, además, con Alba hubo momentos en los que el deseo me cegó. Jamás me había pasado eso con nadie, era capaz de satisfacer sexualmente a las mujeres sin que eso me afectara más de lo normal; sin embargo, cada vez que oía gemir a Alba, me aceleraba de una manera difícil de explicar.*

*No soy una persona excesivamente delicada, pero, joder, con ella quizá me había pasado. Aunque después de la contestación que recibí por su parte a los wasaps que le envié, preferí hacerle caso y dejar las cosas como estaban.*

*Mientras me vestía y me preparaba un café todo cayó sobre mí. Había pasado una noche impresionante con Alba. «Impresionante» era una palabra que se quedaba bastante corta, pero es que yo tenía pareja y, desde luego, Ana no se merecía aquello. Claramente, si ella hubiera estado conmigo y no de viaje todo habría sido distinto. Pero de nada valía pensar eso, ya estaba hecho.*

*Me senté con un café doble en la mesa de la cocina. No entendía como había gente que podía ponerse en marcha sin el café de la mañana, yo lo necesitaba como el respirar. Aunque ese, más que el de la mañana, era casi*

*el de la tarde, ya que me había despertado prácticamente a la hora de comer. Después de darle el primer sorbo y recrearme en su sabor, mis pensamientos me llevaron hasta Alba, otra vez.*

*Desde la primera vez que la vi, sabía que me traería problemas. Ese tira y afloja que tuvimos en México no lo había tenido jamás con nadie; pero mi comportamiento en la boda de mi hermano había estado totalmente fuera de lugar. Cuando vi al guaperas de José sentarse al lado de Alba, supe que la noche iba a ser movidita. No soy un tío celoso, no lo he sido nunca, pero con ella era incapaz de comportarme como lo hacía habitualmente; en cierta manera, sacaba lo peor de mí.*

*Me ponía nervioso ese carácter que tenía. Siempre estaba contenta y con la ironía permanentemente en la punta de la lengua. Se notaba que había tenido una vida fácil, se dedicaba a reírse de todo y de todos, no se tomaba nada en serio y eso me reventaba. Lo único que no me cuadraba en ella era esa inseguridad que parecía tener sobre su físico; igual lo hacía para que los tíos la alabaran más, pero eso no iba conmigo, yo no iba a decirle lo buena que estaba o lo loco que me volvía su pelo, eso lo debía saber de sobra.*

*Otra cosa que no soportaba era esa manía suya de tontear con todo lo que llevaba pantalones. A ver, que ella podía hacer lo que le diera la gana, de hecho, en México estaba todo el día rodeada de tíos, pero lo de la noche anterior con el tal José había sido una falta de respeto, me habían excluido por completo de la conversación, y eso era feo, ¿no?*

*Definitivamente, no nos soportábamos, ni yo a ella ni ella a mí, pero inexplicablemente nos sentíamos atraídos el uno por el otro. Esa atracción la sentí desde la primera vez que la vi y no había hecho más que crecer. Pensé que acostándome con ella eso acabaría, o por lo menos se calmaría. Lo sé, fui un ingenuo. La noche anterior había sido tan impresionante que yo solo tenía ganas de volver a tenerla entre mis brazos, a poder ser, desnuda.*

*Sin ser consciente de ello, mis pensamientos me llevaron a la noche en cuestión. Una imagen se cruzó por mi cabeza. Ella estaba de espaldas a mí, tumbada encima de la mesa del salón; yo agarraba su culo con una mano y con la otra tiraba ligeramente de su pelo, haciendo que su cabeza se echara hacia atrás. Su pelo se enredaba en mi puño mientras empujaba dentro de ella. Ese pelo que me volvía completamente loco.*

*Gruñí y me levanté de un salto de la silla, me fui hacia la ducha. Una ducha de agua fría me iría genial.*

*Al salir del baño estaba un poco más centrado. Mientras me vestía, decidí que lo mejor que podía hacer era olvidarme de Alba. Total, lo único que sentía por ella era atracción sexual. Si nos manteníamos alejados no habría problema. Si nos veíamos alguna vez, sería en casa de mi hermano y con gente de por medio, así que podríamos mantener las distancias.*

*Cuando estuve listo, cogí las llaves del coche y me fui a ver a Ana, tenía que contarle lo que había pasado la noche anterior con Alba, ya que eso había sido un error, y debía ser honesto con ella. Ya lo he dicho, con la única persona que me comportaba como un cobarde era con Alba.*

## 7. *El ladrón*

Iba camino de casa de María, me había dejado las llaves para que le regara las plantas mientras ellos estaban de luna de miel. Hacía algunos días que tenía que haber ido, pero, entre unas cosas y otras, se me había pasado completamente.

Como, al volver María, alguna planta estuviera muerta, no sabría cómo explicarlo; menos aún, teniendo una floristería.

Al final, me entretuve más de la cuenta, ya que me puse a podar una de las plantas, porque, la pobre, estaba hecha polvo. Menos mal que había cogido un kit de la tienda por si me pasaba justamente eso.

Me puse la música en tono bajo y cogí una Coca-Cola de la nevera; estaba la mar de a gusto y en plena faena, cuando oí que alguien abría la puerta. Me asusté. Con la suerte que tengo, fijo que los ladrones decidían entrar a robar justo en el momento en el que yo estaba dentro. Pensé rápido y cogí unas tijeras de podar bastante grandes; no era mucho, pero un golpe con aquello seguro que hacía *pupita*. Si los ladrones eran dos estaba jodida, pero no lo pensé demasiado y me escondí detrás de la puerta.

Empecé a sudar al sentir que los pasos cada vez estaban más cerca; cuando casi había visto pasar toda mi vida por delante de mis ojos, me abalancé encima del ladrón y le di un porrazo en la cabeza con todas mis fuerzas. Al oírlo maldecir me quedé paralizada. Esa voz me resultaba familiar; a ver si resultaba que conocía al ladrón...

Cuando se giró, todo encajó en mi cabeza y yo quise desaparecer de allí cuanto antes, incluso me encogí ligeramente. Primero, por el porrazo que le había dado, y segundo, porque, con la cara de cabreo que tenía, estaba aún más bueno de lo habitual.

—Pero... ¿tú estás loca o quieres matarme?!

—Pues no descartaría ninguna de las dos opciones. —Me miró tan mal que me salió una sonrisa; esperaba que me hiciera parecer una niña buena, pero estaba casi segura de que pensaría que me cachondeaba de él, que, por otra parte, no era del todo mentira.

Me fui a la cocina a por hielo, porque la frente de Mario estaba poniéndose de un color morado que daba miedo. Mientras estaba allí, me chilló desde la otra punta del salón.

—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando para darme semejante golpe?!

—¿De verdad quieres saberlo? —Picar a Mario iba camino de convertirse en mi deporte favorito.

—No, la verdad es que prefiero que no me lo digas, viniendo de ti, me espero cualquier burrada.

—Ya decía yo.

Salí de la cocina con un poco de hielo liado en un trapo.

—Túmbate en el sofá. —Mi voz sonó mucho más autoritaria de lo que pretendía, pero me daba bastante igual, era Mario y él era mucho más mandón.

—¿Por qué? —Me miró con una mezcla de incredulidad y asombro. No pude evitar soltar una carcajada—. Mira, bonita, te vas a reír de tu madre. De verdad que eres una de las personas más insufribles que he conocido.

—Y tú eres un idiota malnacido. —Me sentó fatal que nombrara a mi madre, ella no encajaba en esa conversación, pero la respuesta fue algo fuerte, por lo que la dije en un susurro.

—¿Cómo dices? —Hasta yo me di cuenta de que me había pasado, así que preferí rectificar.

—Que parece que la planta ha crecido.

Lo vi sonreír; bueno, en realidad torció la boca un poco hacia un lado, pero eso era lo más cerca que Mario estaba de reír. Y supe que no había colado.

Volvió a mirarme y, finalmente, se sentó en el sofá. Ni yo misma daba crédito a que me hubiera hecho caso. Me senté a su lado y le puse el hielo en la frente. Estaba empezando a salirle un buen chichón y sin saber por qué me entraron ganas de reír. Toda la situación era de lo más cómica, menudo *viaje* le había arreado. Se me cortó la sonrisa de golpe cuando Mario fijó sus ojos en mí.

Con todo lo mal que me caía, y lo cardíaca que me ponía solo con mirarme. No pude evitar pensar en la noche que pasamos juntos. No

me subieron los colores porque yo no soy de ese tipo de chica, pero si fuera como María habría explotado allí mismo.

Me di cuenta de que él había pensado lo mismo porque sus pupilas se dilataron hasta que sus ojos parecieron casi negros. Me pasó una mano por la nuca y me acercó a él. Yo siempre tengo claro lo que quiero y lo que no, pero con Mario todo eran contradicciones. Porque me caía fatal, pero quería besarlo.

Cuando nuestros labios se juntaron, me subí a horcajadas encima de él y le devolví el beso con tantas ganas que me sorprendí a mí misma. Hasta ese momento no tenía ni idea de que me apetecía tantísimo besarlo.

Me metió la mano por dentro de la camiseta, levantó mi sujetador y acarició un pezón que ya estaba duro. Solté un gemido y él algo parecido a un gruñido.

Cuando el beso se volvió mucho más ardiente, y antes de que me diera tiempo a reaccionar, Mario se levantó de golpe, haciendo que yo perdiera el equilibrio y casi cayera al suelo.

—Tengo que irme. —No me dio tiempo ni de contestarle.

Se dio media vuelta y salió por la puerta. Iba a decir que se iba como había venido, pero no era el caso, ya que ahora llevaba un chichón de recuerdo y un calentón de la hostia.

Me quedé bastante rato mirando la puerta con cara de boba e intentando regular los latidos de mi acelerado corazón.

## 8. Otra vez no

*Salí de casa de Álex muy enfadado conmigo mismo, pero ¿en qué cojones estaba pensando? No podía volver a repetirse lo que pasó la noche de la boda de mi hermano bajo ningún concepto.*

*Acababa de arreglar las cosas con Ana. El día que se lo expliqué se enfadó muchísimo y me echó de su casa. Cosa que ya esperaba y que por otra parte era de lo más normal. Pensaba que no sabría más de ella, pero me gustaba la relación que tenía con Ana y quería mantenerla, así que insistí todo lo que fui capaz.*

*Con Ana me sentía cómodo. Era una chica con un carácter dulce y muy amable, con ella todo era fácil. No llevábamos mucho tiempo saliendo, y además ella viajaba con bastante frecuencia, pero Ana era una persona que realmente valía la pena.*

*Todo lo contrario a Alba. No quiero decir con esto que Alba no mereciera la pena como persona, estoy seguro de que sí, pero desde luego no era la adecuada para mí. No estaba seguro de que me gustara demasiado la parte de mí que Alba sacaba, eso sin contar con que debía andar siempre preparado para contestar a esa lengua viperina que tenía. Otra imagen. Su lengua. Aceleré el paso, esa chica iba a acabar conmigo.*

*Precisamente, la noche anterior había conseguido que Ana accediera a que cenáramos juntos. La cena había empezado de lo más tensa, pero, al final, más o menos, habíamos arreglado las cosas. O por lo menos eso creía yo. El polvo de reconciliación así me lo confirmó.*

*No quería pensar que hubo momentos en que, mientras me acostaba con ella, el pelo moreno de Ana cogía un tono anaranjado. Nunca me había acostado con una mujer pensando en otra, y me negaba a que eso me pasara ahora, y menos con Ana; no se lo merecía. Y jamás había comparado a dos mujeres en la cama. Jamás. Hasta que llegó Alba. Y que conste que no las comparaba a ellas, sino a mí. A cómo me sentía yo con ellas, mientras follábamos. Ana era dulce en todos los sentidos y, aunque me encantaba y disfrutaba mucho del sexo con ella, no podía evitar pensar en cómo me sentí*

*con Alba. Con Alba no tuve claro si me descontrolé o fui más yo que nunca, pero, desde luego, se trató del mejor sexo de toda mi vida.*

*Intenté sacar a Alba de mi cabeza. El sexo con ella era espectacular, pero solo era eso, sexo. Tenía que centrarme en Ana y en arreglar nuestra relación. Aunque, la noche que cenamos juntos, hablamos durante horas y acabamos bien, estaba claro que para que Ana me perdonara del todo y confiara en mí hacía falta mucho más que eso.*

*Entonces me paré en medio de la calle y me maldije a mí mismo. ¿En qué estaba pensando para volver a besar a Alba? ¿Qué coño me pasaba?*

*Había ido a casa de mi hermano para buscar unos papeles y, al final, salí sin ellos. A partir de ese día me aseguraría de no coincidir más con Alba; intentaría que fuera así, incluso, cuando hubiera gente. Prefería no verla más. Cuando Alba estaba cerca, parecía como si dejara de pensar, y yo no era así. Yo era una persona que lo pensaba todo muy cuidadosamente. Si me mantenía apartado de ella todo sería mucho más fácil.*

*No tardé en tener que tragarme esas palabras. Unos días más tarde, mi hermano y María volvieron de su luna de miel y decidieron organizar una cena en su casa para poder ver a todo el mundo y, así, explicarnos su maravilloso viaje. Vamos, un planazo. Estuve a punto de decir que no iba, pero tenía demasiadas ganas de ver a Álex. También invitaron a Ana, así que tenía claro que la cena iba a ser, cuanto menos, tensa.*

*Cuando le expliqué a Ana mi desliz, también le dije con quién había sido, pensando que no coincidirían. Bueno, pues la había cagado. No solo iba a volver a ver a Alba, sino que si Ana aceptaba la invitación de mi hermano, esta iba a coincidir con la mujer con la que la engañé; todo esto la misma noche.*

*Sí, lo sabía, sería una cena de lo más jodida.*

## 9. *La otra*

Me dirigía a casa de María y no podía evitar que me temblaran ligeramente las piernas. No era por ver a Mario o, por lo menos, eso quería pensar yo. Resultaba que, además de Mario, esa noche, también estaría Ana, y no sabía bien cómo iba a mirarla a la cara, después de lo que había pasado entre él y yo.

Cuando María me llamó para invitarme a cenar, dudé durante unos instantes sobre si ir o quedarme en casa tranquilita, pero era María y no podía decirle que no; tenía demasiadas ganas de verla y, además, yo no era una cobarde ni había hecho nada malo, el que tenía pareja cuando se acostó conmigo era Mario. Ese pensamiento me animó, y con él en mi cabeza llegué a casa de María.

Ya estaban allí Olivia y Hugo. María les estaba explicando todo lo que habían hecho ella y Álex durante su luna de miel. Bueno, entendedme... todo, todo... seguro que no.

Cada vez que llamaban al timbre me iba poniendo más nerviosa y, haciendo honor a la ley de Murphy, Ana y Mario llegaron los últimos.

No pude evitar fijarme en la maravillosa pareja que hacían. Ana me sacaba más de una cabeza; era modelo, así que solo hay que visualizar a cualquier modelo de pasarela para poder imaginar cómo era ella. Pero, además, Ana tenía una belleza atemporal, de las que no pasan de moda; podría ser igual de guapa ahora que si hubiera nacido en los años treinta. Morena, de ojos castaños y rasgos dulces. Por mucho que la mirara, era incapaz de sacarle ninguna pega, simplemente era preciosa. Y Mario... bueno... Mario era Mario, sin más. Intenté no hacer comparaciones porque, verdaderamente, salía muy malparada de todas ellas.

Hasta que me dije que a *tomar por culo*; ella era una modelo guapísima, pero yo era Alba González y no había otra como yo, con todas mis cosas buenas y mis cosas malas. Intenté creérmelo de verdad, pero me resultó imposible. Me faltaba mucho para poder

tener esa seguridad en mí misma. Aunque me encantaría, no podía evitar la comparación.

María y Álex no habían colocado la mesa y las sillas de modo tradicional. Simplemente habían retirado todo y habían puesto una mesa en un rincón con diferentes platos para picar. Eso era una ventaja, porque si me hubiera tocado sentarme cerca de ellos, o enfrente, habría sido una noche horrorosa. De esta manera, podía hablar con unos y con otros y evitar a Ana y a Mario.

Notaba la mirada de María puesta en mí en todo momento. No habíamos tenido oportunidad de hablar, solo aquella llamada en la que las dos estábamos demasiado impactadas como para entrar en detalles. Sabía que se moría de ganas de chafardear un poco, y más viendo que Mario había venido con Ana.

Me acerqué a la mesa donde estaban las bebidas. Últimamente, el alcohol me sentaba fatal, así que decidí ponerme un vaso de Coca-Cola. De lo más triste.

Cuando vi por el rabillo del ojo que Ana se acercaba a mí, me puse mucho más nerviosa de lo que me hubiera gustado. Casi se me cayó el vaso de lo que me sudaban las manos. No me apetecía nada hablar con ella. No estaba preparada para eso y, menos, delante de toda «mi familia».

—Hola, Alba.

—¿Qué tal? —No sabía qué decirle, ni siquiera había sido capaz de mirarla a la cara, y seguía sin hacerlo; mantuve los ojos fijos en el vaso que tenía entre mis manos.

—Verás, voy a ir directa al grano. No vamos a evitar coincidir en diferentes acontecimientos y, francamente, esta situación es de lo más tensa, sobre todo para mí; así que me gustaría rebajar un poco esta incomodidad.

—Lo entiendo. —Me dejó totalmente fuera de juego que Ana supiera que había sido conmigo con quien se había acostado Mario. Ni siquiera supe qué contestarle.

—Quiero que sepas que no te culpo por lo que pasó con Mario. Tú eres una mujer libre y el que tenía pareja en esos momentos era él. Tampoco quiero decir con esto que vayamos a ser amigas ni nada por

el estilo. A Mario he decidido perdonarlo. Ni yo misma sé bien por qué, pero me gusta y quiero darle otra oportunidad. No sé por qué te explico todo esto, simplemente quería que lo supieras.

Se dio media vuelta y se marchó; yo lo único que pude sentir por esa mujer fue respeto. Bueno... y algo de envidia, llevaba un vestido negro ajustado que le quedaba como un guante. Lo sé, no era momento de fijarse en esas cosas, pero no pude evitarlo.

Si me hubiera pasado a mí, seguramente, habría montado un numerito. O casi seguro que me habría negado a venir a esta cena, sabiendo que coincidiría con la mujer con la que mi novio me había engañado. Pero Ana mantuvo una compostura que me dejó pasmada. Desde luego, no nos parecíamos en nada.

En cuanto acabé de cenar, decidí marcharme a casa. Ni siquiera esperé a que sacaran el postre. Le dije a María que estaba muy cansada; en parte, era verdad, pero me sentía bastante más incómoda que cansada. Ana y Mario no se prodigaban demasiadas muestras de cariño en público, pero algún beso, algún roce... Lo normal, vamos. Yo jamás había sabido qué eran los celos, es más, lo encontraba de lo más ridículo. Cada persona es libre de estar con quien quiere, y si no quiere estar contigo, pues no la puedes obligar. Y está claro que la teoría es muy bonita, pero cada vez que los veía mirarse o besarse, un nudo me oprimía el estómago; eso hacía que me enfadara conmigo misma, así que decidí que lo mejor era irse de allí.

Estaba en la habitación de María y Álex, recogiendo mi bolso, cuando noté que alguien entraba. Antes de darme la vuelta supe que era él.

—¿Qué te ha dicho Ana? —Ni siquiera un «hola», un «¿cómo estás?». Nada. Mario y su delicadeza, que la tenía donde acaba la espalda.

—Eso deberías preguntárselo a ella.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Pues no esperes que te conteste. —Estaba tan irritada con el hecho de que Mario me hubiera dejado en aquella incómoda situación frente a Ana que tuve que contenerme para no pegarle.

Estaba segura de que había sido él quien se lo había contado. No había más opciones posibles.

Iba a salir por la puerta, pero él estaba en medio, ocupándola por completo. Cuando vio que no iba a ceder, se apartó ligeramente. Al pasar, me agarró suavemente de la muñeca y me acercó a él. Pegó nuestros cuerpos tanto que pude sentir su calor. Me apartó un mechón de pelo y lo puso detrás de mi oreja; por si eso no fuera suficiente para alterarme, acercó su boca a mi oído y me dio un pequeño beso que hizo que me fallaran las piernas. Estuve a punto de maldecir en voz alta. Detestaba sentirme así cuando Mario me tocaba. Me hacía parecer débil, y yo odiaba ser débil.

—Estás muy pálida, intenta cuidarte.

—Gracias por el cumplido.

Ese comentario me hizo reaccionar, aunque no con la rapidez que me hubiera gustado. ¿Estaba tonteando conmigo mientras su novia lo esperaba fuera? Me aparté poco a poco de él. Era como si mi cuerpo se negara a que nos separáramos.

Caminé despacio hacia la puerta, notaba su mirada puesta en mí. Cuando estaba saliendo, me giré y le dije:

—Por cierto, Mario, no te la mereces.

Me pareció oír un «lo sé», pero yo ya estaba fuera de la habitación y no lo percibí con claridad.

Ya estaba molesta conmigo misma, pero ese último encontronazo con Mario hizo que aún lo estuviera más. ¡¿Qué cojones me pasaba con él?! Lo normal que hubiera hecho con otro tío habría sido soltarle un bofetón solo por agarrarme. ¡Que tenía novia, joder! Y encima estaba en la habitación de al lado. Pero no, yo actuaba como una adolescente deslumbrada por el ídolo de turno. No podía seguir así, si no era capaz de controlarme cuando lo tenía delante, iba a hablar con María. Bajo ningún concepto volvería a coincidir con Mario. Ya había tenido bastante con esa noche, que, por cierto, fue la más extraña de toda mi vida.

## 10. *¿Qué estás haciendo aquí?*

Habían pasado unos cuantos días desde la cena en casa de María y no habíamos sido capaces de encontrar un hueco que nos fuera bien a las dos para poder hablar tranquilamente. Nos reíamos bastante de la situación, porque empezábamos a quedar al día siguiente y al final nos íbamos a dos semanas después. ¿Tan difícil era encontrar un momento? Ni que viviéramos en diferentes países. Pero resultaba que nuestros trabajos nos ocupaban bastante tiempo y teníamos horarios de lo más incompatibles.

María estaba muy cabreada (todo lo cabreada que puede estar María, que tampoco es mucho). Como no nos poníamos de acuerdo para vernos, ella quería que le explicara algo por teléfono; «por lo menos un adelanto», me decía, pero yo me negaba, era una conversación que quería tener cara a cara. Sobre todo, cuando le explicara la parte sexual. Me gustaba muchísimo ruborizar a María, me parecía tan fuerte que se sonrojara por cosas que ella hacía cada día... En fin, mi amiga era así y estaba claro que no iba a cambiar, y ojalá no lo hiciera nunca, porque a mí me encantaba su carácter.

Después de negociaciones muy duras, cambios de agenda y más de media hora hablando por teléfono, por fin, María encontró un hueco y esa noche vendría a cenar con Raquel y conmigo. Tenía tantas ganas de hablar con ella que me puse a recoger la floristería un poco antes de la hora, cosa que no hacía jamás.

Raquel me estaba ayudando cuando noté que se quedaba tiesa como un palo. Me giré para ver qué pasaba y miré en la dirección en la que ella tenía clavada la mirada. Vi a una chica, más o menos, de nuestra edad. Me pareció muy guapa; su pelo rubio le llegaba a la altura de los hombros, era bajita y tenía una cara risueña. Lo que más llamó mi atención fue la manera en la que miraba a Raquel, con una emoción en los ojos que me costó un rato identificar.

—Raquel, reacciona, por favor. ¿La conoces?

—Es Abril.

Mierda. Ahora que Raquel empezaba a estar mejor, volvía Abril para joderlo todo. Al trabajar juntas, conocía a la perfección su historia y todos los sentimientos que Raquel albergaba hacia ella. Como viniera a joderla, esa Abril se iba a enterar de quién era yo.

—Vete, si quieres, ya acabo de recoger yo. No te preocupes por la cena, le digo a María que no vendrás. Pero, joder, muévete ya, que pareces una estatua.

A Raquel le faltó poco para salir corriendo y a mí me entraron ganas de hacerle la zancadilla. Una cosa era que se moviera y otra que pareciera que había fuego en la floristería.

Tardé un poco más de la cuenta en recoger al quedarme sin Raquel, pero estaba a punto de cerrar cuando oí la campanilla de la puerta, que me informaba de que había entrado alguien. Murmuré una palabrota bastante fea. Seguro que era el típico pesado o la típica pesada que me tendría una hora para elegir un cactus. Lo que siempre pasa cuando tienes prisa; estás toda la tarde sin que entre nadie y a última hora aparece una persona que te entretiene un montón para escoger algo, o peor aún, para irse sin nada. En cualquier otro momento no me habría importado, no solía tener prisa por volver a casa, pero precisamente ese día, con lo que nos había costado quedar a María y a mí...

Al darme la vuelta me quedé exactamente igual que Raquel. No podía moverme. Mi cabeza, al contrario que mi cuerpo, empezó a pensar rápido.

Mario tenía pareja, no iba a dejarla por mí. Así que solo me quedaba una opción: levantar muros y marcar distancias. De lo contrario, al final, la que saldría malparada sería yo. Lo que estaba claro que no iba a permitir era que Mario jugara conmigo a su antojo. Todo eso pasó por mi cabeza en cuestión de segundos.

—Hola, pelirroja. —Su voz sonó tan sexi y me gustaba tanto que me llamara *pelirroja* que tuve que hacer un esfuerzo para llevar a cabo mis últimos pensamientos.

—Hola, ¿recuerdas mi nombre o te lo tengo que refrescar? Ya sé que te cuesta eso de retener información, pero, vaya, que es un nombre.

Noté como Mario se tensaba. Mi voz sonó de los más seca y este tira y afloja hacía mucho que lo habíamos superado, por eso le cogió por sorpresa que volviera a utilizarlo.

—Solo pasaba por aquí y he entrado. Si te molesta, me voy.

—Pues, mira, la verdad es que sí que me molesta. ¿Qué es exactamente lo que estás haciendo? ¿A qué juegas?

—No sé de qué me estás hablando...

—No te hagas el tonto conmigo, Mario. Tienes a Ana y no piensas dejarla, ¿qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho, pasaba a saludarte.

—Vale, pues ya me has saludado, ahora puedes irte. —No estaba para bailarle el agua, había tomado una decisión y no pensaba echarme atrás. Siendo borde, siempre conseguí ahuyentar a las personas de mi lado, así que suponía que me funcionaría también con Mario.

—Mira, Alba, eres la mujer más insoportable que conozco. No hace falta que me lo repitas, ten por seguro que no volveremos a vernos.

—Una cosita, rubio... Si soy tan insoportable, ¿por qué estás en mi floristería?

La única contestación que recibí por su parte fue un gruñido y salió por la puerta dando tal portazo que pensé que rompería el cristal.

Vale, pues ya estaba hecho. A partir de entonces, sí que no volvería a ver a Mario.

Yo lo había ahuyentado para no verlo más, me negaba a ser *la otra*. ¡¿En qué estaba pesando?! Mario no iba a dejar a Ana por mí, porque lo nuestro simplemente era atracción sexual. Así que ya estaba. Era la mejor opción. No nos volveríamos a ver y listo.

Por aquel entonces no lo sabía con seguridad, pero eso iba a ser imposible.

## 11. *María y yo*

El encuentro con Mario había hecho que mi humor cambiara. Seguía teniendo muchas ganas de ver y hablar con María, pero también me hubiera gustado meterme en la cama sin cruzarme con nadie. Y hartarme de comer helado de vainilla con nueces de Macadamia, eso también.

Cambié el helado por una ensalada rápida y cuando estaba poniendo la mesa, llamaron al timbre.

Nos habíamos visto en la cena que María preparó hacía apenas unos días en su casa, pero, cuando llegó, nos fundimos en un abrazo íntimo que las dos habíamos echado de menos.

Lo primero que hizo María, nada más llegar, fue ponerse una copa de vino blanco, yo preferí beber agua. Lo segundo, criticar el hecho de que fuera capaz de estar cómoda andando descalza por casa. A Álex también le encantaba y ella no nos entendía. Aquella chica no tenía ni idea de los placeres de la vida.

Mientras preparábamos el segundo plato, hablamos del trabajo de cada una y acabamos de poner la mesa en silencio. Le dejé a María unas zapatillas y ropa cómoda; no había pasado por su casa, venía directamente del trabajo y, como la noche iba a ser larga, lo mejor era sentirse a gusto.

Nos sentamos a cenar. Era curioso porque siempre elegíamos los mismos sitios cuando cenábamos juntas, como si esa silla estuviera reservada para cada una. María se giró hacia el lado donde siempre se sentaba Raquel.

—¿No va a venir Raquel? Pensaba que cenaría con nosotras.

—Esa era la idea, pero ha aparecido Abril en la floristería y Raquel ha perdido el culo detrás de ella.

—Espero que le vaya bien, Raquel lo ha pasado muy mal. Solo deseo que Abril no haya aparecido para hacerle más daño.

—Y yo. Estoy todos los días con ella y le ha costado mucho reponerse de esa ruptura. —Hubo un momento de silencio en el que

estaba segura de que las dos pensábamos en Raquel. Decidí cambiar de tema, ya que ninguna de las dos podía hacer nada—. Bueno, ¿qué tal la vida de casada?

—Pues bien, en realidad, muy bien, pero no hemos venido a hablar de mí. Eres tú la que tienes mucho que explicarme; para empezar, yo pensaba que no podías ver a Mario.

—Y no puedo. Que me haya acostado con él no quiere decir que me caiga bien.

—Vale, lo que tú digas, pero quiero saberlo todo, al detalle.

—¿Estás segura de lo que dices? Mira que es tu cuñado...

—¡Esos detalles no, tonta!

—Ya decía yo. —Solo con esa frase había conseguido que las mejillas de María adquirieran un ligero rubor. Aquella chica no tenía remedio.

Le expliqué de manera edulcorada lo que había pasado entre Mario y yo. Me encantaba sonrojarla, pero tampoco era plan de que pasara un mal rato, así que decidí ser buena. Destripamos cada comentario que me había hecho, casi cada movimiento. Incluso hablamos de Ana, ya que María entendía más su actitud de lo que lo hacía yo; estaba claro que yo era mucho más impulsiva y tenía bastante más mala leche que ellas dos juntas. Cuando lo analizamos todo y caímos en un silencio cómodo, sabía a la perfección la pregunta que me iba a hacer María, la conocía demasiado bien.

—¿Qué sientes por Mario?

—Pues creo que estaría follando con él a todas horas. —Cuando la vi agrandar los ojos, me eché a reír—. Es broma, me encanta avergonzarte, es tan fácil... La verdad es que, aparte de una fuerte atracción sexual, creo no sentir nada por él. —Decidí ser del todo sincera con María—. Aunque es verdad que no me gusta verlo con Ana.

—Eso es por algo. Si no sintieras nada por él, te daría igual con quién estuviera.

—No tengo ni idea de por qué es, pero no me veo teniendo una relación con Mario, somos demasiado diferentes, y está claro que él no quiere nada conmigo.

Volvimos a caer en el silencio y supe que María no sabía qué contestarme a eso, así que decidí cambiar de tema. Nos pusimos a arreglar el mundo y, como siempre ocurría, se nos hizo muy tarde. María volvió a cambiarse, recogió sus cosas y, antes de salir por la puerta, me dijo:

—¿Te imaginas que acabas con Mario? Seríamos cuñadas.

—María, cariño, deja de ver películas Disney, no te hacen ningún bien. Además, tú y yo somos mucho más que una sola palabra.

Volvimos a fundirnos en un abrazo, de esos que alargas y con los que te sientes tan y tan a gusto.

Cuando cerré la puerta, me fui directa a la cama. Durante unas décimas de segundo se me pasó por la cabeza desmaquillarme; luego deseché la idea, no era la primera y, seguramente, no sería la última vez que me iba a dormir sin desmaquillarme. Además, estaba agotada física y mentalmente, así que la pintura podía esperar hasta la mañana siguiente.

Cuando llegué a la cama, Hermione estaba atravesada en ella. Con lo pequeña que era y casi no tenía espacio para poder meterme yo. La acaricié suavemente y la aparté con delicadeza hacia un lado. Creo que me dormí nada más poner la cabeza en la almohada. Hacía años que no conciliaba el sueño con tanta rapidez.

## 12. *Una palabra que lo cambia todo*

No podía levantarme de la cama, me encontraba fatal. No sabía si estaba peor física o psicológicamente. Saqué las fuerzas justas para avisar a Raquel de que ese día no podía ir a trabajar y para decirle que se encargara ella de todo. Raquel se preocupó mucho, era la primera vez, desde que había abierto la floristería, que faltaba al trabajo. Pero conseguí que no hiciera demasiadas preguntas cambiando de tema y explicándole todo lo que tendría que hacer ese día.

—Alba, trabajo allí cada día, sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—Tienes razón, lo siento.

—Mejórate y, sobre todo, tranquilízate, te encuentro algo nerviosa.

—Me había calado desde el principio, eso era lo malo de trabajar y vivir con una persona que te conoce tanto.

Realmente podía haber ido a trabajar, pero era hora de coger el toro por los cuernos. Ser cobarde nunca fue conmigo, y ya llevaba bastante tiempo siéndolo.

Cuando Raquel se fue, me preparé una tila; me costó muchísimo renunciar al café, pero estaba claro que en esos momentos tomar una bebida estimulante no era una buena idea. Me arrepentí de no tener nunca café descafeinado en casa, pero lo encontraba una tontería; el café me gustaba para despejarme, ¿qué sentido tenía beberlo sin cafeína?

Me vestí con lo primero que pillé por casa; ni siquiera estaba segura de que estuviera limpio, pero me encontraba tan nerviosa que no podía ni pensar.

Cuando salí a la calle, el fresco de la mañana me ayudó a despejarme. No pasó lo mismo con mis nervios, que no desaparecieron en absoluto, sino que iban creciendo a medida que me iba acercando a mi destino.

Bastante tiempo después, estaba sentada en la taza del váter. Era consciente de que debía llevar mucho rato en la misma postura, ya que se me habían dormido las piernas, pero había entrado en estado de *shock* y me resultaba imposible moverme. Al ver que estaba empezando a tener problemas para respirar, decidí meter la cabeza entre las piernas, es lo que dicen que hay que hacer cuando está a punto de darte un ataque de ansiedad.

Todo daba vueltas a mi alrededor. Una palabra. Una palabra que lo había cambiado todo: «positivo».

Estaba embarazada. Jamás, en toda mi vida, me había sentido tan asustada y, con la vida que había llevado, eso era mucho decir. Aunque esa palabra se quedaba muy corta para describir el sentimiento que me invadía, más bien rozaba el histerismo.

Llevaba bastante tiempo encontrándome mal, incluso el día de la cena, Mario se percató de que estaba muy pálida. Al principio, pensé que algo me había sentado mal y no le di mayor importancia. Cuando me di cuenta de que la cosa se alargaba, pensé que se trataba de algún virus; bueno, eso y el hecho de que no me bajaba la regla, pero como la tengo bastante irregular no caí en la cuenta hasta más tarde. Llevaba más de una semana dándole largas a hacerme la prueba, temiendo exactamente ese resultado.

Volví a mirar esa especie de boli que había cambiado mi vida. El color de las dos rayitas era tan intenso que no dejaba lugar a dudas. Pensé en volver a la farmacia y comprarme otro, para asegurarme, pero no podía engañarme a mí misma, yo lo tenía claro desde hacía días y el resultado del Predictor solo era la confirmación de mis sospechas. Volví a respirar hondo y me levanté de la taza del váter. Me mareé ligeramente. Miré el reloj. Llevaba sentada en la misma posición mucho más tiempo del que creía.

Fui al salón y al coger el móvil me fui directa a un contacto. Llamé por teléfono a la única persona que podía ayudarme. Apenas hablé unos instantes y colgué; nos veríamos en veinte minutos. Me preparé algo para comer, a ver si se me pasaba el mareo. Me lo comí con una tranquilidad que no sentía, cogí las llaves y me dirigí al bar donde habíamos quedado.

Llegué la primera y me pedí una tila, la segunda del día. Me senté de manera que quedaba de cara a la puerta, para ver el momento exacto en el que entraba. Estaba acabando de tomarme la infusión cuando la vi aparecer. No pude evitar ponerme más nerviosa, si es que eso era posible. Ella era la única que podía ayudarme, pero es que, además, era lo más parecido a una madre que tenía.

—Hola, preciosa. Para que me llamas con tanta urgencia tiene que ser algo grave, así que he cambiado horarios y me he cogido el día libre. Soy toda tuya. Tú dirás.

—Olivia, estoy embarazada. —No soy de darle muchas vueltas a las cosas. Soy de las que piensan que quitar la tirita del tirón duele menos.

La vi tragar saliva y recomponerse al momento, era doctora y quería tanto su opinión personal como médica.

—De acuerdo, y ¿qué necesitas de mí?

—Estoy pensando en abortar y quiero saber qué piensas tú.

—¿Lo que pienso yo, como Olivia, o lo que te puedo decir como médica?

—Lo que piensas tú, en general.

—De acuerdo. Para abortar debes tenerlo claro, y salta a la vista que muy claro no lo tienes cuando necesitas mi opinión. Esto es una cosa que solo te incumbe a ti, es una decisión que tienes que tomar tú. Lo único que te puedo decir es que, si decides tirar adelante y abortar, te buscaré al mejor médico y te acompañaré en todo momento, no te dejaré sola en ningún instante del proceso. Pero si decides tenerlo, te ayudaré en todo lo que necesites, ya sabes que a esa niña o niño no va a faltarle nunca nada. Y cuando digo que no va a faltarle nada, no me refiero solo a cosas materiales; no va a faltarle amor, jamás.

No pude evitar que las lágrimas se derramaran de mis ojos, llevaba bastante tiempo aguantándolas. Me embargó una tranquilidad que no sentía desde que el test dio positivo. Decidiera lo que decidiese, podría contar con Olivia. No lo dudé ni por un momento, pero oírsele decir me tranquilizó.

Olivia se acercó y me abrazó. Y yo me puse a llorar como una niña pequeña. Era consciente de que la gente de alrededor nos miraba, pero me daba exactamente igual.

—Estoy acojonada, Olivia. No quiero ser como mi madre. —Y ahí, en un bar, acababa de confesarle a Olivia mi gran miedo.

—Y no lo serás, preciosa.

—Ya sabes que bebo demasiado, y no sé si seré capaz de tirar con todo sola.

—Vamos por partes. ¿Qué has bebido desde que sabes que estás embarazada?

—Me he enterado hoy.

—No te hagas la tonta conmigo. —Era como una madre para mí, así que no se le escapaba una.

—Nada. En cuanto lo sospeché, decidí que el alcohol no me sentaba bien.

—Perfecto. Otra cosa, por supuesto que eres capaz de tirar con todo. Mírame a mí, yo crie a María sola, y tú no eres menos que yo ni que nadie. Además, no vas a estar sola, porque nos tienes a todos nosotros. Y digo yo que ese bebé tendrá un padre, ¿no? En mi caso no podía contar con él, pero creo que tu situación es diferente.

—Supongo que sí. Pero no sé ni cómo planteárselo. —Me puse las manos en la cabeza y la agaché. Ese era otro tema que hacía que mis nervios se dispararan.

—No se lo tienes que plantear de ninguna manera. Para ti también está siendo difícil. Nadie te ha suavizado nada, entonces, ¿por qué tienes que ponérselo fácil a él?

Olivia tenía razón. Yo aún no tenía claro lo que quería hacer, pero si contaba con la ayuda del padre todo sería mucho más fácil. Tenía que reconocer que, aunque en esos momentos, era lo que menos me preocupaba, pero mantener sola a un bebé, con una hipoteca y pagando un alquiler iba a ser complicado; aunque lo difícil de verdad, lo que más me preocupaba, era sacar tiempo para trabajar, poder pagarlo todo y estar con él o ella. Con todo, estaba claro que no sería ni la primera ni la última madre soltera.

Sacudí la cabeza porque llevaba dándole vueltas a todo eso desde que empecé a sospechar que estaba embarazada y lo único que conseguía era sentir más ansiedad.

Miré a Olivia mientras movía en silencio su café. La observé atentamente, parecía preocupada. Eso me entristeció, no quería verla mal por mi culpa; bastante había pasado ya, pero, como siempre me ocurría, estaba totalmente perdida sin ella. Mientras la miraba no pude evitar fijarme en lo guapa que era. Olivia siempre lo había sido, recuerdo cómo la observaba con admiración cuando yo era pequeña, pero es que los años y, supongo que, la felicidad junto a Hugo, le habían dado serenidad a su rostro y aún la hacían parecer más bonita. La voz de Olivia me devolvió de golpe al presente.

—Esto no me importa, así que no me contestes si no quieres, pero ¿quién es el padre?

—Mario, el hermano de Álex. —Siempre fui incapaz de mentir u ocultarle algo a Olivia.

—Pues hazme un favor... No se lo pongas nada fácil. —Me guiñó un ojo y yo entendí que se refería a nuestra mala relación; a que iba a ser complicado llevarme bien con Mario.

La cosa estaba muy clara. Tenía que decírselo cuanto antes; si, finalmente, decidía tenerlo.

## 13. *¿Qué le pasa a Alba?*

*Olivia*

No me imaginaba que lo que le ocurría a Alba era que estaba embarazada. Había pensado tantísimo en todas las posibilidades que aquello me pilló por sorpresa.

La había acompañado a su casa e iba camino de la mía, y no podía parar de darle vueltas a todo. Veía tan perdida a Alba que se me encogía el corazón. Sabía que ella lo iba a tener más difícil que el resto; había pasado una infancia de mierda y debía luchar cada día contra eso. Pero con ese bebé, iba a tener que enfrentarse a muchos de sus miedos y, nuevamente, lo único que podía hacer yo era estar a su lado y apoyarla en todas sus decisiones. Ahora que veía a María feliz, Alba estaba pasando un mal trago.

No tenía ni idea de qué decisión tomaría Alba con respecto a su embarazo. Yo no sería capaz de abortar, no lo fui cuando me quedé embarazada de María, a pesar de las circunstancias que me rodeaban. Pero, que yo no fuera capaz, no quería decir que no respetara la decisión de cada una. Lo único era que Alba no estaba convencida, y yo tenía casi la total seguridad de que acabaría teniendo ese bebé.

Cuando abrí la puerta de casa, sentía un fuerte dolor de cabeza. Entré en la cocina y vi allí a Hugo. Era su día de descanso, así que me acerqué; estaba preparando una lasaña de verduras que le salía de muerte y que a Natalia le encantaba. Lo abracé por detrás y él se giró para darme un beso; cuando el beso se hizo mucho más ardiente, Hugo se separó de mí.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que trabajarías hasta tarde. ¿Pasa algo? Te noto un poco distante. —Me conocía demasiado bien.

—Es Alba.

—Vaya. Me voy a pasar la vida preocupado por las mujeres de mi alrededor. Lo veo. Menos mal que Natalia aún es pequeña.

—Pero crecerá.

—Eso, tú dame ánimos. ¿Qué le pasa a Alba?

—Está embarazada.

—¡Joder! Mejor nos sentamos. —Fuimos agarrados de la mano hacia el sofá. Hugo se sentó dejando salir el aire. La noticia lo había impactado—. ¿Sabemos quién es el padre? —Me hizo gracia que se incluyera.

—Sí, es Mario, el hermano de Álex.

—Pero ¿no se llevan fatal? Estaba casi seguro de que no se pueden ni ver. Bueno, da igual, aquí lo importante es cómo está Alba.

—Muy perdida y con muchos miedos. Que tu madre sea alcohólica desde que eres una niña no es un referente que te dé mucha confianza en la maternidad.

—¿Le has dicho que puede contar con nosotros para lo que necesite?

—Sí, pero conociendo a Alba, tome la decisión que tome, no lo va a pasar nada bien.

—Bueno, pues estaremos aquí para lo que haga falta. Para eso está la familia, ¿no?

—Sí. Exactamente para eso.

No pude evitar atraerlo hacia mí y besarlo. Hugo era mi refugio y mi paz.

## 14. *La reacción de Mario*

Habían pasado tres días desde que me enteré de la noticia y aún lo estaba asimilando. O, por lo menos, continuaba intentando digerirlo.

La noche anterior, volví a quedar con María. Al principio de la cena, me mostré un poco reacia a contarle nada, no quería que lo supiera nadie más antes de explicárselo a Mario. Sabía que no pasaría, pero me daba miedo que a María se le escapara algo delante de Álex, y que Mario se enterara por él y no por mí.

Sin embargo, como no tenía ni idea de dónde trabajaba Mario, no me quedó más remedio que contárselo todo a María y así conseguir la dirección donde poder hablar con él. Podía haber ido a su casa, pero no me apetecía nada encontrarme con Ana. También tenía su teléfono y podía haberlo llamado a él directamente, sin embargo, ya me sería difícil ir a verlo, así que decidí que cuanto menos hablara con él, mejor. Aunque, claro, todo esto era una soberana tontería; era el padre del bebé que estaba esperando, tendría que hablar muchísimas veces con él.

Eso sin tener en cuenta que no contarle a María que iba a ser madre se me hacía muy difícil, nunca habíamos tenido secretos entre nosotras. Lo primero que me dijo, nada más sentarnos a cenar, fue que me notaba rara y que ya podía explicarle inmediatamente lo que me pasaba. No pude hacer otra cosa que largarlo todo.

Explicarlo en voz alta me ayudaba a asimilar mejor donde me estaba metiendo. Por una parte, era más real y, por lo tanto, mi miedo crecía; pero, por otra parte, era sumamente liberador. Aunque la conversación con María fue algo surrealista. Hasta ese momento, no había caído en la cuenta de que María sería la tía del bebé que estaba esperando. Se puso tan contenta al enterarse que me contagió parte de su entusiasmo.

Me costó mucho dormir esa noche; di tantas vueltas en la cama que, al final, decidí levantarme a las cinco de la mañana. Me preparé un café en la cocina, era el único que me permitía en el día y lo

disfrutaba enormemente. Mientras me lo tomaba, seguía dándole vueltas a lo que me había mantenido despierta durante toda la noche. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar Mario. Eso hacía que mis nervios aumentasen por momentos. Decidí apartar ese pensamiento; no podía hacer nada, simplemente, iría y se lo contaría. Qué fácil era pensar las cosas y qué difícil creértelas.

Oí como se acercaba Hermione a la cocina. Pobrecilla, vaya noche le había dado. Al final, harta de que no parara de dar vueltas en la cama, se había ido al sofá. Vino hasta donde yo estaba y se sentó a mi lado. La acaricié durante un rato, para compensar la mala noche.

—Siento no haberte dejado dormir, pequeña.

Sonreí con ganas, siempre me había burlado de la gente que les habla a sus mascotas, como si estas pudieran contestar. Y ahí estaba yo, pidiéndole perdón a la mía.

Me tumbé en el sofá y fui pasando canales del televisor sin ser capaz de ver nada en concreto, hasta que llegó la hora de irme.

Iba camino del despacho de Mario. Había decidido ir andando porque las piernas me temblaban tanto que no sabía si sería capaz de estar un rato parada, esperando el metro. Bueno, eso y que el metro en hora punta me hacía sentir unas náuseas de narices.

No sabía si Mario estaría en su despacho o si podría hablar con él, pero decidí que si no lo conseguía ese día, volvería al siguiente. No podía seguir atrasándolo.

La noche anterior no había dormido nada por los nervios de explicárselo, pero llevaba muchas noches durmiendo muy mal, dándole vueltas a todo. Finalmente, había tomado la decisión de que tendría ese bebé. Ni siquiera yo estaba segura de por qué.

Mientras caminaba, continuaba con la cabeza a mil. Tuve que pararme y respirar hondo o en cualquier momento me daría un ataque de pánico. Por un momento, pensé en hacer una parada y tomarme algo, pero cuanto antes hablara con él, mejor.

Sumida como estaba en mis pensamientos, llegué al trabajo de Mario. Respiré profundamente y abrí la puerta.

La recepción era luminosa y muy amplia; al caminar hasta la mesa de la entrada mis zapatos resonaron en la estancia y todo el mundo

se giró para mirarme. Si no hubiera estado tan nerviosa los habría saludado con la mano o, incluso, habría hecho una genuflexión, agarrándome una falda imaginaria, pero las piernas me temblaban demasiado como para hacer tonterías. Me fijé en la chica que estaba detrás de la mesa; era morena e iba muy arreglada, pero sus labios pintados de rojo esbozaban una sonrisa de lo más falsa.

—Hola, buenos días, venía a ver a Mario Rodríguez. —Mi voz tembló ligeramente al pronunciar su nombre.

—¿Tiene cita? —Ni siquiera me devolvió los «buenos días».

—No, en realidad, es un tema personal.

—El señor Rodríguez no trata temas personales en el trabajo.

Con esa última frase se borró de su cara incluso la sonrisa falsa. Su rostro tenía una expresión como si hubiera olido algo verdaderamente desagradable. Tuve que respirar varias veces, porque me pillaba en mal momento y estaba en baja forma, si no habría puesto a la morena en su sitio antes de que le diera tiempo a pestañear.

—Si eres tan amable de llamarlo y decirle que Alba González ha venido a verlo... —El tono de mi voz sonó de lo más ácido.

Yo creo que me hizo caso solo por la satisfacción de decirme que Mario no me recibiría. Cogió el teléfono y marcó con bastante mala leche. La oí contestar con monosílabos y antes de diez segundos había colgado.

—Mario la recibirá en diez minutos. Tiene que subir a la cuarta planta. —Ni siquiera me miró mientras lo decía.

—Muchas gracias, bonita. —Dije lo de «bonita» con todo el retintín del mundo—. Por cierto, tienes carmín en los dientes. —Era mentira, pero me encantó verla salir corriendo en dirección al lavabo.

Caminé hacia su despacho, casi arrastrando los pies. Hablar con Mario y explicarle que iba a ser padre era algo que sabía que tenía que hacer, pero una cosa es lo que se tiene que hacer y otra lo que se quiere hacer.

Me atendió una chica mucho más amable que la anterior y me senté con un vaso de agua a esperar que saliera Mario. El sofá era tan cómodo que me dio miedo quedarme dormida.

Antes de acabarme el agua, Mario abrió la puerta. Quise encogerme en el sofá hasta hacerme pequeña. Luego me dije a mí misma que yo no era así, por lo que me levanté con la cabeza alta y caminé con paso seguro.

—Vaya, pelirroja, eres la última persona a la que esperaba ver por aquí.

—¿Podemos pasar y hablar dentro?

Por el tono de mi voz se dio cuenta rápidamente de que algo pasaba. Chico listo. Cerró la puerta después de decirle a su secretaria que no nos molestara nadie.

—Pues, tú dirás, porque me tienes totalmente descolocado.

—Uf, pues más que te vas a quedar. Ya sabes que no soy de darle rodeos a las cosas, así que voy a ir directa al grano. Estoy embarazada y tú eres el padre.

## 15. Alba, yo y...

*Después de escuchar las palabras de Alba, tuve que sentarme en mi sillón. Ni siquiera cuando pasó un rato fui capaz de procesar la información. No sabía qué decirle y era consciente de que estaba empezando a respirar con dificultad.*

*—Mario, ¿estás bien? —Alba me observaba con los ojos muy abiertos y expresión de susto, podía imaginar la cara que debía de tener en esos momentos para que ella me mirara así.*

*—Sí. No. No lo sé.*

*—Te aseguro que te entiendo perfectamente.*

*—Pensaba que tomabas la píldora...*

*—Y yo que te habías puesto un preservativo...*

*—¿Qué clase de inconscientes se acuestan sin tomar medidas de protección? Por lo visto, nosotros dos... Pero ¿cómo vamos a compartir tú y yo la crianza de un hijo si casi no nos soportamos?*

*—Está claro que vamos a tener que firmar un acuerdo de paz, por lo menos, en lo que al niño o a la niña se refiere. Creo que lo mejor será que me vaya para que puedas asimilar la información.*

*—Espera. Necesito saber para cuándo nacerá. Es decir, de cuánto estás, y me gustaría acompañarte a las revisiones del médico. —Estaba hablando por retener a Alba un poco más allí, necesitaba preguntarle cosas, pero no sabía ni por dónde empezar. ¿De verdad quería acompañarla al médico? ¿En serio le había preguntado de cuánto estaba, cuando solo nos habíamos acostado una noche? Bueno, en esos momentos solo era capaz de respirar, y no sin esfuerzo.*

*—Por mis cálculos me toca para diciembre, pero aún tengo que ir a la primera visita. Lo de acompañarme al médico me lo pienso. Todavía estoy de poco y hasta que no me hagan las ecografías por la barriga, encuentro un poco fuerte que me acompañes.*

*—¡¡Fuerte es toda esta maldita situación!! Yo no tenía previsto ser padre, ¿vale? —Le levanté la voz y me percaté de que estaba perdiendo los*

*nervios, yo casi nunca alzaba la voz.*

*—Pues te hubieras puesto un condón. Tú también estabas allí, ¿recuerdas? —Vi como Alba se levantaba con tranquilidad, cogía su bolso y caminaba hacia la puerta. Fui incapaz de detenerla—. Cuando estés más tranquilo, me llamas. Si no quieres saber nada del niño no es necesario que hagas nada. Soy lo suficientemente fuerte como para poder criar a un hijo, sola. —El portazo que dio hizo retumbar todas las paredes de mi despacho.*

*¿Qué clase de tío le hablaba así a la mujer que va a ser la madre de su hijo? Me agarré el pelo con las manos y tiré un poco de él; fue un gesto involuntario, más bien para cerciorarme de que todo aquello era real.*

*¡Dios! Iba a ser padre y no tenía ni puta idea de cómo gestionar la situación. Lo que tenía claro era que, en cuanto pudiera moverme y tranquilizarme, debía llamar a Alba y hablar con ella. Teníamos que arreglar muchísimas cosas.*

*Compartir un hijo con ella iba a ser una de las cosas más difíciles que hiciera en mi vida. Pero si había parejas que se entendían a la perfección y eran incapaces de ponerse de acuerdo en lo referente a sus hijos, ¿cómo lo íbamos a hacer nosotros?*

*Menos mal que había decidido que no quería verla más... Ahora tendría que verla el resto de mi vida.*

*Me di cuenta de que estaba sudando bastante. Me levanté de la silla y las piernas me fallaron, por lo que volví a sentarme. Respiré hondo e intenté serenarme, pero, antes de conseguirlo, la voz de mi secretaria llegó por el interfono, haciendo que me sobresaltara.*

*—Mario, ha venido Ana, la hago pasar. —No fue una pregunta y no me dio tiempo a decirle que no. ¡Mierda!*

*Casi no había asimilado la información que acababa de darme Alba cuando Ana abrió la puerta de mi despacho y se sentaba exactamente en el mismo sitio donde había estado Alba hacía apenas unos minutos.*

*—Mira, Mario, no quiero ser una novia histérica ni controladora, pero me acabo de cruzar con Alba. Me dijiste que no volverías a verla, ¿me puedes explicar qué está pasando aquí?*

*Volví a respirar profundamente. No eran ni las once de la mañana y me estaba preparando para tener la segunda conversación más difícil del día o,*

*mejor dicho, la segunda más difícil de mi vida.*

## *16. Lo que no pidas también te lo daré*

Entendía perfectamente a Mario, de verdad que sí, pero no por eso dolía menos. No esperaba una reacción para tirar cohetes; en realidad, no tenía ni idea de cuál iba a ser su reacción, pero ya estaba siendo suficientemente difícil para mí como para que él aún me lo pusiera más.

De camino al metro, decidí que lo mejor para el mal sabor de boca que me había dejado el encuentro con Mario era comer algo, así que me senté en la terraza de una heladería y me pedí el helado de chocolate más grande que había. Cuando me lo trajeron, pensé que no podría comérmelo entero. Ingenua.

Decidí bajar el helado, así que pasé del metro y me fui caminando a casa. Mi cabeza, como no podía ser de otra manera, empezó a darle vueltas a todo. No sabía cuál era el siguiente paso que daría Mario, pero, por si acaso, tenía que prepararme para lo peor. Contaba con un poco de dinero ahorrado, pero no me llegaría para casi nada. Pensé en pedirle ayuda económica a María. Sabía que ella contaba con bastante dinero, después de cobrar la herencia de Rafa, y que me lo dejaría sin problema; sin embargo, yo insistiría en devolvérselo, aunque ella me dijera que no. Necesitaba dinero, por lo menos, para comprar todo lo que necesitaría cuando naciera el bebé. Podía comprarlo con el dinero ahorrado, pero no quería quedarme sin nada, por lo que pudiera pasar.

Aun pensando todo eso, supe con certeza que sería incapaz de pedirle un euro ni a María ni a nadie; me las apañaría sola, como había hecho toda mi vida.

Al abrir la puerta de casa, pensaba en lo bien que sienta un helado, parecía que veía las cosas de otra manera... ¿Sería el exceso de azúcar que me hacía sentir eufórica?

Cuando cerré la puerta y me di la vuelta, casi me da un infarto al ver que había alguien sentado en el sofá del salón. Raquel estaba trabajando y yo debería estar sola. Pero al mirar mejor y ver de quién

se trataba, decidí no hacer muchas preguntas; total, ella hacía siempre lo que quería.

—Niña, ven a sentarte a mi lado, que tenemos muchas cosas de las que hablar.

Me dirigí hacia donde estaba Vicenta, arrastrando ligeramente los pies. Lo último que necesitaba en esos momentos era un sermón de ella.

—Lo primero que quiero que sepas es que Olivia no me ha dicho nada, pero esa mujer es como un libro abierto y, enseguida, comprendí que estaba preocupada. Tenía claro que no era por María, así que deduje que sería por ti. Moví unos cuantos hilos y me enteré de todo, pero estoy aquí porque quiero escucharlo de tu boca, así que desembucha.

Sabía que se me iban a saltar las lágrimas. Toda mi vida casi sin llorar y en esos últimos días estaba llorando casi a diario. Intenté contener el puchero que sabía que estaba haciendo y contesté a Vicenta.

—Estoy embarazada.

—¿Y qué? ¿Cuál es el problema?

—Que no estoy preparada para ser madre.

—Te he preguntado que cuál es el problema, no me vengas con chorradas. A mí no. —Había veces que esa mujer daba miedo.

Suspiré sin poder evitar que una lágrima se derramara y callera por mi mejilla.

—El problema es que no quiero ser como mi madre.

—En esta familia parecéis todos tontos. Lo digo de verdad, tenía esperanzas puestas en ti, parecías la más espabilada, pero ya veo que no se salva ni uno. —Todo esto lo dijo en un susurro y a mí me hizo gracia. Luego cambió completamente el tono de voz, que se volvió mucho más dulce—. Alba, cariño, ¿no te das cuenta de que no te pareces en nada a tu madre? Simplemente, al querer huir de ese parecido, actuarás de manera totalmente diferente a como lo hizo ella. Tú no necesitas a un hombre a tu lado. No soy nadie para juzgar el amor de otra persona, pero tu madre sentía un amor enfermizo por tu padre. No te veo a ti queriendo a un hombre de esa manera. Con

esto no quiero decir que no seas capaz de querer, simplemente digo que se puede querer a otra persona muchísimo y no caer en un amor tóxico. —Me miró con interés, pero fui incapaz de abrir la boca—. Alba, serás una madre maravillosa, eso te lo aseguro.

—Gracias, Vicenta.

En esos momentos lloraba a moco tendido. Necesitaba oír aquellas palabras. Fueron como un bálsamo para mí. «Seré una buena madre», me repetía mentalmente una y otra vez.

—Y si en algún momento haces algo raro, no te preocupes, que la colleja que te doy se oye hasta en China. —Pasé del llanto a la sonrisa en nada. Vicenta me abrazó y sus brazos me reconfortaron de una manera increíble—. No hace falta que te diga que todo lo que necesites solo tienes que pedirlo. Y lo que no pidas también te lo daré. Este bebé va a ser mi primera bisnieta y pienso mimarla como la que más.

—Tienes muy claro que va a ser niña.

—No me cabe la menor duda. Ahora tengo que irme. Cuando estés más tranquila, ve a tu habitación. He tenido al vago de mi hijo y a Álex toda la mañana arreglándola. Deseo que te guste. —Me dio un beso en la frente, cogió su bolso y la seguí con la mirada hasta que se fue.

Me quedé un rato más sentada, saboreando la sensación de placidez que me habían dejado las palabras de Vicenta. Luego fui a la cocina a por un vaso de agua.

Casi había olvidado las últimas frases que Vicenta había dicho cuando fui a mi cuarto, esperando encontrarme alguna chorrada. Nada más abrir la puerta tuve que sentarme en el suelo y no pude dejar de llorar en la siguiente media hora. ¡Putas hormonas!

Mi habitación era muy grande, por lo que la habían dividido en dos espacios. Mi cama, mi armario y mi mesita de noche la habían apartado a un lado y en el otro extremo había una cuna blanca muy sencilla con una ropa de cama en colores neutros. Habían puesto un papel en un trozo de pared que eran las ramas de un árbol en blanco con fondo gris. Al lado de la cuna, un sillón blanco y, para rematar, un alfombra blanca y gris en forma de nube.

Si hubiera ido yo misma a elegirlo, seguramente, me habría traído cada una de las cosas que estaban en mi habitación. Se veía preciosa.

Más tarde llamaría a Hugo y a Álex para darles las gracias, debían de haber estado mucho tiempo para dejarla así de bonita.

Continuaba sentada en el suelo cuando oí el sonido de mi móvil; en un principio pensé en no cogerlo, pero al final me levanté y al llegar al bolso y ver el número que me llamaba, me volví a sentar... ¡Vaya día!

—Hola, Alba. En primer lugar quería pedirte disculpas por mi reacción al darme la noticia.

—No te preocupes, Mario, yo estuve mucho rato sentada en el váter, intentando asimilarla.

—Ya me imagino. Quedamos esta noche para cenar y hablamos de todo.

—Eso no ha sido una pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Que quedaremos a cenar si me da la gana.

—Pensaba que habíamos firmado un acuerdo de paz.

—Yo, de momento, no he firmado nada, y no lo haré si no dejas de ser tan mandón.

—Alba González, ¿serías tan amable de deleitarme con tu maravillosa presencia...?

—Vale, vale, suficiente. Nos vemos esta noche. Me pasas a buscar sobre las ocho.

—¿Y ahora quién está siendo mandona? Además, ¿tú dónde vives, en Inglaterra? ¿Piensas cenar a las ocho?

—No, no vivo en Inglaterra, pero estoy embarazada y más tarde me como hasta las piedras.

—De acuerdo, pues a las ocho en tu casa.

Colgué el teléfono con una absurda sonrisa en la cara. Al percatarme, la borré de inmediato.

## 17. Mi hermano y yo

*Contra todo pronóstico, Ana decidió perdonarme y yo no estaba seguro de si eso me parecía bien o no. Habíamos hablado bastante del tema y sabíamos que iba a ser difícil porque tendría que ver a Alba con frecuencia y Ana no lo llevaría demasiado bien, pero me dijo que yo le gustaba mucho y también la relación que teníamos, así que quería darle otra oportunidad a lo nuestro e intentarlo. Fui incapaz de abrir la boca, a mí también me gustaba nuestra relación, pero estaba claro que no iba a ser fácil. Eso sin contar con que en unos meses iba a ser padre y no tenía ni idea de nada, y mucho menos de dónde encajaba Ana en todo aquello.*

*Mi vida se complicaba por momentos y tenía tal cacao en la cabeza que no era capaz de decidir hacia dónde quería tirar.*

*De momento, había quedado para comer con mi hermano y para cenar con Alba. Ninguna de las dos conversaciones sería sencilla, pero, con los días que llevaba, empezaba a acostumbrarme a las charlas difíciles.*

*En la cena con Alba teníamos que hablar de muchísimas cosas, pero la parte más complicada sería llegar a un acuerdo para cuando naciera el bebé. Incluso para antes. No quería ser un padre ausente y pretendía involucrarme todo lo que pudiera en la vida de mi hijo o hija, eso sí lo tenía claro.*

*Y la conversación con mi hermano... era Álex, no tenía ni idea de hacia dónde tiraría.*

*Me duché y me puse lo primero que pillé. El restaurante donde habíamos quedado estaba un poco lejos de mi casa, pero igualmente decidí ir caminando. Como siempre, llegué antes que él y me senté en una mesa apartada, para que nos dejaran hablar tranquilos.*

*Mi hermano era un actor famoso y yo su representante, y aunque llevábamos unos cuantos años trabajando juntos, seguía sorprendiéndome que lo reconocieran por la calle. Pero ni ese trabajo ni el que ejercía en la empresa familiar me entusiasmaban lo más mínimo.*

*Cuando mi hermano decidió ser actor, a mí me tocó ponerme a trabajar con mi padre y ser su mano derecha en la empresa. Tuve que aparcarme cualquier cosa que me gustara hacer. Aunque me había sacado la carrera de Derecho, jamás comenté en mi casa que ejercer de abogado era mi sueño. Mi padre siempre pensó que esa carrera la había cursado para el mejor funcionamiento de la empresa y yo nunca traté de desmentirlo.*

*Asumí que mi padre me necesitaba en la empresa y mi hermano en su trabajo, y dejé de lado lo que yo quería hacer para darles prioridad a ellos. Y ahora, tanto la empresa de mi padre —que ya llevaba yo solo, pues él estaba jubilado—, como la carrera de mi hermano estaban en pleno auge y no era el momento de cumplir mis sueños; aunque, siendo sincero, yo nunca encontraría el momento adecuado para eso.*

*Aparté esos pensamientos de mi cabeza cuando vi a mi hermano entrar en el restaurante. Era guapo, el cabrón. Venía morenísimo de su luna de miel y con una sonrisa en la cara que parecía ser incapaz de borrar.*

*No se había acabado de sentar en la mesa cuando me soltó:*

*—¿En serio, hermanito? ¿Con Alba? —Hasta ese momento no lo sabía seguro, pero acababa de confirmarme que ya se había enterado de la noticia.*

*—Qué quieres que te diga, ni yo mismo sé cómo ha pasado esto.*

*—Si quieres, te lo explico. —Puso su sonrisa más pícaro y a mí me dieron ganas de que Vicenta estuviera cerca para que le diera un collejón de los suyos.*

*—Estás muy gracioso, ¿no?*

*—Ahora en serio. Enhorabuena. Aún no puedo creer que vayas a ser padre y que me vayas a hacer tío. —Se incorporó un poco en su silla y me dio un abrazo.*

*—No lo puedo creer ni yo, incluso Alba lo está asimilando aún.*

*—Menos mal que era un poco cabrona y que te caía fatal.*

*—Y lo es, pero no sé qué me pasa cuando la tengo cerca. Siento una atracción por ella que me resulta muy difícil de controlar.*

*—Por lo visto, en lo referente a Alba no sabes muchas cosas.*

*—Con ella tengo la sensación de que no me entero de nada.*

*—Eres mi hermano y sabes que te quiero un montón, pero Alba es una tía que me cae genial, no me gustaría que os hicierais daño. —Se quedó callado*

unos segundos, pero yo sabía que no había terminado—. ¿Sientes algo por ella?

—¿Aparte de una atracción sexual que no me permite apartar las manos de su cuerpo?

—Esa atracción sexual ya crepitaba en México. Cuando estabais cerca, saltaban chispas, pero no me refiero solo a eso, quizá no he hecho bien la pregunta. ¿Sientes algo más por ella?

—Pues la verdad es que no lo sé, creo que no. Pero estoy tan confuso que ahora mismo soy incapaz de afirmar o desmentir nada.

—Pues estás jodido, hermano, porque un hijo es para toda la vida. Y, francamente, no lo entiendo. Alba es divertida y tiene un carácter arrollador. Eso sin entrar a hablar en detalle de lo buena que está. — Levanté la cabeza de golpe. Me sentía absurdo, Álex era mi hermano y estaba felizmente casado con María, pero mis pensamientos se fueron a bastante tiempo atrás, exactamente al día en el que los vi besarse, y aunque Álex me había dicho infinidad de veces que ese beso no había significado nada para ninguno de los dos, no conseguía quitarme aquella imagen de la cabeza—. Aunque, pensándolo bien, una vez le dije a Alba que no habría un hombre lo suficientemente bueno para ella, no sé si tú estarás a la altura.

—Vaya, muchas gracias, hermanito. Contigo da gusto hablar, no haces más que facilitarme las cosas. —Lo vi sonreír, y esta vez no necesité a Vicenta, yo mismo le di una buena colleja—. No es una situación fácil para ninguno, y encima me siento como si estuviera en medio de Alba y Ana.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que sigues con Ana?

—Sí. —A mi hermano le dio la risa y a mí no me gustó nada.

—No tienes ni puta idea de donde te estás metiendo.

Se me quedó cara de tonto. Seguramente mi hermano tenía razón y lo estaba complicando todo mucho más de lo que ya estaba.

## 18. *La visita al médico*

*Unos meses más tarde...*

Ya estaba de veinte semanas y, por fin, se me habían pasado las malditas náuseas. Hacía un par de meses que me encontraba mejor, pero ese día, supongo que sería por los nervios, volvía a estar un poco revuelta.

Me tocaba la ecografía del segundo trimestre. Además de ser una ecografía muy importante, Mario se había empeñado en acompañarme.

Durante esos meses, aparte de la cena que tuvimos después de darle la noticia del embarazo, no nos habíamos vuelto a ver. Mario me llamaba con regularidad para ver cómo me encontraba, y manteníamos conversaciones por teléfono de lo más correctas.

La decisión de no vernos, por lo menos hasta que naciera el bebé, la había tomado yo. Durante esa cena, Mario me dijo que continuaba con Ana. Así que decidí que cuanto menos nos viéramos mejor. Eso sin querer hacer caso del puño que me oprimió el estómago al enterarme de que seguían juntos.

Esa cena nos había servido para poder hablar del tema y para decidir qué hacer cuando naciera el bebé. Tampoco llegamos a ningún acuerdo concreto. Mario quería formar parte de la vida de su hijo o hija y a mí me parecía perfecto. Sabía demasiado bien lo que era tener un padre ausente como para privar a mi hijo del suyo. Dejaría a Mario ejercer de padre tanto como él quisiera.

Era consciente de que la decisión de no vernos no podría prolongarla mucho más, Mario hacía tiempo que insistía en acompañarme a las analíticas y al médico y yo no hacía otra cosa que darle largas. Pero para aquella visita insistió tanto y lo oí tan ilusionado que fui incapaz de decirle que no.

Sacudí la cabeza, centrando mis pensamientos en el presente. Había llegado casi sin darme cuenta. Me paré en la puerta del

hospital a esperarlo. Estaba cansada y respiraba con un poco de dificultad, no quería imaginar lo que me esperaba en los meses siguientes.

No había acompasado del todo mi respiración cuando se me cortó de golpe, en el preciso momento en el que vi salir a Mario del aparcamiento; se me había olvidado lo guapo que era y todo lo que me hacía sentir. Me quedé tan embobada mirándolo, que tardé un rato en darme cuenta de que a su lado venía Ana.

Se me debió de quedar cara de idiota, porque nada más llegar hasta donde yo estaba, Ana me dijo:

—No te preocupes, Alba, solo he venido a acompañar a Mario, estaba muy nervioso; pero me esperaré aquí fuera, en cualquier bar, a que terminéis.

Preferí no contestar lo que pensaba. Tenía muy claro que yo no actuaría como lo estaba haciendo ella, pero Ana no tenía la culpa de nada, y yo me conocía muy bien; estaba segura de que lo mejor era mantener la boca cerrada, así que me di media vuelta y, aun sabiendo que estaba siendo maleducada, me dirigí hacia la consulta de mi ginecólogo.

Mario venía detrás de mí. Cuando llegamos a la sala de espera, no habíamos intercambiado ni una palabra. Fui a avisar a la enfermera de que habíamos llegado y busqué un sitio para sentarnos. Había bastante gente, los únicos sillones que estaban libres quedaban un poco apartados y daban sensación de intimidad. Una intimidad que no me apetecía, pero aún tenía menos ganas de permanecer de pie, así que nos sentamos allí. Al hacerlo, su muslo rozó el mío y pude sentir el calor que desprendía. Me aparté ligeramente.

—Siento lo de Ana, se ha empeñado en acompañarme y me ha sabido mal decirle que no. Sé que no te ha sentado muy bien.

—En realidad, no pasa nada, incluso es lógico que te lo pidiera, seguramente yo también lo hubiera hecho. —Mentira. Si yo estuviera en la situación de Ana, haría ya mucho tiempo que habría mandado a paseo a Mario. Pensé que yo jamás era así de diplomática y entonces mi boca habló por mí—. Bueno... en realidad, no lo entiendo para nada, yo jamás actuaría como lo hace ella.

—Eso lo tengo clarísimo.

No supe si esa respuesta era algo bueno o malo. Nos quedamos en silencio. Tenía una sensación extraña, no quería que Ana formara parte de la vida de Mario y ni siquiera entendía el porqué, ya que Ana me caía bastante bien.

—Ahora sí que se te nota la barriga.

Sabía que estaba hablándome y cambiando de tema para romper el hielo que se había instalado entre nosotros.

—Sí, ahora ya no engaño a nadie.

—Estás preciosa. —Lo miré sorprendida, ya que Mario no era de hacerme ese tipo de cumplidos—. Aunque podías haberte peinado un poco.

—Ya decía yo que estabas siendo demasiado amable. Por cierto...

—¿Dime?

—Me peinaré si me da la gana. —Lo vi torcer el gesto y supe que estaba intentando no sonreír.

—¿Has pensado algún nombre? —En ese momento caí en la cuenta de que nos quedaban muchas cosas de las que hablar.

—Si es niño me gustaría que se llamara Noel. Si es niña Reyes o Natividad.

—Mmmm... —Hizo un mohín de desagrado muy suyo.

—Ya sé que no son nombres muy comunes, pero me encanta la Navidad y me gustaría que mi hijo o hija llevara un nombre relacionado con ella.

—Noel no es feo, pero me niego a que mi hija se llame Natividad o Reyes.

—Lo primero es que el nombre lo elijo yo. Ya que he aceptado que lleve tu apellido antes que el mío, y que la que va a parir soy yo, el nombre me corresponde a mí. Y, lo segundo, si se te ocurre otro nombre relacionado con la Navidad más bonito... Adelante, soy toda oídos.

Lo vi pensar durante unos segundos y después dijo:

—¿Qué te parece Belén?

¡Cabrón! A ver ahora qué le decía yo. Llevaba tiempo pensando nombres de niña relacionados con la Navidad. Me negaba a

buscarlos por Internet; sabía que sonaba infantil y que era una tontería de las mías, pero no quería decirle a mi hija que le había puesto un nombre que había encontrado en cualquier página. Ahora eso no pasaría, pero le tendría que decir que el nombre se lo había puesto su padre. Porque él había tardado unos segundos en dar con el nombre perfecto. Aunque no pensaba hacérselo saber tan rápido.

—Ya me lo pensaré. Además, si es niño no hay que darle más vueltas.

## 19. Está todo perfecto

*A Alba, el embarazo le había afectado el cerebro; bueno, no es que fuera una persona muy centrada, pero ¿cómo iba a ponerle a mi hija Natividad o Reyes? Seguro que había mucha gente a la que le gustaban, pero no era mi caso. Belén no es que me entusiasmara, pero era mucho más bonito que los que había pensado Alba.*

*Giré la vista hacia ella y la miré. El embarazo le sentaba bien, estaba guapísima. Lo del pelo solo lo había dicho para picarla. Lo mío era digno de analizar, pero su pelo me volvía totalmente loco. Bajé la mirada a su barriga y me pareció increíble que ahí dentro estuviera nuestro hijo. Me invadió un sentimiento de ternura que no había experimentado antes.*

*Acerqué mi mano hacia la suya, que descansaba a un lado del sillón, y cuando casi la había cogido vi como Alba daba un respingo y se levantaba. Pensé que se debía a mi contacto, pero aún no había llegado a tocarla. Tardé unos segundos en percatarme de que el médico nos había llamado para entrar.*

*Nunca en mi vida había estado tan nervioso. Tuve que limpiarme las manos en el pantalón antes de estrechar una de ellas con la del médico, ya que no paraban de sudarme. Me senté antes de que nadie me lo dijera porque notaba las piernas como si fueran de gelatina.*

*No me enteré de casi nada de lo que me dijo el doctor mientras Alba entraba y se colocaba en la camilla. Yo le contestaba a todo que sí.*

*Cuando, por fin, pude entrar en la sala contigua, donde estaba Alba, lo primero que hice fue mirarla a los ojos. Estaba asustada. Ya éramos dos. Me coloqué a su lado y le cogí la mano, intentando infundirle un valor que ni yo mismo sentía, mientras el médico embadurnaba un aparato con una especie de gelatina transparente.*

*Estuvo tanto rato mirando la pantalla del monitor que pensé que algo no iba bien. Cuando un sudor frío recorría mi espalda, por fin se dignó a hablar.*

*—Pues está todo perfecto.*

*Continuó hablando, pero yo tuve que agacharme un momento porque las piernas me fallaban. Oía la voz del médico de fondo, explicándonos con detalle todo lo que se veía en esa pantalla en blanco y negro. La verdad era que yo no veía nada, pero asentía con la cabeza como si fuera idiota. Yo solo me había quedado con que todo estaba bien.*

*No entraba en mis planes ser padre, y menos con Alba, pero si nos hubiera dicho que algo no iba bien me habría destrozado.*

*Miré a Alba y vi que dos lágrimas caían por sus mejillas; se las limpié sin siquiera oír lo que le preguntaba al médico. No me había dado cuenta de la necesidad que tenía de tocarla hasta que mis dedos rozaron su piel.*

*—Bueno, y ahora que sabemos que todo está bien, ¿queréis saber el sexo? —A mí me daba exactamente igual, pero Alba dijo que sí—. Lo puedo decir con bastante seguridad, y eso que hay veces que no se deja ver bien, pero en este caso no hay duda. Vais a ser padres de una niña.*

*Por mi mente pasó la imagen de una niña con cara de bicho y pelirroja. Tuve que respirar profundamente para no echarme a llorar.*

*Fijé mis ojos en los de Alba y noté como apretaba mi mano. Pasara lo que pasase entre nosotros, ese momento lo guardaría siempre como uno de los más bonitos de mi vida.*

## 20. *Ese momento raro*

Estaba acabando de vestirme. Aún me encontraba aturdida por toda la información recibida, pero me sentía muy feliz con las noticias. No me había dado cuenta de lo preocupada que estaba hasta que oí al doctor decir que todo iba perfecto.

Lo del sexo era lo de menos, pero me hacía ilusión que fuera una niña, creo que exactamente igual que si me hubieran dicho que era un niño.

Y luego estaba ese momento raro que habíamos compartido Mario y yo. Prefería no pensar mucho en ello. Mario tenía pareja. Eso sin mencionar el hecho de que se había acostado conmigo una vez; bueno, en realidad más de una, pero todas habían sido en la misma noche. Nos besamos en otra ocasión y las dos veces había vuelto con Ana. Él no sentía nada por mí y yo me estaba comportando como una idiota.

Justo cuando había acabado de vestirme y me dirigía hacia la mesa donde estaban sentados Mario y el doctor, alguien llamó a la puerta. El doctor le dio paso y la puerta del despacho se abrió. Por ella asomó la cabeza de alguien a quien tenía muchas ganas de abrazar.

—He preferido esperar y dejaros solos, pero ya no puedo más, ¿todo bien?

La voz de Olivia se entrecortaba y pude notar que estaba bastante nerviosa. La miré con ternura y le contesté.

—Todo bien. —Pude oírla suspirar desde donde yo estaba. Fui incapaz de decirle nada más porque a mí también me fallaba la voz.

—Me alegro muchísimo. Os dejo, que seguro que queréis estar solos.

Me dirigí hacia donde estaba Olivia, la abracé con fuerza y le dije al oído:

—Con el permiso de María y Natalia, vas a ser abuela de una niña que se llamará Belén.

Olivia se apartó ligeramente y me retiró un mechón de pelo que tenía en la cara.

—Ellas están encantadas de compartirme contigo, ya lo sabes. Espero estar a la altura de la palabra «abuela».

—Nadie va a llevarla mejor que tú.

Nos fundimos en un abrazo. Sabía que era infantil, pero me negaba a darle esa palabra a mi madre. Lo último que sabía de ella era que se había escapado del centro que María le pagó y se había ido con un hombre a vivir a Valencia. Hacía meses que no se ponía en contacto conmigo.

Olivia me dio un beso en la frente y se despidió, invitándonos a cenar un día de esa semana para celebrarlo.

Mario y yo nos despedimos del médico y nos dirigimos a la salida.

—Bueno, Alba, un día lleno de emociones.

—Sí, emociones de las buenas.

—Eso sí. Gracias por dejarme compartirlas contigo.

—Eres su padre, qué menos.

—Nos vemos pronto.

Mario se acercó y nos fundimos en un abrazo mucho más íntimo de lo que me hubiera gustado. Me separó un poco de él y me miró a la cara, mientras me tocaba el pelo con una mano. Se acercó tanto a mí que pensé que iba a besarme, pero antes de que pudiera reaccionar, me había soltado y se dirigía hacia la puerta.

O yo veía cosas donde no existían o aquel hombre me superaba en rarezas.

## 21. ¡¡Cómo está el vikingo!!

Dos días más tarde, iba de camino a casa de Olivia. Había organizado y preparado una cena para celebrar que mi embarazo iba bien. Aunque a mí lo que de verdad me apetecía era meterme en la cama y dormir los próximos cuatro meses, llegué a la conclusión de que si se hacía una cena por mi hija lo lógico era que la llevara, y como no podía ir sin mí...

No tenía ni idea de si estaría Mario; prefería no pensarlo, porque el simple hecho de volver a verlo provocaba que me pusiera nerviosa y odiaba esa sensación de vulnerabilidad que me hacía sentir.

Llegué antes que la mayoría de la gente y nada más hacerlo tuve que sentarme en el sofá. Estaba cansadísima. Vicenta no tardó en sentarse a mi lado.

—Así que, al final, es una niña.

—Hay veces que me das miedo, ¿cómo lo sabías?

—En realidad no tenía ni puñetera idea, pero el abanico de posibilidades no es muy amplio, así que había un cincuenta por ciento de probabilidades de acertar. —No pude evitar sonreír. No sabía cómo lo hacía Vicenta, pero siempre conseguía aflojar tensiones y hacerte sentir mejor—. Por cierto, viene el vikingo, y creo que viene solo.

Retiro lo dicho.

—Estupendo, pero, en realidad, me da igual.

—Sí, claro, y yo soy Angelina Jolie. Para unas cosas eres muy tonta, pero está claro que mal gusto no tienes... ¡Cómo está el vikingo!

—¡Vicenta! —Ahora sí me reí con ganas.

—Una tiene sus años, pero la vista no me falla, bonita.

Se levantó y se fue hacia la cocina, no sin antes girarse y guiñarme un ojo. Me dio la risa justo en el momento en que llamaban al timbre, cosa que hizo que se me cortara de golpe.

Mario entró en el salón, tan guapo como siempre. Llevaba un tejano gastado con una sencilla camiseta de color negro y unas

Converse de ese mismo color. Me gustaba infinitamente más cuando no llevaba traje, parecía que todo él se relajaba cuando se lo quitaba. A la primera persona que miró fue a mí, y yo me quedé atrapada en esa mirada, hasta que Vicenta carraspeó. Retiré la vista de él y estuve hablando con Olivia hasta que llegó la hora de cenar.

Mario se sentó enfrente y supe que no iba a poder estar tranquila, ya que no despegaba los ojos de mí.

—¿Dónde te has dejado a tu novia modelo? —Creí notar cierto retintín en la palabra «novia», pero la pregunta la había hecho Vicenta y no le hice mucho caso. Eso sí, aquella palabra me cerró el estómago por completo.

—Pues se ha tenido que ir unos días fuera, por trabajo. Ana suele viajar con bastante frecuencia.

Olivia cambió el tema de conversación y yo se lo agradecí. A partir de ese momento, me sentí más tranquila y pude comer algo. Olivia no cocinaba habitualmente, pero tanto ella como Hugo se habían esmerado e hicieron unos platos riquísimos; si no fuera porque luego tendría unos ardores de la muerte, habría comido hasta estar a punto de reventar.

El tiempo pasó volando, siempre me ocurría cuando iba a casa de Olivia. María estaba levantada, sirviendo el postre; por lo visto lo había hecho ella. No era por quitarle la ilusión, pero la tarta no tenía muy buena pinta. Le dije que me pusiera un trocito pequeño y agradecí que las náuseas se hubieran terminado, de lo contrario no habría sido capaz de comerme eso. María debió de ver mi cara.

—No ha cuajado muy bien y ha quedado un poco feo de aspecto, espero que de sabor esté bueno.

—Seguro que sí. —Había veces en la vida en las que era necesario ser un poco diplomática.

Mientras ponía un trocito en mi plato, me miró con picardía y no tuve ni idea de por dónde iba a salir.

—Por cierto, Alba, me ha llamado un amigo que conocí en Nueva York. Vendrá este verano a pasar unos días, y necesita que alguien le haga de guía. He pensado en ti. William es encantador y muy guapo.

—María me guiñó un ojo y, antes de que yo pudiera contestar, Álex dijo:

—Vaya, qué calladito te lo tenías... Nunca me comentaste nada de que habías hecho amigos en Nueva York. —Lo vi enfurruñarse y decidí intervenir.

—Bueno, María, en verano tendré a Belén y no sé si podré hacer planes.

—¡¡Anda, coño!! ¿Qué pasa, que vas a tener una hija y te vas a recluir en casa? Somos un montón los que nos podemos quedar con la niña, mientras tú sales y te aireas. Además, esa niña tiene un padre, ¿no? Pues que ejerza como tal.

Nadie se atrevió a replicar a Vicenta, lo único que hizo Mario fue asentir con la cabeza. Aunque tenía cara de enfadado y no levantó del todo la mirada del plato.

Yo pensé que quizá Vicenta tuviera razón. Algún día tendría que salir. Que fuera a ser madre no quería decir que tuviera que encerrarme en casa de por vida. Aunque preferí no decir nada, ya veríamos. Aún quedaba mucho para el verano.

## 22. *La conversación que intentaba evitar*

Estaba siendo un día de lo más tranquilo en el trabajo, así que le dije a Raquel que se quedara un momento en la floristería y yo aproveché para comprar unas cuantas cosas que necesitaba.

Me encontraba tan absorta, mirando los ingredientes de un plato preparado, que no me di cuenta de que me llamaban. Alguien me tocó la espalda y, al girarme, me topé con la persona a la que llevaba evitando desde que me enteré de que estaba embarazada.

—Hola, Alba.

—Hola, Laura, ¿cómo estás?

—Yo estoy bien, pero tú estás preciosa, el embarazo te sienta fenomenal. ¿Qué te parece si nos vamos de aquí? Me gustaría hablar contigo. ¿Te apetece tomar algo?

La verdad era que no me apetecía. Sabía que tarde o temprano tenía que hablar con Laura, ni podía ni quería evitarla siempre, pero se me hacía muy cuesta arriba ese momento. Olivia había sido una figura materna para mí, pero Laura también había estado siempre ahí; era algo así como una tía a la que se quiere mucho.

El problema era que, siendo joven, Laura sufrió un cáncer que le impedía ser madre. Desde que supe que estaba embarazada y dudé entre tener o no al bebé, no pude quitarme de la cabeza a Laura.

Finalmente, accedí y de camino a la cafetería cada vez me iba poniendo más nerviosa. Laura era una persona a la que quería muchísimo y no quería hacerle daño por nada del mundo. No tenía ni idea de cómo empezar la conversación con ella ni qué decirle.

Entramos en una cafetería muy acogedora y nos sentamos al fondo, en una mesita muy mona, pero con unas sillas incomodísimas.

—Bueno, Alba, ¿te pasa algo conmigo? Desde que sabes que estás embarazada no haces otra cosa que evitarme. Somos dos personas adultas y podemos hablarlo. Te quiero muchísimo y lo último que deseo es que te alejes de mí.

Como no podía ser de otra manera, las lágrimas acudieron a mí. Era verdad que desde que estaba embarazada lloraba bastante, pero también había comprendido que la gente que tenía a mi alrededor me quería mucho. Aunque nunca lo había dudado, esa confirmación sentaba de fábula.

Así que decidí ser sincera con Laura.

—Verás, Laura, no te he dicho nada porque veía injusto hablar contigo de si quería o no tener a esta hija, sabiendo que tú no puedes ser madre. Y cuando, finalmente, decidí tenerla, me supo mal que vivieras todo mi embarazo y todas mis dudas; no sé, quizá es una tontería, pero no quería que lo pasaras mal.

—No poder ser madre no ha sido algo que haya podido elegir, me ha venido impuesto, y no te voy a mentir, he llorado muchísimo por ello, pero ahora mismo no cambio mi vida por la de nadie. Nunca creí que diría esto, pero se puede ser plenamente feliz sin tener hijos. Y, por cierto, me conoces muy poco si crees que juzgaría el hecho de que decidieras abortar. Yo no soy tú, no he vivido tu vida, por lo tanto, no puedo juzgar nada de lo que decidas hacer. Te hubiera acompañado y apoyado, siempre. Pero has decidido ser madre, aun sabiendo que la maternidad implica muchísimos sacrificios, entre ellos tener claro que debes renunciar a cosas, has de cuidar y preocuparte por otra persona el resto de tu vida. Creo que has tomado una decisión muy valiente.

Laura me cogió de la mano, y a mí se me hizo un nudo en la garganta.

—Yo creo que estoy siendo una cobarde.

—¿Cobarde? Has decidido ser madre y tirar adelante con un referente de maternidad como el que tienes. Yo creo que no has podido ser más valiente. Has mirado a todos tus miedos de frente y les has plantado cara.

—No sé si seré buena madre. Es una pregunta que me hago a diario y vivo con tanto miedo a no ser capaz de hacerlo bien...

—Eso es una duda con la que creo os enfrentáis todas las madres, pero serás la mejor madre que tu hija pueda tener. No habrá una

madre mejor, porque nadie la conocerá mejor de lo que lo harás tú. Serás una madre extraordinaria, eso grábatelo en la cabeza.

—Ya, pero ¿y si...?

—Alba, cariño, date un respiro, no seas tan dura contigo misma; harás cosas bien y cosas mal como todas las madres del mundo, pero te aseguro que estarás muy lejos de parecerte a tu madre. —Levanté la cabeza y Laura me sonrió, me conocía muy bien y me había calado a la primera—. Y, por favor, no tomes decisiones por mí. No hay nada que me haga más ilusión que formar parte de tu embarazo, de tu vida y de la de tu futura hija.

Ahora sí lloraba. Laura se levantó y me abrazó. Como siguiera así me iba a quedar sin lágrimas. Pero tenía que reconocer que estar rodeada de una familia que me quería era de lo más bonito.

## 23. *Me voy a quedar sola*

*Unos meses más tarde...*

Esa noche había quedado para cenar con María y Raquel. Nos lo había propuesto Raquel, por lo que estaba de lo más intrigada. Hacía muchas semanas que no coincidía con ella en casa, ya que pasaba muchas noches fuera. En el trabajo no quería preguntarle por qué tenía esa sonrisa perenne dibujada en la cara. No nos dejarían hablar tranquilas y prefería esperarme. Así que seguramente esa noche tendría la respuesta.

Mi habitación parecía un campo de batalla. Me había probado toda la ropa que tenía; bueno, mejor dicho, toda la que me entraba. Nada me quedaba bien, parecía que estaba a punto de explotar y aún me quedaba un mes y medio para dar a luz. Decidí que, después de esa cena, me encerraría en casa hasta que fuera una persona que pudiera moverse sin dificultad.

Me maquillé un poco más de la cuenta para sentirme mejor conmigo misma y compensar la ropa y los zapatos planos.

Cuando llegué al restaurante, Raquel y María ya estaban acomodadas en una mesa. Me senté, dejándome caer tan fuerte que por poco rompo la silla. Últimamente dormía bastante mal y siempre me sentía cansada.

—Estás preciosa, Alba.

—No digas gilipolleces, María, no puedo ni moverme y aún me queda lo peor. Mejor ni lo pienso.

Ellas sí que estaban preciosas. María no llevaba nada de maquillaje y se había hecho una coleta que le quedaba fenomenal. Su ropa era de persona normal y eso hacía mucho, la verdad, no como yo, que por poco me tengo que poner el mantel por encima. Raquel tenía un brillo tan especial en los ojos que fue lo primero que vi al mirarla, estaba espectacular.

Las chicas habían pedido vino blanco; yo llené mi vaso con agua y decidí que no me estaba costando nada dejar de tomar alcohol, así que cuando naciera la niña seguiría sin beber. Ese pensamiento me animó.

—Bueno, chicas, quería hablar con vosotras, pero sobre todo con Alba. —Levanté la cabeza de golpe.

—Como me digas que te has vuelto a enamorar de mí te estampo la botella de agua en la cabeza. Aunque, bien pensado, mi hija tendría dos madres, y si yo la cago en algo, estarías tú...

—¡¡Alba, para!! No es eso. Lo que quería decir es que, veréis... de aquí... bueno... —No paraba de tocarse el pelo y entendí que le estaba costando hablar, estaba nerviosa de verdad.

—Vamos, Raquel, seguro que no es tan malo. —María utilizó su tono más dulce.

—Ah, no, si malo no es, en realidad estoy muy contenta; bueno, quizá «contenta» es una palabra que se queda muy corta, estoy eufórica. La noticia es que me voy a vivir con Abril. Hace meses que dejó a su marido y ahora ya está oficialmente divorciada, por lo que me ha propuesto que nos vayamos a vivir juntas.

María dio un salto de la silla y abrazó a Raquel. Las dos gritaban emocionadas, mientras todo el restaurante las miraba. Continuaron emitiendo chillidos de lo más molestos hasta que se fijaron en que yo lloraba a moco tendido.

—¿Ves?, ya sabía yo que te lo tenía que decir primero a ti. No te preocupes, Alba, este mes te pago mi parte del alquiler y si necesitas algo solo tienes que decírmelo...

—Me importa una mierda el alquiler; bueno, no exactamente, pero me voy a quedar sola. Justo cuando estoy más acojonada, justo cuando voy a ser madre, me quedaré sola.

Sabía que me comportaba de forma infantil y egoísta, pero no podía dejar de exteriorizar lo que sentía. Era una tontería, pero estaba muerta de miedo y pensar que tendría a alguien en casa para echarme una mano, si la cagaba, me tranquilizaba bastante.

—Alba, cariño, nunca vas a estar sola, siempre nos tendrás a tu lado.

Intenté dejar de llorar, no porque me sintiera mejor, sino porque me estaba comportando de una manera que me daba asco hasta a mí. Raquel lo había pasado muy mal y por fin se sentía feliz, y ¿qué hacía yo?, ¿apoyarla? No, llorar como una magdalena. Así que me limpié las lágrimas, felicité a Raquel, le eché la culpa a las hormonas e intenté pasar la cena lo mejor posible.

No podía evitarlo, sabía que no estaba sola, pero era un sentimiento que me acompañaba desde bien pequeña. Tenía que acostumbrarme a vivir con eso.

El resto de la noche fue un interrogatorio, queríamos saber todo acerca de Abril. Yo planté una sonrisa en mi cara y pasé toda la cena disimulando mi malestar.

Raquel estaba radiante y me alegraba muchísimo por ella, era una chica increíble que no lo había pasado bien. Empezar una relación con la mujer a la que quería era lo menos que se merecía. El nudo que tenía en el estómago se aflojó ligeramente al ver lo feliz que estaba ella.

Decidí volver caminando a casa, a pesar de lo mucho que las chicas insistieron en acompañarme; el restaurante no estaba lejos y así bajaría la cena, de lo contrario los ardores no me dejarían dormir en toda la noche. El paseo también me sirvió para ordenar algunos pensamientos. Sobre todo, para hacerme a la idea de que Raquel se iría de casa.

Habíamos pasado de vivir las tres juntas a quedarme únicamente yo en el piso. Sabía que con la niña iba a andar muy ocupada y que obviamente ella estaría conmigo, pero no pude evitar que el sentimiento de soledad me invadiera por completo. Quise apartarlo, al igual que hacía cuando era niña, pero cuando llegué al portal aún me sentía de lo más extraña.

## 24. *Mi gran miedo*

Acababa de llegar a casa. Todavía no había dejado el bolso cuando mi teléfono sonó. Miré el número extrañada, porque no lo conocía.

Suelo ser condescendiente con los operadores cuando intentan venderme algo, de manera que, aunque no lo quiera, escucho todo lo que tengan que decirme; por ese motivo nunca cojo el teléfono si es un número desconocido, pero por la hora que era me sorprendió y me asustó a partes iguales. Decidí contestar.

— Buenas noches, ¿es usted Alba González? — Se me puso la piel de gallina.

— Sí, soy yo.

— La llamo para informarle de que su madre está en el hospital. Ha tenido una caída bastante aparatosa y se encuentra en estado grave.

Me senté en el suelo. El cuerpo se me quedó frío. Ese miedo que me acompañó durante toda mi infancia se había hecho realidad.

— ¿Señorita?

— Sí, estoy aquí. ¿Me podría decir en qué hospital se encuentra?

Hacía un rato que había colgado el teléfono y sabía que tenía que moverme. Pero también sabía que estaba de siete meses y medio y que me acababa de dar un pinchazo en la barriga que no me gustaba nada, por lo que no podría conducir sola hasta Valencia. No tenía ni idea de a quién llamar. El tiempo pasaba y yo continuaba sentada en el suelo, tenía el cuerpo cada vez más frío.

Es muy difícil apartar un miedo que te ha acompañado tantas noches desde que eres una niña. Sabía que tenía que hacerlo, y que tenía que reaccionar, pero lo único que me apetecía era acurrucarme en la cama y taparme hasta la cabeza con la colcha.

Había pasado exactamente lo que tanto había temido, una mala caída. Aunque la persona que me llamó solo me dijo que estaba grave, supe con una certeza que me sorprendió que mi madre no saldría de aquella.

Se había hecho bastante tarde, pero decidí que si, al llegar a Valencia, me ponía de parto lo justo sería que Mario estuviera allí.

Cogí el teléfono temblando y marqué su número. No respondió. Lo volví a intentar.

—¿Diga? —No respondió Mario, sino Ana, y con todo lo que sentía en esos momentos no pude evitar darme cuenta del vuelco que me dio el corazón al ser más consciente que nunca de que Mario compartía cama con Ana. Era un pensamiento absurdo, como si pensara que salían juntos y dormían separados. No supe por qué me impresionó tanto, la verdad.

—Hola, Ana, soy Alba. ¿Se puede poner Mario? Es importante. — Ni siquiera me contestó. Un segundo después, Mario estaba al teléfono.

—¡¿Ya?! No puede ser, aún falta un mes y pico. Bueno, no te preocupes, voy ahora mismo a buscarte. —Su voz era una mezcla de pánico y preocupación.

—No, Mario, no estoy de parto. Me han llamado para decirme que mi madre se encuentra en estado grave, pero está en un hospital de Valencia. Te llamaba porque me duele un poco la barriga y me veo incapaz de conducir hasta allí. Solo quería informarte. Puede llevarme Hugo, María o cualquier otro.

—En media hora estoy ahí.

—Si tienes que trabajar o algo...

—He dicho que en media hora estoy ahí.

Me colgó antes de que pudiera contestarle. Maldito mandón.

## 25. La noticia

*Cuando llegué a casa de Alba, le envié un wasap para que bajara, pero ya debía de estar esperándome porque salió al momento del portal. Caminaba prácticamente arrastrando los pies y con la cabeza gacha. Nunca la había visto así.*

*Al entrar en el coche, me saludó con un susurro y se puso a mirar por el cristal. Supe que era su manera de decirme que no tenía ganas de hablar. Efectivamente, no me equivoqué; nos pasamos todo el viaje sin intercambiar una palabra. No tenía ni idea de qué clase de relación tenían Alba y su madre, pero debía de quererla mucho, porque estaba muy afectada. Se la veía muy pálida y eso me preocupó. No pude evitar mirarle la barriga, Alba estaba muy avanzada en su embarazo y eso había sido un palo grande para ella. Solo esperaba que, al llegar al hospital, su madre estuviera mejor. Lo único que me había dicho Alba era que estaba mal, pero no tenía ni idea de la gravedad.*

*También me extrañó que nunca la nombrara y que yo jamás la hubiera visto con ella; ni siquiera cuando supo que iba a tener un bebé. La única figura materna que había visto junto a Alba era Olivia, y si no las conociera de antes, no habría dudado jamás de que eran madre e hija. En fin... Alba seguía siendo todo un misterio para mí.*

*Cuando me llamó esa noche a casa me dio un vuelco el corazón. Lo primero que pensé fue que algo no iba bien. Su voz sonaba entre apagada y asustada, y ninguna de las dos cosas me gustaban, menos aún viniendo de Alba; a ella parecía que nada le daba miedo y siempre estaba de buen humor. Entonces recordé cuando mi madre nos llamó a Álex y a mí para decirnos que mi padre estaba en el hospital, que había sufrido un infarto, y entendí a la perfección a Alba. Aunque solo había quedado en un susto, fue el viaje de avión más largo de mi vida.*

*Agarré la mano de Alba con la que a mí me quedaba libre, mientras conducía. Ella me la apretó para hacerme saber que estaba ahí, pero sentí su mano helada y ni siquiera me miró.*

— ¿Tienes frío?

—No.

Su contestación no me convenció, y aunque tenía la calefacción puesta, Alba parecía tiritar, así que paré el coche un momento y saqué una manta del maletero. Cuando abrí la puerta del copiloto y se la eché por encima, Alba me miró como si le hubiera hecho un gran regalo, pero a los dos segundos sus ojos volvieron a estar inexpresivos. Me subí de nuevo al coche y continué conduciendo. Ya no quedaba mucho para llegar.

Ana se había quedado algo mosqueada, no entendía por qué tenía que acompañarla yo. Me dijo que si se hubiera puesto de parto lo entendería, pero que no tenía por qué acompañarla hasta Valencia para ver a su madre. Podría acompañarla cualquier otro. Y tenía razón, pero era incapaz de negarle nada a Alba y ni yo mismo entendía el porqué.

Me giré para mirarla, parecía que tenía un poco más de color en sus mejillas.

—Alba, ¿seguro que estás bien? ¿Necesitas algo?

—No, gracias. Ahora estoy un poco más tranquila, pero no sé lo que me voy a encontrar al llegar al hospital.

—Tranquila, seguro que todo irá bien.

Por fin me miró y noté algo en su mirada que no estaba antes. Desde que la fui a buscar, estaba diferente, pero ahora sabía qué era. Era miedo o, mejor dicho, era pánico y una vulnerabilidad que no había visto nunca en ella.

Llegamos en tiempo récord. Jamás en mi vida había conducido como esa noche. Seguro que me llegaba alguna multa por exceso de velocidad.

Alba se bajó del coche cuando aún no lo había aparcado del todo. Pude alcanzarla al llegar a la puerta, no entendía cómo podía ir tan rápido con la barriga que tenía. Preguntó en la recepción por su madre y nos hicieron pasar a una sala. Eso me dio mala espina. Cuando fui a ver a mi padre, pasamos directamente a una sala de espera, no a una estancia vacía. Se trataba de la típica habitación de hospital, totalmente blanca y en la que solo había una mesa y tres sillas; era tan pequeña que sentí algo de claustrofobia. Nos sentamos uno al lado del otro y agarré la mano de Alba, la tenía aún más fría que en el coche, si eso era posible.

*Dos minutos después, entró un hombre con bata de médico. Sin saber por qué, me puse de pie. Alba continuó sentada y con la mirada perdida, creo que era incapaz de moverse.*

*— Buenas noches. Siéntese, por favor. — El médico bajó la vista a la barriga de Alba —. ¿Se encuentra bien?*

*— Sí, estoy bien. ¿Cómo está mi madre?*

*— Su madre falleció hace una hora.*

*Sabía que lo mejor era dar ese tipo de noticias sin rodeos, pero, joder, no por eso me impactó menos. Me giré hacia Alba y noté como se quedaba sin el poco color que aún tenía en la cara. Me asusté. Por lo visto el médico también.*

*— Voy a mandar a una enfermera para que le eche un vistazo. No se muevan de aquí.*

*Era bastante improbable que pudiéramos movernos. Alba se había quedado totalmente inmóvil.*

*— Espere un momento, doctor, ¿podría hablar con usted?*

*— Por supuesto.*

*— Mario, ¿puedes salir un minuto?*

*Se me debió de quedar cara de idiota, porque Alba no tardó nada en pedírmelo por favor.*

*Cuando salí y se me pasó la sorpresa, me cabreeé. ¿Para qué me hacía ir si luego me echaba? Fui a buscar un café. Me había levantado de la cama sobresaltado y ahora empezaba a notar los efectos del sueño. Llevaba muchas noches durmiendo poco y noté todo el cansancio acumulado de golpe. Entre eso, el susto que me había dado Alba y como estaba transcurriendo la noche, tuve que sentarme.*

*Alba tardó veinte minutos en salir. Al hacerlo, todavía la noté más pálida que cuando la dejé, y eso era casi imposible. Simplemente no tenía nada de color.*

*Subimos a la planta de ginecología a que la examinaran. Entonces sí me pidió que la acompañara. Entramos de inmediato, ya que pasamos por delante de toda la gente que se encontraba esperando. El médico que atendió a Alba le dijo que todo estaba bien, pero que debía intentar tranquilizarse y relajarse un poco; unas instrucciones de lo más sencillas, teniendo en*

*cuenta las circunstancias. Le dio unas pastillas naturales por si se ponía muy nerviosa en los días siguientes. Fue ahí cuando caí en que esos días serían mucho más duros para ella. Me sentía de lo más impotente, no podía hacer nada y odiaba ver a Alba así.*

*Cuando salimos del hospital ya se había hecho de día y decidimos ir a algún sitio a desayunar.*

*Ya casi habíamos llegado a la puerta cuando nos llamó una enfermera. Al girarnos, aceleró el paso hasta llegar a nosotros.*

*—Perdone, Alba. En esta bolsa van las pertenencias de su madre.*

*—Gracias. — Su voz sonó muy débil.*

*Alba agarró la bolsa con fuerza y salimos de allí.*

## 26. Dormir con ella

*Después de desayunar parecía que Alba había cogido algo de color, aunque seguía sin decir una palabra. Me había tomado dos cafés, pero estaba tan cansado que decidí proponerle algo.*

*—Alba, ¿qué te parece si cogemos una habitación en un hotel? Nos hemos pasado la noche entre la carretera y el hospital, y no me veo con fuerzas de volver a Madrid sin dormir algo; además, tú deberías descansar.*

*—Vale, lo que tú digas.*

*Oír esas palabras de la boca de Alba me hizo sentir una pena inmensa. A mí lo que me gustaba era que me llevara la contraria en todo y a todas horas. Alba era una luchadora, y verla tan abatida me supo fatal. Aunque acababa de perder a su madre y era lo más normal del mundo. Demasiado entera estaba, dadas las circunstancias en las que se encontraba.*

*Le propuse coger dos habitaciones; me dijo que era una tontería pagar por dos cuando solo íbamos a dormir unas horas, pero que hiciera lo que yo quisiera, y luego murmuro más bajo: «El que tiene pareja eres tú» o, por lo menos, eso fue lo que me pareció oír. Al final solo tenían una habitación con dos camas, y sin saber por qué me dio pena que no les quedara una con cama de matrimonio. Aunque bien pensado era mejor así, me veía incapaz de meterme en la misma cama que Alba solo para dormir. Saqué rápidamente esa imagen de mi cabeza. ¿Qué clase de tío era para pensar esas cosas cuando ella acababa de perder a su madre? Definitivamente, la falta de sueño me afectaba al cerebro.*

*Lo primero que hizo Alba, nada más entrar en la habitación, fue meterse en la ducha. Yo puse la tele y me tumbé en la cama. No sé cuánto tiempo estuvo allí, pero debió de ser bastante, porque creo que me quedé dormido, ya que me sobresalté al oír abrirse la puerta del baño.*

*Entonces sí me desperté de golpe. Alba llevaba una toalla liada al cuerpo que le estaba mucho más corta de lo normal debido a su barriga. Se había peinado, pero llevaba el pelo un poco húmedo, me hubiera encantado acariciárselo. La miré a la cara y parecía más relajada.*

—Iba a vestirme, pero los pantalones me resultan muy incómodos, y más para dormir. Además, no he traído ropa de recambio. Tampoco creo que te importe, con este cuerpo es imposible subir la libido de nadie. —Sus labios se curvaron en un amago de sonrisa.

No estaba para nada de acuerdo con ella. Me levanté sin contestar y me metí en la ducha. El agua fría me vendría bien. Seguramente, si Alba seguía con tan poca ropa, me resultaría imposible conciliar el sueño.

Cuando salí, ella ya dormía. Llevaba unas braguitas negras, demasiado pequeñas, y una camiseta del mismo color. Me invadió tal arrebató de ternura que no pude evitar tumbarme a su lado y poner mi mano suavemente en su barriga. Alba estaba tan cansada que ni se movió. Menos mal, porque como se despertara y me viera allí, sería capaz hasta de pegarme.

Saboréé ese momento de una manera muy especial, hasta que Alba susurró mi nombre en sueños y la ternura dio paso al deseo, así que decidí tumbarme en mi cama.

No conseguí pegar ojo en las siguientes horas. Cada vez que me entraba la morriña, cuando parecía que ya casi estaba dormido, Alba volvía a pronunciar mi nombre acompañado de un susurro. La última vez, cuando lo acompañó de un gemido, tuve que levantarme y volver a meterme en la ducha.

Finalmente, se despertó. Yo no había conseguido dormir ni cinco minutos, aunque a ella le dije que había descansado muy bien. ¡Mentiroso!

El camino de vuelta fue igual que el de ida, ya que prácticamente no hablamos. Tuve claro que a Alba no le apetecía y yo respeté su silencio. Estaba inmersa en sus pensamientos, porque de vez en cuando, al girarme para mirarla, una solitaria lágrima cruzaba su mejilla. No poder hacer nada por ella me estaba matando.

Cuando la dejé en la puerta de su casa, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Aguanté las ganas de girarme suavemente y besarla en los labios, como llevaba deseando hacer desde que la recogí la noche anterior allí mismo.

—Gracias por todo, Mario, para mí significa mucho que me hayas acompañado en este viaje.

*Empezaba a conocer a Alba; prefirió decir «viaje» a decirme «en estos delicados momentos» o algo parecido, aunque yo asentí. La seguí con la mirada hasta que llegó a su casa. Antes de entrar, se giró y se despidió con la mano. Por su rostro pasó algo parecido a una sonrisa, pero no tenía nada que ver con las sonrisas de Alba, esta era de lo más triste. Aceleré el coche. Estaba destrozado, había llegado el momento de dormir algo.*

*Dos días después, se celebró en Madrid el entierro de la madre de Alba. Yo esperaba que a este acudiera bastante gente, ya que su madre era una mujer joven, por eso me sorprendió que solo estuviéramos unas veinte personas, y todas eran conocidas de Alba. Ella estuvo rodeada en todo momento por Olivia, María, Vicenta, Raquel y Laura. No la dejaron ni un segundo sola.*

*Lo que más me llamó la atención fue que Alba no soltó ni una sola lágrima.*

## 27. Pero ¿qué dices, niña?

Los días siguientes al entierro de mi madre fueron tristes, pero sobre todo fueron raros. No tristes, como podrían ser para una hija que pierde a su madre, es decir, como si María perdiera a Olivia, o incluso como si yo perdiera a Olivia, ya que estaría mucho más triste que en esos momentos. La palabra que sí definía cómo me sentía era «rara».

Un extraño vacío me invadía. No estaba unida a mi madre, de hecho, hacía muchísimo que no la veía y la última vez que lo hice fueron apenas unos minutos; eso, sin contar con que había tenido una infancia de mierda por su culpa, jamás tuve muestras de afecto por su parte. Sin embargo, había un vacío en mí que solo podía relacionar con que me había quedado huérfana. Aunque, si soy del todo sincera, no me sentí exactamente así. Olivia fue la persona que me mantuvo cuerda, que me dio cariño, que se preocupó y se ocupó de mí. Me ayudó a sobrellevar mi infancia y siempre estuvo ahí cuando fui adulta. Ella sí había sido como una madre para mí. No, definitivamente, «huérfana» no era la palabra adecuada.

Cuando le pedí a Mario que saliera de la habitación y me quedé a solas con el médico, este me confirmó lo que ya sospechaba. En el momento en que mi madre llegó al hospital iba con una tasa de alcohol en el cuerpo muy alta. Ni siquiera me dijo de cuánto. No me extrañó lo más mínimo.

Había dejado las pocas pertenencias que me dieron de ella en el armario de mi habitación, no me veía con fuerzas de mirarlas en esos momentos. Aunque, era difícil encontrar un instante para mirar las pertenencias de una persona que ya no está. ¿Cuándo hay un momento adecuado para eso?

Desde que volví a Madrid, intenté llevar la misma vida que antes, es decir, no me cogí ni un solo día para estar sola y poder llorar tranquila, no era eso lo que necesitaba. Lo que me hacía falta era ocupar la mente, y aunque con mi enorme barriga no podía trabajar como antes, sí que bajaba todos los días a la floristería a ayudar en lo

que podía. Continué haciéndolo, a pesar de que la gente me decía que me tomara unos días por la muerte de mi madre. Qué cojones sabía la gente lo que era mejor para mí.

Pensé en el viaje que había hecho con Mario y en la noche que pasé junto a él. Fueron unos días agotadores, tanto física como mentalmente. Estaba tan cansada que fui incapaz de tomar decisiones; sabía que con mi actitud lo había preocupado a él, pero no estaba yo, en esos momentos, como para andar pendiente de nadie.

Lo que de verdad me sorprendió de esa noche fue la facilidad que tuve para conciliar el sueño; estaba agotada, pero jamás había dormido una noche de tirón como lo hice entonces. Parecía una tontería, pero saber que tenía a Mario cerca me dio tranquilidad.

Volví al presente al oír la llave en mi puerta y pensé que no había sido muy acertado darles una copia a Vicenta y Olivia. Se lo agradecía mucho, pero no estaba acostumbrada a que me controlaran tanto.

—¡Buenos días! ¿Todo bien?

—Igual de bien que hace una hora.

—Bueno, ya veo que no estamos de humor. Si lo prefieres, me voy.

—Pobre Vicenta, solo venía para preocuparse por mí y yo estaba siendo de lo más borde.

—No, claro que no.

—Bien, porque no pensaba hacerlo.

Puse los ojos en blanco y fui a levantarme del sofá cuando me di cuenta de que se me había escapado el pipí. Menos mal que quien estaba conmigo era Vicenta, si no me hubiera muerto de vergüenza. Al acabar de levantarme fue cuando me percaté de que aquello no era pipí.

—Vicenta, creo que acabo de romper aguas.

—Pero ¡¿qué dices, niña?! A mí no me pongas nerviosa. Madre mía, ¿qué hacemos?

Empezó a dar vueltas por el salón, moviéndose mucho, pero sin hacer nada. Me resultó gracioso ver a Vicenta en ese estado de nervios. La gracia se me pasó en el acto con la primera contracción. Así que me puse a dar órdenes.

—Vicenta, me voy a la ducha. Llama a Mario y dile que lo esperamos en el hospital. Coge la bolsa que hay en mi cuarto, la que está a los pies de mi cama, y llama a un taxi.

—Pero si he venido en coche.

—¡No estás en condiciones de conducir! —Me quedé parada, esperando la réplica, pero esta no llegó. Debía de estar muy nerviosa para que ni siquiera contestara.

El camino al hospital fue de lo más cómico. A mí no me hacía ni puñetera gracia porque me dolía todo el cuerpo un montón a causa de las contracciones, pero Vicenta no paró de molestar al pobre taxista hasta que nos dejó en la puerta del hospital.

—Madre mía, podría haber corrido un poquito más.

—Vicenta, por favor, que no voy a parir en el coche, seguramente pasarán horas hasta que dé a luz. ¿Puedes hacer el favor de tranquilizarte? —Mandaba huevos que fuera yo la que tuviera que tranquilizarla a ella.

Al llegar a la recepción del hospital, Mario ya se encontraba allí. A su lado, como siempre, estaba Ana. ¿Eran mis hormonas o esa chica no era del todo normal? Porque a ver qué cojones pintaba ella allí. ¿No podía esperarse en casa a que él la llamara? Vamos, lo normal. Preferí callarme y, aún hoy, me tomo eso como una especie de milagro.

—¿Cómo te encuentras? —Mario parecía agobiado, pero me dio exactamente igual, bastante peor estaba yo.

—Si te tengo que contestar a esa pregunta, te doy. —Y estaba segurísima de que lo hubiera hecho.

Vi a Ana apartarse ligeramente y a Mario arrugar los labios. Como se riera de mí en ese momento, le liaba una que recordaría toda la vida.

Debían de haber avisado a Olivia, porque vino hacia mí y, por fin, alguien puso coherencia a ese caos. Nos acompañó a Mario y a mí a una sala pequeña en la que solo había una camilla, unos monitores y una pelota. Me alegré de haber ido a alguna clase de preparación al parto; de lo contrario, no habría sabido qué hacer con la pelota.

A los pocos minutos de estar allí, entró mi médico y me hizo un reconocimiento; a ese sí que le hubiera pegado. ¡Qué daño, por Dios! No entendí por qué en los tiempos que corrían, y con todo lo que la ciencia había avanzado, aún tuviéramos que pasar por esos dolores. Podrían ponerme ya la epidural, ¿no?

Saqué todos esos pensamientos de mi cabeza en cuanto vi la cara de sorpresa del doctor.

—Alba, estás muy dilatada, te bajamos ya al paritorio. No sé si estamos a tiempo de ponerte la epidural. Al ser primeriza no es normal que dilates tan rápido. Voy a prepararme, nos vemos abajo.

Aquel era uno de esos momentos en los que la hubiera liado, pero me quedé sin palabras. ¿Qué había querido decir exactamente con lo de la epidural? Yo quería que me durmieran sí o sí; no era tan valiente, joder.

Cogí a Mario por la camiseta y lo acerqué hasta mí.

—Mario, discute con quien te dé la gana, pero quiero la epidural cueste lo que cueste.

—Tranquilízate, Alba. Veré qué puedo hacer.

—No, no me has entendido. Me duele todo y no tengo fuerzas para pelearme con nadie, ¡¡así que consigue la puta anestesia!!

En ese momento sí que se rio abiertamente, y a mí me entraron unas ganas locas de que Vicenta estuviera allí y le diera una colleja de las suyas.

Cuando bajamos al paritorio aún no me habían puesto la epidural, y a mí se me juntaron los nervios con los dolores.

Al ver entrar a Mario, detrás de mí, con el traje verde, me dio rabia. ¿Cómo podía estar tan guapo con un traje de quirófano? Si son feísimos. Lo miré a la cara y no pude evitar decirle:

—Solo una cosita... Como te asomes lo más mínimo ahí abajo, te lo hago pagar de por vida. Tú, aquí, a mi lado, y no se te ocurra moverte.

No voy a explicar con detalles cómo fue el parto porque no es nada agradable. No hubo manera de que me pusieran la epidural, y mira que Mario lo intentó. Hubo un momento en que se puso tan serio que me acojonó hasta a mí. Pero ya casi estaba y lo único que haría la

epidural sería que todo fuera más lento, además de que ya había pasado lo peor, o por lo menos eso fue lo que me dijo la comadrona.

Me alegro muchísimo por la gente que lo vive como un momento mágico, de verdad que sí, pero yo vomité varias veces; me dolía todo tanto que me resultaba imposible disfrutar de nada. Solo quería que aquello acabara de una vez. Incluso juré, creo que en voz alta, que no volvería a dejar que un tío me pusiera una mano encima en toda mi vida.

El momento mágico llegó después, cuando me colocaron a Belén encima; tanto a Mario como a mí se nos saltaron las lágrimas. No podía dejar de mirarla, tan pequeña... tan indefensa... Era increíble, era como un milagro. Cuando se la llevaron para lavarla, miré a Mario, los dos teníamos una sonrisa tonta en la cara.

—Has estado fantástica. Enhorabuena, mamá. —Se me hizo un nudo en la garganta al oír por primera vez esa palabra. Mario se acercó y me dio un beso en la frente. El beso fue mucho más largo de lo necesario, pero me dio exactamente igual.

## 28. *Ser madre*

Los siguientes días no los recuerdo con claridad. Fue un ir y venir de gente, tanto al hospital como a mi casa.

Hubo un momento en que me agobió tanto movimiento de personas a mi alrededor, pero cuando las visitas empezaron a espaciarse, me di cuenta de que estaba completamente sola con un bebé. No era capaz ni de bañarme. Solo podía pensar en que si me caía en la bañera, y perdía el conocimiento, qué haría mi niña sola hasta que alguien me encontrara.

Me sentía más impotente que nunca antes en mi vida. No dormir, estar siempre pendiente de Belén y una pena que no sabía de dónde salía, pero que imaginé que se trababa de la depresión posparto, estaban haciendo mella en mí.

Así que, después de pensarlo mucho y por primera vez en mi vida, pedí ayuda. Le pregunté a Vicenta si podía acompañarme un ratito algunas mañanas, mientras yo arreglaba un poco la casa y me duchaba. Belén dormía bastante bien de noche, pero de día dormía muy poco y tenía que hacerlo todo con ella en brazos, tardaba más del doble y había muchas cosas que no podía hacer.

Me dijo que no. Me quedé un poco parada, pero preferí no decirle nada; estaba en todo su derecho de no querer venir, aunque no por eso me dolió menos. Además, me hizo sentirme un poco mal, porque igual lo estaba exagerando todo mucho... Si otras madres podían, ¿por qué yo necesitaba ayuda? Vale que la mayoría de las familias estaban compuestas por dos miembros, y algunas incluso tenían algún abuelo o abuela que podían ayudarlos en un momento puntual, pero yo no podía contar con nadie y tenía que espabilarme. ¿Estaba siendo demasiado floja? Y lo más importante, ¿estaba siendo buena madre?

Estas preguntas y mil más me acompañaban de día y de noche.

Dos días después, a las diez en punto, llamaron a la puerta. Se me dibujó una sonrisa en la cara porque pensé que Vicenta había

cambiado de idea; sin embargo, me extrañó que no utilizara su llave.

Abrí la puerta con Belén en brazos y me encontré con Mario, perfectamente arreglado. No quise pararme a pensar en la pinta que tenía yo en esos momentos. Preferí borrar de mi mente hasta la ropa que llevaba; estaba segura de que, si lo hacía, hubiera salido corriendo hacia mi habitación y lo habría dejado allí plantado.

—Te he traído unas cuantas cosas de la pastelería de la esquina. No sabía lo que preferías.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte. Verás, hace dos días me llamó Vicenta y me dijo que ya podía hacer el puñetero favor de espabilar y mover el culo hasta aquí. Que tú necesitabas ayuda y que Belén, aparte de una madre, también tenía un padre. Así que arreglé las cosas en el trabajo y me cogeré dos horas todas las mañanas para echarte una mano. He tardado un par de días en dejarlo todo solucionado.

—Pero ¿cómo vas a cogerte dos horas cada día?

—No pasa nada, las recuperaré por la tarde y ya está. Pero, por favor, la próxima vez que necesites ayuda, pídemelo, que no sea Vicenta ni nadie más quien me lo diga. Yo soy el padre de Belén y puedes contar conmigo para lo que necesites.

No pude decirle nada más, pero me estuve acordando de Vicenta toda la mañana.

La verdad era que las dos horas me vinieron de perlas para hacer cosas. Me estaba secando el pelo con una toalla y me di cuenta de que era la primera vez desde que había nacido Belén que me duchaba tranquilamente. Me puse la ropa que llevaba habitualmente para estar por casa. No reparé en que la camiseta tenía mucho escote y se transparentaba bastante hasta que entré en la cocina, donde estaba Mario, y él fijó la vista en esa parte de mi anatomía que no reconocía ni yo, ya que nunca había tenido tanto pecho. Me crucé de brazos y él apartó la vista, y continuó con lo que estaba haciendo.

—¿Dónde está Belén?

—Acaba de dormirse.

—Qué raro, a estas horas no duerme casi ningún día.

—Los brazos de papá, que son irresistibles. —No pude contradecirle ahí, así que me quedé callada hasta que me percaté de lo que estaba haciendo—. No tenía ni idea de que supieras cocinar.

—Y no sé. Espero no envenenarte con esto.

Había preparado algunos *tuppers* que estaba guardando en la nevera. Me enternecí con aquel gesto, no estaba acostumbrada a que me cuidaran de esa manera.

Los días continuaron con la misma rutina. Mario seguía viniendo cada mañana y yo me acostumbré a desayunar con él; básicamente, hablábamos de Belén y sus progresos. Parecíamos la familia que, en realidad, no éramos.

Vicenta venía algunos días por la tarde y se quedaba unas pocas horas con Belén, de esa manera yo podía bajar a la floristería y hacer una especie de media jornada.

El tiempo fue pasando y antes de que pudiera darme cuenta Belén ya tenía seis meses.

## 29. Cobarde

*Pasaban los meses y yo cada vez me iba enamorando más de Alba. Ya no era solo atracción sexual; bueno, empezaba a dudar de que alguna vez hubiera sido solo eso. Alba me producía muchísima ternura. Atrás quedaba aquella época en la que no sabíamos hablar sin discutir. Los dos teníamos carácter, pero habíamos entrado en una especie de acuerdo de paz.*

*Ahora, desayunábamos juntos todas las mañanas, y aunque yo iba de culo en el trabajo, no cambiaba esos momentos por nada en el mundo. Me había dado cuenta de que con Alba podía hablar de casi cualquier tema, con ella me sentía bien. Nunca juzgaba, solo escuchaba. Me gustaba muchísimo comentar con ella todo lo que pasaba en nuestro día a día. Mientras pensaba en todo esto se me plantó una sonrisa en la cara y fui incapaz de borrarla en todo el camino.*

*Casi había llegado a mi casa y estaba destrozado. Ir todas las mañanas a casa de Alba suponía salir del trabajo tres horas más tarde cada día. Además, ir a trabajar se estaba convirtiendo en un auténtico suplicio. Nunca me había entusiasmado, pero hasta ese momento lo había sobrellevado, ahora se me hacía muy cuesta arriba.*

*Mientras aparca el coche, un enorme cansancio se apoderó de mí. Tenía muchísimas ganas de llegar a casa y dormir. Incluso me iría a la cama sin cenar. Estaba muerto.*

*Todos mis planes se fueron al traste cuando, al abrir la puerta, vi a Ana sentada en el sofá con una maleta delante. Sabía perfectamente lo que eso quería decir, así que aparqué mi cansancio a un lado y me senté frente a ella.*

*—Hola, Mario. Creo que tenemos que hablar.*

*No tenía ganas de entablar esa conversación; era verdad que nuestra relación se había enfriado y en esos momentos no había por dónde cogerla, pero no me apetecía hablar de ello y menos en ese momento. Sin embargo, le debía a Ana muchas cosas y eso era lo mínimo que podía hacer por ella.*

—Llevo muchos meses callando, pero ya no puedo más. No voy a montar ningún numerito, sabes que no es mi estilo, pero está claro que prefieres pasar tu tiempo con Alba que conmigo. Al principio, lo entendí; tenéis una hija en común, pero ahora ya no. —Se calló un momento y cogió aire—. Creo que, en estos momentos, a la única que engañas es a ella, porque, tanto tú como yo, sabemos que estás enamorado de Alba. Así que la que sobra aquí soy yo. —Se levantó con una tranquilidad que me dejó frío, cogió su maleta con lentitud y se dirigió hacia la puerta. Antes de llegar a ella se dio la vuelta—. Por cierto, podías haber tenido los huevos de enfrentarte a tus sentimientos y tomar tú esta decisión, no te tenía por un cobarde.

No fui capaz de decir una palabra, tenía toda la razón del mundo; si estaba enamorado de Alba, ¿por qué no había dejado a Ana? ¿Comodidad? ¿Seguridad? No, ya lo había dicho bien ella, era por cobardía. Pensé que solo me comportaba como un cobarde cuando las decisiones eran directamente sobre Alba, pero acababa de darme cuenta de que era un cobarde con cualquier decisión en la que ella estuviera de por medio.

Me quedé mirando la puerta durante un rato y no pude evitar pensar qué clase de gilipollas dejaba escapar a una mujer así. Ana era una persona increíble, sin embargo, junto a ella no sentía ni una cuarta parte de lo que me hacía sentir Alba.

Me invadió una mezcla de pena y alivio, llevábamos tanto tiempo siendo pareja sin serlo que no me pilló por sorpresa. Solo hubo una cosa que tuve clarísima: no pensaba decirle nada a Alba, o se alejaría de mí. Si ella creía que aún estaba con Ana, no tendría por qué levantar barreras conmigo. Todo se mantendría como hasta entonces. Yo seguiría yendo todas las mañanas a su casa y continuaríamos compartiendo aquellos estupendos momentos.

En esos instantes, creí que era una gran decisión. No tenía ni idea de lo que llegaría a arrepentirme.

## 30. *Tenemos algo que decirte*

Era de lo más extraño. Acababa de abrir la puerta de abajo y juraría que la que me contestó fue Vicenta, pero resultaba que yo con la que había quedado para cenar era con María. No lo pensé mucho más, igual me había confundido.

Fui a meter a Belén en su cuna y dejé la puerta de arriba abierta. Me quedé contemplando a mi bebé más tiempo del necesario. Era tan indefensa y yo la quería tanto... Me costaba entender como mi madre había perdido la cabeza por el amor de mi padre cuando el amor que yo sentía hacia mi hija era tan inmenso. Con el paso del tiempo había intentado no juzgarla, pero había cierto resquemor que me resultaba imposible de borrar.

Le di un beso en la frente y salí de la habitación. A Belén, una vez que se dormía, no había quien la despertara, pero preferí cerrar la puerta y conectar el intercomunicador, por si acaso.

Cuando llegué al salón me quedé clavada en la puerta. Allí estaban María, Vicenta, Olivia y Laura. Algo tramaban y me dio miedo preguntar.

Hermione no paró de dar vueltas alrededor de todas hasta que cada una de ellas la acarició, sonreí cuando se volvió a tumbar en el sofá habiendo conseguido lo que quería. La primera en hablar fue Vicenta, y tenía una sonrisa tan grande en la cara que se borró la mía de golpe.

—Hemos traído de todo para cenar, así que siéntate, que tenemos algo que decirte. —Vicenta, como siempre, directa al grano. Empezó a sacar cosas de las bolsas que traía. Cuando terminó de sacarlo todo, caí en la cuenta de que, con lo que sobrara, tendría *tuppers* para una semana. Mínimo.

—Lo primero que voy a decirte es que no quiero que te enfades. —María me miró con dulzura y lo único que consiguió fue ponerme en guardia.

—¿Qué habéis hecho?

—Mejor, siéntate.

Me senté tiesa como un palo. Después de las palabras de María me resultaba imposible relajarme.

—Vamos a ver, que no es nada malo. En realidad, es bueno. Te hemos comprado un piso.

—¡¡¿Que habéis hecho qué?! —Lo dije mucho más alto de lo que quería y me levanté de golpe de la silla. Debían de estar tomándose el pelo, no me lo podía creer.

—Vamos a ver, niña, no puedes con todo; pagas la hipoteca de la floristería y, al irse Raquel, también tienes que pagar el alquiler del piso, y, además, ahora sois dos. —La explicación de Vicenta era correcta, pero yo no podía aceptar algo así.

—Lo siento, pero no puedo aceptarlo. —¿Se habían vuelto locas o qué? «Te hemos comprado un piso», como el que te regala una caja de bombones. Aquello era una locura.

—Alba, cariño, es verdad que la que más dinero ha puesto ha sido María porque tenía la herencia de Rafa —vi como Olivia tenía un escalofrío al pronunciar ese nombre—, pero hemos colaborado todas. Por favor, acéptalo y tómalo como un regalo para Belén, si no lo quieres para ti.

Olivia me conocía demasiado bien. Sabía que me costaría muchísimo aceptar algo para mí, pero no me costaría tanto hacerlo para mi hija. Vicenta me vio flaquear, por lo que atacó.

—No te vayas a creer que te hemos comprado un palacio, es un pisito *apañao* para las dos. A ver si ahora estás pensando en una casa con jardín.

Esa noche me acabaron de convencer; como para no hacerlo, fue un auténtico acoso y derribo durante horas. Hablamos tanto del tema que empecé a ilusionarme con la idea de tener un piso propio. Nunca había tenido nada en propiedad, incluso, cuando era una niña, el piso en el que vivía con mi madre era de alquiler; siempre tuve miedo a que no pagara y nos acabaran echando.

Era verdad que tenía la floristería, pero, sin contar con que estaba hipotecada, no era un sitio donde poder vivir, simplemente era mi lugar de trabajo. En fin, mi vida no era muy diferente a la del resto de

jóvenes de mi edad. ¿Quién, menor de treinta años, tenía propiedades en estos tiempos? Pues, por lo visto, yo.

Me costó mucho decidirme porque a mí nadie me había reglado nunca nada, estaba tan acostumbrada a luchar por lo que quería que me resultaba de lo más difícil aceptar aquello. Aunque insistieron tanto, y lo hicieron con tanta ilusión, que terminé por decir que sí. Jamás en toda mi vida podría agradecerles lo que habían hecho.

Eso suponía para mí mucho más de lo que ellas imaginaban; significaba vivir con tranquilidad. Jamás, desde que era una niña, había vivido sin preocuparme por pagar algo, y aunque tenía la hipoteca de la floristería, quitarme el alquiler del piso hacía que pudiera vivir sin lujos, pero bien. Y, sobre todo, significaba que podría darle a mi hija un futuro mejor.

Unos días después fui a firmar todo el papeleo y me entregaron las llaves del piso. Estaba tan nerviosa mientras abría la puerta que tardé más de lo necesario. Las manos no paraban de temblarme.

El piso que habíamos compartido las tres no lo elegí yo, simplemente me fui a vivir con ellas. Nunca había mirado pisos, pero ¿conocéis esa sensación cuando entras en uno y sabes que es el tuyo? Pues eso fue exactamente lo que sentí al entrar en el que acababa de convertirse en «mi piso». Efectivamente, tal y como había dicho Vicenta, no era un palacio, pero, definitivamente, se habían pasado. Era grande, luminoso, con tres habitaciones y mucho más espacio del que necesitábamos Belén y yo.

Me ayudaron entre todos a hacer la mudanza y en dos semanas estaba viviendo en mi piso nuevo.

## 31. *Mi cita*

No podía hacerlo. No era capaz. Eso me repetía una y otra vez, mientras acababa de maquillarme; bueno, en realidad, llevaba repitiéndomelo toda la tarde. Pero había dicho que iba a ir y no era plan de anularlo. Además de que María sería capaz de matarme o, más que matarme, enfadarse un poco, ya sabemos cómo es.

Finalmente, el amigo de María, William, había llegado a Madrid. Hacía algunos días que María insistía tanto en que quedara con él, y cuando se lo propone puede llegar a ser tan pesada, que al final tuve que decirle que sí. A mí no me apetecía nada dejar a Belén para salir con un tío. Si lo tenía que hacer para trabajar me costaba, pero no tanto. Era una tontería y lo sabía, por ese motivo casi me estaba obligando a mí misma a salir.

Con el estrés, y las noches sin dormir de los últimos meses, había llegado al peso que tenía antes de quedarme embarazada, por lo que elegí un vestido negro bastante corto, que para mi gusto me quedaba bien. Me arreglé el pelo y decidí dejarlo suelto. Me maquillé un poco y ya estaba lista.

Belén dormía, por lo que me senté en el sofá a leer un libro, mientras esperaba a que llegara Vicenta, que, en cuanto se enteró de que tenía una posible cita, insistió en que saliera tanto o más que María.

No llevaba ni dos páginas leídas cuando llamaron al timbre. Me levanté, alisé mi vestido y abrí la puerta. Y ahí me quedé. Como si fuera idiota.

—Mario, ¿qué haces aquí?

—Me ha llamado Vicenta, diciéndome que no podía venir, y que como te quedaras sin salir por mi culpa me iba a enterar «de quién era Vicenta durante el resto de mis días». Palabras textuales de ella. Me he acojonado tanto que no me ha quedado más remedio que venir.

No se me pasó por alto que esa vez no me preguntó por qué no lo había llamado yo en vez de hacerlo Vicenta. Nos miramos a la cara y los dos sonreímos. Por fin, reaccioné y le dije que pasara.

Notaba la mirada de Mario depositada en mí en todo momento. Empecé a ponerme nerviosa, por lo que comencé a hablar.

—Belén está dormida, cuando se despierte le toca el biberón y hay que cambiarle el pañal. Acuérdate de que le gusta dormir con una sabanita por encima. La ayuda a calmarse, y...

—Alba, no soy un canguro que no conozca a Belén, la veo cada día. Eso sin mencionar que soy su padre. Sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—Tienes razón, perdóname, estoy un poco nerviosa.

—¿Por la cita?

—Hace muchísimo que no salgo con nadie, no sé ni de qué hablar con un desconocido. —Preferí mentirle. En esos momentos me daba exactamente igual mi cita. Me estaba poniendo nerviosa la manera en la que él me miraba. Pero, claro, eso no iba a decírselo.

—No te preocupes, hay cosas que no se olvidan, y tú tenías mucha práctica.

Me quedé descolocada, me pareció un comentario fuera de lugar. Pero si pensaba que me iba a callar, iba listo. En ese momento llamaron a la puerta, me dirigí hacia ella, mientras me giraba y le decía:

—¿Ves? En eso tengo que darte la razón, práctica no me falta. —Me pasé la lengua por los labios y le hice un guiño. Me encantó ver como agrandaba los ojos.

Igual se pensaba que me iba a dejar callada. Últimamente estaba en baja forma, pero a mí no me callaba nadie.

Fui a la habitación de Belén y le di un beso. Cogí un bolso mediano, para, por lo menos, poder meter el móvil, las llaves y el monedero, y salí de mi casa sin decirle adiós.

En el ascensor tuve que contenerme para no llorar. Entre que dejaba a Belén para salir a cenar y el comentario de Mario, me había quedado un poco chafada. Puse unas cuantas caras raras delante del espejo par no derramar ninguna lágrima y fastidiarme el maquillaje.

Cogí aire y pensé en que si me agobiaba en la cita, pondría de excusa que tenía que volver con Belén y regresaría pronto a casa.

No fue el caso. William resultó ser mucho más encantador de lo que imaginaba y después de la cena nos fuimos a tomar algo. Las horas se me pasaron volando. Me había olvidado de lo bien que sentaba hablar de cosas que no estuvieran relacionadas con pañales, biberones y bebés en general. Volver a ser un poco la persona que era antes de que Belén naciera. Ser mujer, además de madre. Hablamos sin parar y me reí muchísimo. Lo pasé realmente bien. Decidimos volver a quedar la siguiente semana.

Cuando nos despedimos en el coche, llegó el momento más embarazoso de la noche. No sabía qué hacer, si despedirme con dos besos o darle uno de verdad. Parecía como si nunca hubiera quedado con un tío, daba la sensación de que era mi primera cita. Dudé tanto, y me puse tan nerviosa, que Will se dio cuenta.

—Alba, ¿puedes hacer el favor de tranquilizarte? No vamos a hacer nada que no quieras.

Eso ayudó a relajarme. Me acerqué a él y nuestros labios se pegaron. Fue un beso de verdad, pero sin serlo. Algo un poco raro, no pude evitar compararlo con aquel beso que me di con Álex para darle celos a María.

Salí del coche y, ahora sí, le dije adiós con la mano. Vi su sonrisa incluso desde la distancia en la que me encontraba. William era un encanto.

Cuando me subí en el ascensor, decidí quitarme los zapatos, hacía mucho que no me ponía tacones y me estaban destrozando. Abrí la puerta con mucho cuidado por si Belén o, incluso, Mario estaban dormidos, pero no llegué a pasar.

Desde donde estaba se podía ver el sofá del salón. Mario tenía en brazos a Belén y le estaba dando el biberón, mientras le susurraba palabras cerca del oído. Posiblemente fue una de las imágenes más tiernas que había visto en toda mi vida. Estuve ahí parada unos segundos más, grabándola en mi cabeza para siempre. Luego respiré y decidí entrar.

—Hola, Mario. ¿Qué tal la noche? —Me acerqué a Belén y le di un beso en la frente. Estaba profundamente dormida.

—Supongo que la tuya ha estado mejor. —Lo vi serio, pero había sido una noche fantástica y no quería entrar en su juego y estropearla.

—¿Dónde vas a estar mejor que con tu hija? —intenté bromear, pero me miró con tanta intensidad que me fui a la cocina a por un vaso de agua. Iba por la mitad del vaso cuando asomó su cabeza por la puerta.

—Tengo que irme ya.

—Sí, lo siento, es un poco tarde. Te diría que te quedaras, tengo una habitación de invitados, pero supongo que a Ana no le sentaría bien.

—No es buena idea, la verdad.

Fue a dejar a Belén en su cuna y, mientras se alejaba, pude contemplar su espalda y un poco más abajo. Había que reconocer que Mario tenía un culo de infarto.

Permaneció un rato en la habitación y supuse que estaba haciéndole arrumacos a Belén, porque cuando salió traía una radiante sonrisa en la cara.

—Buenas noches, Alba.

De una manera absurda echaba de menos que me llamara pelirroja, más que nada por el tono pícaro y cariñoso con el que lo decía. Se acercó a mí y me abrazó, fue un abrazo extraño. Suspiró cerca de mi oído y me dio un beso justo debajo de la oreja. Se me erizó la piel de todo el cuerpo.

Mientras me metía en la cama, pensé en algo curioso: Will y yo nos habíamos besado; fue un beso algo casto, nada pasional, pero mucho más casto fue el beso que me había dado Mario debajo de la oreja. Entonces, ¿por qué había sentido mucho más con el simple roce de Mario que con el beso de William?

Yo lo tenía claro, pero Mario estaba con Ana y no tenía ninguna intención de dejarla por mí, por lo tanto, no iba a estar a la espera toda mi vida. Eso sin contar con que si él no había dado el paso sería porque no sentía nada por mí. Además, también estaba el hecho de

que yo no quería tener una relación con Mario. Me hacía sentir cosas demasiado intensas y no estaba cómoda con aquello.

Así que dejé de darle vueltas a todo e intenté dormir. Me costó más de una hora hacerlo.

## 32. Alba y William

*Me iba a dar algo. Alba había empezado a quedar con el tal William de una manera, más o menos, habitual. Y yo tenía que verla irse, cada día más guapa, y volver con una sonrisa en la cara, que por supuesto no le había puesto yo.*

*Me alegraba que sonriera más a menudo, pero a mí me estaba consumiendo.*

*Podría haberle dicho hacía tiempo que Ana y yo ya no estábamos juntos, pero no sabía cómo sacar el tema de una manera que no se viera forzado. Habría ayudado mucho que Alba me hubiera preguntado por ella alguna vez, pero eso no pasó nunca. O también haberlo hecho antes de que William entrara en escena, pero tampoco fue el caso. La cuestión era que no tenía ni puñetera idea de cómo decírselo.*

*Ese día, Vicenta nos había invitado a todos a comer. Cuando digo «a todos» también incluyo al encantador de William, por supuesto. Pensé seriamente en decir que no iba, pero aquellas comidas se habían vuelto algo frecuente, y dejando a un lado que disfrutaba muchísimo en ellas, me daba miedo decirle que no a Vicenta. Esa mujer imponía un huevo.*

*Llegué casi el primero. Nada más entrar, Vicenta se acercó a mí con una copa en la mano. Por la cara que tenía no supe si sonreír o salir corriendo.*

*—Te he traído una cerveza, me parece que la vas a necesitar. Por cierto, Mario...*

*—¿Dígame?*

*—Primero, que no me llames de usted, no soy ninguna vieja, y segundo, que he decidido dejar de llamarte vikingo.*

*No tenía ni idea de adónde quería llegar. Sabía que me arrepentiría, pero, aun así, pregunté.*

*—Y eso, ¿por qué?*

*—Porque los vikingos no eran unos cobardes.*

*Dicho esto, se dio media vuelta y me dejó en medio del salón con la cerveza en la mano y cara de imbécil.*

*Un minuto más tarde, llamaron a la puerta. Vi entrar a Alba con un vestido con el que estaba preciosa. Me acerqué a coger a Belén.*

*—Hola, Alba. Dame, que cojo a Belén y así puedes dejar las cosas. —  
Saludé de pasada a William.*

*—Gracias.*

*Casi ni me miró. Se giró hacia donde estaba William y se puso a hablar con él, mientras se quitaba el bolso y lo colgaba.*

*Will, como lo llamaba Alba, era un tío simpático; en otras circunstancias me habría caído bien, pero no era el caso. Alba sonreía continuamente cuando estaba con él y eso me quemaba por dentro. En aquel momento, decidí que si William iba a la próxima comida yo me quedaría en casa. Era una idea absurda y yo lo sabía. Si William se convertía en la pareja de Alba, no me quedaría otra que verlo con frecuencia. Aunque él había venido por un tiempo corto y, más pronto que tarde, tendría que volver a su país. Ese pensamiento me animó.*

*Noté una mano apoyarse en mi hombro y me giré.*

*—Disimula un poco, hermanito, lo estás matando con la mirada.*

*Álex me llevo a una esquina un poco apartada. Belén se movió en mis brazos y yo la acuné con suavidad. Parecía increíble como mis brazos se amoldaban a ella.*

*—No sé en qué estás pensando, pero deberías hacer algo. María me ha dicho que Alba empieza a quedar con Will bastante a menudo. Como no espables...*

*—William volverá a Nueva York y Alba y yo volveremos a nuestra relación de antes. —Eso me repetía mentalmente para tranquilizarme.*

*—Veo que estás muy mal informado. Will ha encontrado trabajo aquí, por lo visto, se queda como mínimo un año. Ya ha firmado el contrato.*

*Era uno de esos momentos en los que me gustaría que el suelo se abriera y me tragara. No podía ser. Toda mi esperanza estaba en que William desapareciera lo antes posible.*

*—Mario, ¿estás bien? Te has quedado un poco pálido.*

*—Sí, estoy bien. —¡Y una mierda! No estaba nada bien.*

*—No sé a qué estás esperando para reconocer que estás enamorado de Alba. Y deja de jugar con Ana, no se lo merece.*

—Ana me dejó hace unas semanas.

—¿¿Qué?! ¿Y por qué no me has dicho nada? Y, lo que es más importante, ¿por qué cojones no se lo has dicho a Alba?

—No lo sé. —Cuando Ana me dejó no se lo quise decir a Alba para que no se distanciara, pero estaba claro que ella cada día estaba más lejos de mí. Y luego no tuve ni idea de cómo sacar el tema. Así que yo solito me había metido en esa situación de mierda. Aunque también tenía claro que decirle a Alba que ya no estaba con Ana no quería decir nada. No tenía ni idea de si Alba sentía algo por mí. Si no lo sentía, el hecho de que lo supiera no cambiaría las cosas.

Oí carraspear a alguien cerca de nosotros. Me giré y vi a Vicenta alejarse. ¿Habría escuchado nuestra conversación? Dos segundos después ella chilló desde la otra punta del salón.

—Mario, ¿no va a venir Ana?

—Mmm... No. Ana y yo ya no estamos juntos. —Sí. Estaba claro que había oído nuestra conversación.

No era exactamente así como quería que Alba se enterara, pero Vicenta me había dado la posibilidad de que ella supiera que ya no estaba con Ana, sin tener que forzar una conversación y decírselo yo directamente.

—Ah, pues lo siento. —La vi girarse, no sin antes guiñarme un ojo. No pude evitar sentir admiración por ella. Me alegraba inmensamente tenerla de mi lado, no me gustaría nada tenerla como enemiga. ¡Qué mujer!

La cena fue de lo más incómoda. Alba y William no se la pasaron dándose besos y tonteando, ¡¡menos mal!! Pero sí que podía sentir la complicidad que había entre ellos. No miré a la cara a Alba en toda la cena, y eso que la tenía frente a mí. En cuanto acabé, ni siquiera esperé al postre, me levanté y me despedí de todos. No podía seguir aguantando ver a Alba y a William juntos. Me llevé a Belén porque ellos iban a ir al cine y me alegré de tener a mi hija conmigo.

De camino a casa, estaba tan enfadado que tomé una decisión a la que llevaba mucho tiempo dando vueltas. Solo precisaba el valor suficiente para llevarla a cabo. La mala hostia que tenía en esos momentos me dio la fuerza que necesitaba.

### 33. *La vida son momentos*

Acababa de ver salir a Mario por la puerta y seguía sin poder creerlo. ¿En serio ya no estaba con Ana? ¿Por qué no me había dicho nada?

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, así que salí un momento al balcón a que me diera el aire. William insistió en acompañarme, pero María, al ver que quería estar sola, lo entretuvo, hablándole de Nueva York.

Sentí un escalofrío al salir; no hacía frío, pero se estaba bastante más fresco que dentro. Inspiré profundamente. Las vistas no eran especialmente bonitas, ya que había un edificio justo enfrente, pero poder tener unos segundos de silencio me ayudó a despejarme.

Will era un chico encantador, habíamos encajado muy bien y era todo lo que yo quería. Sin embargo, nunca me había propuesto tener nada serio con él, pensé que se iría en poco tiempo. Todo había cambiado hacía apenas unos días, cuando le ofrecieron quedarse a trabajar en Madrid durante un año. Las condiciones eran tan buenas que no lo dudó y aceptó enseguida. Dos días antes, había dejado el hotel en el que estaba para instalarse en un piso que le cedió la empresa.

Ahora podíamos hacer planes un poco más a largo plazo. Estaba a gusto a su lado, y no me hacía sentir que el mundo fuera a acabarse si algún día decidía dejarme. Era, más bien, algo mucho más calmado. El sexo no estaba mal, pero no había nada que destacar. Sexo sin más. Era justo la relación que llevaba buscando desde hacía mucho tiempo, algo tranquilo y que no me hiciera perder a cabeza.

Aunque me resultaba imposible ignorar el vuelco que me dio el corazón cuando Mario dijo que ya no estaba con Ana. Me daba un miedo atroz precisamente eso, todo lo que Mario me hacía sentir, era lo que había estado evitando toda mi vida.

Intenté serenarme y respirar hondo. Que Mario no estuviera con ella no quería decir que quisiera estar conmigo, y lo que era más importante: ¿quería yo estar con Mario? No, definitivamente no. Por

Mario sí me veía perdiendo la cabeza. Quizá, no de la manera en la que lo hizo mi madre; jamás le daría a mi hija una infancia como la que había pasado yo, pero Mario me hacía sentir tantas cosas que estaba acojonada.

Oí un carraspeo detrás de mí y me sorprendió no haber oído abrirse la puerta. Estaba totalmente absorta en mis pensamientos.

—Hola, niña. Al final te va a dar frío aquí afuera.

—Ahora entro, estaba tomando un poco de aire.

—Ya... el aire... Te piensas que soy tonta. No me lo has pedido, pero te voy a dar un consejo porque quiero. —No pude evitar sonreír. Vicenta era única—. Lo hiciste estupendamente con Belén, afrontaste uno de tus mayores miedos, que era la maternidad, y mírate ahora, ¿te imaginas la vida sin ella? —Se me formó un nudo en la garganta solo de pensarlo—. La mayoría de las veces, los miedos nos impiden hacer las cosas que realmente valen la pena. Solo hay otro miedo que deberías afrontar, y es el amor en pareja.

—Eso ya lo tengo.

—No digas gilipolces. William es un muchacho encantador, pero está claro que no es para ti. Parecéis más dos amigos que dos amantes. Yo hablo del amor de verdad, ese que casi me lleva a una depresión cuando lo perdí.

—¡Pero es que yo no quiero eso! Yo no quiero depender de alguien de esa manera. No quiero querer de esa manera, me parece enfermizo.

—No tienes ni puñetera idea de lo que dices. No cambiaría ni un solo minuto del tiempo que viví con él por estar mejor cuando eso se acabó. Nadie puede quitarte lo que ya has vivido. Igual que nadie podrá quitarme jamás lo que ahora estoy viviendo con Manolo. La vida son momentos, tú decides con quién quieres pasarlos; pero elige bien, o llegará un punto en el que ya no habrá marcha atrás. Así que deja de comportarte como una cobarde y lucha por lo que quieres. O, también, puedes quedarte con una persona por la que no sientes nada; es cómodo y estarás segura, eso no te lo voy a discutir, pero te garantizo que no tiene ni punto de comparación.

Y así, sin más, se dio media vuelta y se fue por donde había venido. Dejándome a mí un nudo en el estómago y un sabor amargo en la boca.

## 34. Esto es lo que quiero

*Las manos no paraban de sudarme. No recordaba ningún momento de mi vida en el que entrar en casa de mis padres supusiera semejante estado de nervios, ni siquiera cuando apenas era un crío, llegaba borracho y no quería que me pillaran.*

*Abrí la puerta con suavidad. Mis padres insistían en que tuviéramos nuestra propia llave y entráramos y saliéramos cuando quisiéramos. Yo creo que habían insistido tanto porque la casa era muy grande y, dependiendo de dónde estuvieran, ir a abrir la puerta era un auténtico incordio.*

*Los busqué por toda la casa y finalmente di con ellos en el jardín. Álex ya había llegado y estaba hablando con mi madre, no supe de qué, porque los nervios hacían que un pequeño pitido sonara en mis oídos. Me acerqué hasta donde estaban y carraspeé suavemente.*

*—Vaya, hermanito, por fin has llegado. Nos tienes intrigados. Después del bombazo de que ibas a ser padre no creo que sea una noticia tan fuerte, pero no conseguimos adivinar de qué se trata.*

*—Bueno, mejor nos sentamos y hablamos.*

*—Hijo, empiezas a asustarme, ¿estás bien?, ¿y la niña y Alba?*

*—Sí, mamá, todos bien, no te preocupes. Es de otra cosa de la que os quiero hablar.*

*—Pues tú dirás, hijo.*

*El último en hablar fue mi padre, acababa de llegar y se había sentado junto a mi madre. Le cogió la mano en un acto casi automático, pero la manera en la que se miraron no fue para nada algo mecánico. Desde que mi padre sufriera un infarto, había cambiado muchas cosas de su vida. La relación con mi madre fue una de ellas; siempre habían estado unidos, pero ahora eran inseparables.*

*Bajé la vista hacia el suelo y tragué saliva, intentando contener el nudo que acababa de formarse en mi garganta. Iba a ser una conversación difícil, porque sabía que haría daño a mi padre y eso me estaba matando.*

Me percaté de que llevaba mucho tiempo callado y de que los tres me estaban mirando. Mi madre con cara de susto, Álex con diversión y mi padre... a mi padre me costaba muchísimo descifrarlo.

—Hijo, respira hondo y tranquilízate, si estáis todos bien no puede ser tan grave.

—Agradecería que no me interrumpierais y que me dejarais hablar de tirón, de lo contrario creo que no seré capaz. Empezaré por ti, Álex. Quiero dejar de ser tu representante. Estoy muy a gusto contigo y pagas muy bien, pero me consume mucho tiempo y desde que soy padre me gustaría pasar con mi hija todo el que pueda. Lo siento.

—Tranquilo, Mario, lo entiendo perfectamente. De hecho, soy consciente de que fui muy egoísta al pedirte que hicieras ese trabajo. Ni siquiera sé si te gusta. No tuve en cuenta lo que tú querías hacer, simplemente eras la persona de más confianza que tenía a mi lado y te lo pedí sin preguntar nada.

—No pasa nada, Álex, podía haber dicho que no.

—Eso también es verdad. Sin problemas, hermano, si me das unos días me busco a alguien.

—Los días que necesites.

Sabía que la conversación con mi hermano no sería difícil, por eso lo elegí primero. Ahora venía lo peor.

—Bueno, papá, ahora te toca a ti.

—No hace falta que sigas. Has venido a decirme que vas a dejar la empresa. —Me dejaron tan parado sus palabras que no fui capaz ni de moverme—. Hijo, soy tu padre y te conozco bien. Has cumplido con tu trabajo como el que más, has hecho crecer la empresa como yo he sido incapaz de hacerlo en todos los años que le he dedicado y te estoy muy agradecido por ello, pero llevas unos meses que no eres el mismo, estás como distante.

—Bueno, en realidad, no es una decisión que haya tomado a la ligera, y te puedo asegurar de que esto no se remonta a unos meses. Nunca me gustó trabajar en la empresa, al igual que tampoco me gustó ser el representante de Álex.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

—Como *Álex* no quería hacerse cargo de la empresa, decidí que era yo el que tenía que ser tu mano derecha.

—Pero, vamos a ver, hijo, eso es suponer mucho. La empresa era mi sueño, no el vuestro. Si hay una cosa de la que me arrepiento es de no haber apoyado a *Álex* desde el inicio de su carrera. No tenías por qué cargar con eso si no te hacía feliz. Yo pensé que era lo que querías.

—No, no es lo que me gusta.

—¿Y a qué te quieres dedicar? Y, por favor, no me digas que quieres ser actor. —Los cuatro reímos y yo pude, por fin, destensar el cuerpo, hasta ese momento lo tuve completamente agarrotado.

—No. Lo que de verdad me gustaría es ejercer de abogado.

—Pues adelante con ello, no deberías haber tardado tanto.

—Pero, papá, ¿qué vas a hacer con la empresa?

—Ya haremos algo, tú por eso no te preocupes. —Me sonrió con tanto cariño que sentí que el nudo que tenía en el estómago se deshacía.

Improvizamos algo de comer y nos sentamos los cuatro a la mesa, como solíamos hacer años atrás; fue una comida de lo más liberadora. Pudimos hablar de todos mis futuros proyectos. Sentir el apoyo de mis padres me confirmó que había tomado la decisión correcta.

La mayoría de las veces, las cosas que creemos que serán demasiado difíciles acaban por no serlo, solo hay que tener el valor de dar el paso.

## 35. *La carta*

Había decidido que ese día lo pasaría en casa sin hacer absolutamente nada. Vería series que hacía un montón que tenía pendientes. Comería todo lo que pillara por la nevera y me haría palomitas en cantidades industriales.

Mario se había llevado a Belén a pasar el día fuera, así que tenía por delante un montón de horas solo para mí. La noche era otra cosa. Habíamos decidido que Belén siempre durmiera en casa, en su cama; por lo menos, de momento, ya que aún era muy pequeña.

Era domingo, y al no tener que trabajar ni estar con Belén sería un día estupendo para pasarlo con William. Pero no me apetecía. Él insistió e incluso programó varios sitios a los que ir. Sé que no le hizo mucha gracia que decidiera quedarme en casa y que no le dijera que pasara, aunque hubiera sido solo a comer. Teníamos poco tiempo para estar los dos solos y ese hubiera sido el día ideal.

No sabía qué me pasaba con él. No tenía ganas de analizarlo en ese momento, ya que había decidido tener el día libre de todo y de todos, pero no estábamos bien, por lo menos, yo no lo estaba. Y era una pena, porque William me encantaba, físicamente y como persona; sin embargo, me daba la sensación de que me faltaba algo.

Decidí no pensar más en eso y me dirigí a la cocina para hacer las palomitas. No me gustaban las que se hacen en el microondas, así que puse la sartén y eché un buen puñado.

Había pasado un par de horas frente al televisor cuando me dio sueño, por lo que decidí ir a mi habitación y acostarme un rato. Abrí la puerta del armario para coger un pijama limpio y, sin saber muy bien por qué, miré hacia abajo; fue entonces cuando observé que había una bolsa tirada en el suelo. En un principio, pensé que era basura y me chocó que estuviera allí, pero pronto caí en la cuenta de que era la bolsa que, en su día, me dio la enfermera con las pertenencias de mi madre.

Hasta ese instante no había encontrado el momento de abrirla, y aunque tenía claro que no hallaría nada de valor, sabía que removería cosas en mí. Pensé que esa era una buena ocasión para hacerlo, ya que estaba sola en casa.

Abrí la bolsa con cuidado y lo primero que me encontré fue su cartera. La aparté a un lado. No estaba preparada para ver fotos. No había mucho más; unos pendientes, un anillo de plata y un jersey. Pero hubo algo que llamó mi atención. Al fondo de todo, había un papel arrugado; al sacarlo pude comprobar que era un sobre, en él ponía mi nombre. Lo abrí y comprendí que se trataba de una carta para mí. Tuve que sentarme en el suelo y respirar hondo antes de empezar a leerla.

*Ya sabes que no sé expresarme bien y me cuesta explicar las cosas.*

*Si estás leyendo esto es porque yo ya no estoy. Con la vida que llevo no creo que tarde mucho en suceder. Llevo esta carta siempre encima para que cuando eso pase llegue hasta ti. Mucha pena no creo que sientas, porque he sido pésima haciendo el papel de madre.*

*Tengo muchas cosas que contarte y será mejor que te sientes, la mayoría de ellas no van a gustarte.*

*Me crie en un pueblecito de Teruel que se llama Andorra; sí, como el pequeño país de los Pirineos, pero en España.*

*Mi infancia fue muy feliz, tenía unos padres que me querían con locura y una hermana pequeña a la que adoraba. Eva y yo teníamos una conexión especial, la gente decía que parecíamos gemelas y nos comportábamos como si lo fuéramos.*

*Me resulta muy difícil de explicar lo que sentía por Eva, ponerle palabras a ese sentimiento es casi imposible.*

*Siempre íbamos juntas a todas partes. Aunque eso empezó a cambiar cuando llegamos a la adolescencia y Eva comenzó a juntarse con un grupo de amigos que a mí no me gustaba nada. Llegaba a casa siempre bebida y mis padres se empezaron a preocupar, por lo que casi me obligaron a acompañarla. Me bastó poco tiempo con ellos para darme cuenta de que no eran buena compañía, bebían en exceso y tomaban drogas. Yo quise hablar con Eva, pero ella no escuchaba a nadie.*

*Estuve un año con esa panda y, al igual que mi hermana, caí en una espiral de alcohol, sexo y drogas. Hasta que un día, aún no sé de dónde, saqué las fuerzas, y decidí mudarme a Madrid e intentar empezar desde cero.*

*Mi hermana, al igual que yo, estaba muy deteriorada, pero en los momentos de lucidez lloramos muchísimo por tener que separarnos. Le dije que me acompañara, pero se negó a dejar a su otra familia, así era como ella llamaba a esa panda de delincuentes.*

*Llegué a Madrid con el poco dinero que me habían dado mis padres. Ellos llevaban mucho tiempo dándonos dinero e intentando que saliéramos de ese entorno tan dañino, por lo que, cuando me mudé, pensaron que sería otro intento fallido.*

*Me costó bastante más de lo que pensaba, pero, al final, encontré trabajo, así que pude alquilar una habitación en un piso compartido y sin saber bien cómo, mi vida empezó a ser normal.*

*Pasados dos años, yo ya tenía un pequeño piso alquilado. Había conseguido alejarme de las drogas y, aunque me emborrachaba de vez en cuando, pensaba que lo tenía controlado.*

*Un día, al volver del trabajo, me encontré a alguien sentado en el portal, le pregunté si me dejaba pasar y al levantar la cabeza me quedé sin respiración. Era Eva. Pero no se parecía en nada a la Eva que yo había dejado atrás hacía apenas dos años. Estaba muy deteriorada y había envejecido muy rápido.*

*La invité a subir y no me fijé en que llevaba algo entre los brazos hasta que entró en mi casa. Me quedé de piedra al percatarme de que era un bebé. Eva lloraba desconsoladamente y me pedía que cuidara de su hija, ya que ella, con la vida que llevaba, se veía incapaz.*

*Meses atrás, Eva tuvo una discusión muy fuerte con mis padres. Había ido a pedirles dinero para un piso, pero ellos, hartos de que los engañase, insistieron en que se quedara con ellos en casa hasta que naciera el bebé o que se rehabilitara para poder cuidarlo.*

*Ella los amenazó con que no verían jamás a su nieta y salió dando un portazo.*

*Yo era la única familia que le quedaba y fui incapaz de negarme, era la hija de Eva y yo ya la quería sin conocerla. Así que, esa misma noche, tú y*

*yo formamos más o menos una familia.*

*Avisé a mis padres de que su única nieta estaba conmigo, pensé que eso los tranquilizaría, aunque Eva me había pedido expresamente que no lo hiciera.*

*Quedé con ellos en un bar de Madrid cuando tú apenas tenías un año. Lloraron muchísimo al verte y empezaron a hacer planes contigo. Yo me asusté, me daba miedo que Eva se enterara y viniera a buscarte y me daba aún más miedo que mis padres te quisieran solo para ellos. Así que nos mudamos de piso y nunca más dejé que te vieran. Me comporté como una auténtica egoísta.*

*Cuando tú tenías, más o menos, siete años, recibí una llamada de la policía para decirme que Eva había muerto de una sobredosis y me informaban de que tenía que ir a reconocer el cadáver.*

*Nunca me recuperé de aquello. A partir de ese momento, me refugié en la bebida y fui incapaz de salir, ni siquiera por ti. Eva era la persona a la que más quería y no me imaginaba un mundo donde ella no estuviera.*

*La pareja que tenía por aquel entonces, y que tú pensabas que era tu padre, me abandonó al ver que la situación no iba a mejorar. Siempre pensaste que era la madre de este señor la que pagaba tus estudios, pero en realidad fueron mis padres los que lo hicieron. Tus abuelos te han añorado y querido siempre desde la distancia. Detrás de esta carta te dejo su dirección y te invito a que vayas a conocerlos. Son dos magníficas personas que no se merecen la vida que les ha tocado vivir.*

*Aunque no fui capaz de demostrarlo, te quise mucho; sin embargo, quise más a Eva. Por cierto, tienes el pelo exactamente del mismo color que el de mi hermana, no me gustaba que lo llevaras suelto porque me recordaba muchísimo al de ella.*

*Eva buscó a la única persona que creyó capaz de cuidarte, aunque en eso también se equivocó. Si de algo estoy arrepentida es de haberle fallado.*

*Sé que ella también te quiso a su manera.*

*Me levanté tambaleándome. No iba a desmayarme. Yo podía con aquello. Era una mujer fuerte.*

*El siguiente recuerdo que tuve fue abrir los ojos en una camilla de hospital. Lo primero que vi fue la cara de Olivia.*

## 36. Alba

*Olivia*

La guardia de esa noche estaba siendo tranquila. Menos mal, porque cada día llevaba peor tener que dejar a Hugo y Natalia en casa para ir a trabajar en fin de semana.

Estaba leyendo una revista de lo más interesante en la sala de descanso y tomándome el segundo café de la noche cuando la puerta se abrió.

—Hola, Olivia.

—¿Cómo lo llevas, Laura? Vamos, que esto ya está hecho. —Me di cuenta enseguida de que Laura estaba muy seria—. ¿Qué pasa?

—No quiero que te pongas nerviosa...

—¡No me digas eso, que es peor! ¿Qué pasa?

—Acaba de llegar Mario. Traía a Alba. Está inconsciente, pero se encuentra bien. Solo tiene un buen golpe en la cabeza. Le han tenido que dar varios puntos.

Aún hoy, no recuerdo cómo llegué a la sala de Urgencias. Ni siquiera reparé en que Laura venía detrás de mí.

Cuando me paré en la puerta y localicé a Alba, el corazón me dio un vuelco. Mi niña. Siempre tan fuerte, se veía muy débil en esa camilla de hospital. Las piernas me temblaban al caminar, y aunque Laura me había dicho que estaba bien, y ella jamás me mentiría en una cosa así, no podía evitar sentirme preocupada y nerviosa.

Como si se hubiera dado cuenta de mi presencia, en el mismo momento en que llegué junto a ella, abrió los ojos y los enfocó en mí.

—Mamá. —Las lágrimas caían por su rostro y yo pensé que el golpe había sido mucho más fuerte de lo que pensaban.

—Cariño, soy yo, Olivia.

Sus ojos volvieron a posarse en mí como si fuera yo la que no entendía nada.

—Ya lo sé. —Se abrazó a mí con tal desesperación que no pude evitar recordar aquella época en la que siempre me llamaba así, cuando estaba en casa, y decía que nada le haría más feliz que el hecho de que yo fuera su madre.

Su llanto era un llanto roto. No era la madre biológica de Alba, pero la conocía como si lo fuera. Algo grave le había pasado.

Al girarme, me di cuenta de que Laura seguía detrás de mí y se limpiaba las lágrimas de una manera poco sutil. Las dos, prácticamente, habíamos criado a Alba, verla así nos estaba destrozando. Cuando se calmó un poco, le di un beso en la frente, volví a tumbarla en la camilla y le pedí que me esperara un momento.

Tardé bastante menos de lo que pensaba en localizar a Fede, el médico que había atendido a Alba en Urgencias.

—Hola, Fede. Quería comentarte algo.

—Pues tú dirás, Olivia.

—Ha entrado una paciente con un golpe en la cabeza. Alba González.

—Sí, una chica pelirroja. No te preocupes, se encuentra en observación, pero parece que todo está bien.

—Quería sacarla de aquí, ya.

—Sería conveniente que pasara la noche en observación.

—Yo misma estaré con ella toda la noche. Mi turno acaba en quince minutos.

—Si tú vas a estar junto a ella no hay inconveniente.

—Gracias, Fede.

—De nada, pero a la mínima la traes.

—Sí.

Las últimas palabras de Fede las oí mientras salía por la puerta. Tenía que hablar con Mario, estaría de lo más preocupado.

Lo vi nada más salir. Había cierto revuelo entre el personal femenino y parte del masculino de aquella planta. Normal, el chico no pasaba inadvertido. Era muy grande y muy guapo, tal y como decía Vicenta, parecía un vikingo. Pero Mario caminaba de un lado a otro de la sala ajeno a dicho alboroto, llevando a Belén en brazos, mientras ella dormía plácidamente.

—Mario. —Nada más pronunciar su nombre, él se giró con cara de pánico.

—Olivia, ¿cómo está?

—Está bien, no te preocupes. —Lo vi soltar aire, se dio media vuelta y se sentó en una de las sillas de la sala de espera.

—Mario, Alba ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza. Sigue en observación, pero está bien, de verdad. —Lo vi asentir con la cabeza y continué hablando—. Me gustaría pedirte un favor. Verás, voy a sacar a Alba del hospital para que no pase la noche aquí. Me la llevaré a mi casa. ¿Puedes quedarte con Belén esta noche?

—No hay problema. —Mario se agarraba el pelo con la mano que le quedaba libre—. Olivia, volví un poco antes a casa de Alba porque Belén tenía unas décimas de fiebre. La acaban de ver y por lo visto son los dientes. —Levantó la cabeza. Me miró con intensidad y pude ver el miedo en sus ojos—. Había tanta sangre... No quiero ni pensar lo que habría pasado si no hubiera regresado antes.

—Ahora no vale la pena darle vueltas a eso. Ve a casa con la niña, cuando llegemos a la mía, le digo a Alba que te llame.

Le di un beso en la frente a Belén, muy suave, para no despertarla, y me di media vuelta; ya, prácticamente, había salido cuando Mario me llamó.

—Olivia, casi se me olvida. Cuando encontré a Alba, tenía esto entre las manos. No tengo ni idea de lo que es, pero igual es importante para ella.

—Gracias, Mario. Se lo daré en cuanto la vea.

Salí de allí lo más rápido que pude. Solo había un sitio en el que quería estar en ese momento, y era junto a Alba.

## 37. *Olivia y yo*

Sentía la cabeza embotada y estaba como aturdida. Iba en el coche con Oliva y su simple presencia me reconfortaba. Como si estando ella nada malo pudiera pasarme. Supongo que era lo que se sentía cuando tienes una madre de verdad, de las que te cuidan y se preocupan por ti.

No hablamos hasta llegar a su casa, pero el silencio nunca fue incómodo con ella.

Al abrir la puerta, pude ver que había luz; me resultó extraño, porque debía de ser muy tarde. Olivia iba delante de mí, pero pude ver de refilón a Hugo tumbado en el sofá... ¿Estaba desnudo?

—¡¡Olivia!! Pero ¡¡¿qué cojones hace aquí la niña?!!

Hugo salió corriendo y pude verle el trasero. La verdad era que se mantenía en forma.

Con todo lo que me había pasado en las últimas horas, tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír. Pero no pude evitar que la sonrisa aflorara en mis labios por lo último que dijo Hugo: «la niña». Esas simples palabras hicieron que me sintiera más en mi casa que nunca.

Olivia se giró, tenía una media sonrisa en la cara. No pude evitar pensar en que si esa misma escena hubiera acontecido con María, esta se habría muerto de vergüenza, pero Olivia no se parecía en nada a su hija.

—Perdona, cariño, pero Hugo pensaba que vendría sola. Siéntate, ¿quieres comer algo?

—Pues, comer no, pero algo calentito sí me apetece.

—Vale. Voy a preparártelo. Deberías llamar a Mario, estaba muy preocupado.

No tenía ganas de hablar con nadie, así que le envié un *wasap*, diciéndole que estaba muy cansada y que hablaríamos al día siguiente, y preguntándole por Belén. En las contestaciones de Mario pude ver que verdaderamente estaba muy nervioso, se debía de

haber llevado un buen susto. Me quedé más tranquila cuando me dijo que pasaría la noche en mi casa para que Belén durmiera en su cuna, y de paso estaba con Hermione, que, por lo visto, no había dejado de ladrar todo el tiempo en que estuve inconsciente; la pobre también debió de asustarse.

Hugo salió de la habitación, ya vestido, y con un mano rascándose la cabeza, gesto que mostraba su incomodidad.

—Perdona, preciosa. —Me di cuenta del momento exacto en el que él vio el apósito que yo llevaba en la cabeza—. ¡Se puede saber qué te ha pasado! ¡¿Olivia, qué le ha pasado a la niña?!

Hugo se dirigía a grandes zancadas hacia la cocina, donde estaba Olivia. Mis labios esbozaron una sonrisa. Eso debía de ser exactamente lo que se sentía al tener padres.

Oí como Olivia lo tranquilizaba y le explicaba lo que me había pasado. Cuando Hugo se serenó, lo envió a dar una vuelta o a su habitación. Ella quería hablar conmigo y quería hacerlo a solas. Hugo refunfuñó, pero acabó haciéndole caso; fue a cambiarse de ropa y salió a correr.

Estaba amaneciendo cuando Olivia se sentó a mi lado en el sofá.

—Toma, cariño, Mario me ha dado esto, lo tenías en las manos en el momento en que te encontró, pensó que te gustaría conservarlo.

Cogí el vaso de caldo que me había dado Olivia con una mano y con la otra la carta; lo hice con sumo cuidado, como si ahí residiera parte de mi existencia y en cierto modo era así. No me di cuenta de que lloraba hasta que Olivia me limpió las lágrimas.

—Podemos hablar o podemos no hacerlo. No estás obligada a nada. Haz lo que consideres mejor para ti.

Aquella era una de las mejores cosas de Olivia, aunque tenía muchísimas más; nunca te presionaba para que le explicaras nada. María decía que era un truco para que hiciéramos exactamente lo contrario y se lo contáramos todo, pero a mí me encantaba no sentirme presionada.

Le dejé a Olivia la carta para que la leyera. Fui viendo como iba cambiando la expresión de su cara y como palidecía su rostro.

—Ahora entiendo lo del desmayo. Sé que es una pregunta absurda, pero ¿cómo te sientes?

—La palabra que mejor lo definiría sería «engañada». Toda mi vida ha sido una farsa. La persona que siempre creí que era mi madre ha resultado ser mi tía, pero, sinceramente, eso es lo de menos. Supongo que necesito tiempo para asimilar todo esto.

—También puedes venirte abajo durante una temporada y recomponerte poco a poco.

—Lo sé, pero no es mi estilo.

—Yo también lo sé, tienes un estilo muy parecido al mío. —Olivia me pasó el brazo por el hombro y me acercó hasta ella—. Alba, cariño, tú solo piensas que las dos te quisieron a su manera.

—Hubiera preferido que su forma de querer fuera distinta.

—Lo sé.

Olivia me sonrió con pena. Estuvimos calladas bastante rato, hasta que ella rompió el silencio.

—¿Vas a ir a conocerlos? —Durante unos instantes no supe de qué me hablaba. Estaba tan relajada entre sus brazos que la pregunta me pilló por sorpresa. Hasta que caí en la cuenta de que se refería a mis abuelos.

—Sí, supongo que ellos tienen derecho a saber de mí y conocer a Belén. Aunque para mí no dejan de ser unos extraños.

Volvimos a callar. Con Olivia pasaba eso. Eran los silencios cómodos, como yo los llamaba.

—Olivia.

—Dime.

—De alguna manera, tú siempre fuiste mi madre y me gustaría que eso continuara siendo así. Eres lo único real que tengo y no quiero perderte.

—Eso no va a pasar jamás. Eres mi hija, y yo a mis hijas las quiero y las cuido a mi manera.

Las dos lloramos y nos fundimos en un abrazo de los que no necesitan palabras.

## 38. Estaba muy jodido

*Alba durmió esa noche en casa de Olivia. No tenía ni idea de qué iba todo aquello, pero estaba muy preocupado. Los wasaps que me envió Alba cuando llegó a casa de Olivia no me aclararon nada, pero preferí no preguntar; si ella quería, ya me lo contaría en otro momento.*

*Sin saber por qué, tenía claro que no era un tema de salud, suponía que, si fuera así, Olivia me habría dicho algo. Era más bien algo personal. Pero Alba era tan hermética con su vida... No sabía nada de su infancia ni de su familia, jamás hablaba de ella y nunca más, después del entierro, volvió a hacer un comentario acerca de su madre.*

*Empezaba a pensar que quizá la vida de Alba no había sido tan fácil como creí en un principio. Y que ese carácter suyo se debía precisamente a todo lo contrario. Parecía que se tomaba las cosas a la ligera, pero no era así.*

*Llevaba un tiempo planteándome en serio dejar de pensar que algún día Alba y yo podríamos ser pareja. Ella parecía no tener ningún interés en mí, y aunque me costaría la vida sacarla de mi cabeza, tenía que empezar a pensarlo. Ella estaba con William y, desde que empezó con él, no habíamos vuelto a tener ningún tipo de acercamiento. Hablábamos de la niña, compartíamos conversaciones, pero poco más.*

*La echaba tanto de menos que me parecía entre increíble y absurdo, ya que jamás habíamos sido pareja. Cada vez que estaba cerca de ella mis ganas de besarla crecían. Había llegado a un punto en el que me conformaría simplemente con poder tocarla.*

*Estaba muy jodido, porque tendría que seguir viéndola toda la vida y así era imposible olvidarla.*

*Sin darme cuenta había llegado a casa de Alba. Pasé la noche allí para que Belén durmiera en su cuna, pero en cuanto se despertó me fui a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Mientras estaba allí, Alba me había llamado, quería hablar conmigo. En cuanto oí su voz, supe que seguía de bajón, sonaba de lo más triste. Suponía que me diría algo de por*

*qué se desmayó el día anterior, pero no contaba con que su explicación fuera demasiado amplia. Conociéndola, me daría una versión muy sesgada, para que dejara de preguntar, pero ella seguiría evitando hablar en profundidad sobre su vida privada.*

*Llamé al timbre con Belén en brazos, se acababa de dormir. Tenía llaves de casa de Alba, pero solo eran para emergencias. Siempre tocaba el timbre primero. La noche anterior, después de insistir más de diez veces, al final, tuve que abrir con la llave, y menos mal que la tenía. Cuando vi a Alba en el suelo, rodeada de sangre, pensé que me daba algo. La ambulancia tardó muy poco en llegar, pero a mí se me hizo eterno, y más cuando, por mucho que lo intenté, ella no volvía en sí.*

*En cuanto Alba me abrió la puerta, llevé a Belén a su cuarto y la metí en su cuna. La miré unos segundos. Cómo se podía querer tanto a alguien tan pequeño. Era una pregunta que me hacía con frecuencia, llegando siempre a la misma conclusión: no tenía ni puta idea de lo que era el amor hasta que nació Belén.*

*Salí al comedor y me di cuenta de que Alba estaba pasando un mal trago; tenía los ojos hinchados, imaginé que había llorado bastante. Lo que más me llamó la atención fue la fragilidad que había en su mirada. Fuera lo que fuese lo que le pasaba, quedaba claro que estaba hecha una mierda.*

*Alba se había sentado en el sofá y dio unas palmaditas a su lado para que yo la acompañara, así que me senté junto a ella y apreté su mano para infundirle fuerzas. Al parecer, funcionó porque empezó a hablar. Primero con voz trémula, pero fue cogiendo fuerza a medida que iba hablando, aunque en muchos momentos la voz se le quebró.*

*Me hubiera gustado preguntarle mil cosas, pero la dejé continuar; me daba la sensación de que si la interrumpía le costaría volver a arrancar.*

*Mientras la escuchaba me di cuenta de que me había enamorado como un auténtico gilipollas. Por si tenía alguna duda, se disiparon en el mismo momento en que Alba dejó de hablar y yo no tenía ni puñetera idea de qué hacer para quitarle esa pena que reflejaban sus ojos.*

*Hubiera dado cualquier cosa por aligerar su sufrimiento. Me hubiera encantado ayudar a la niña que Alba fue y alejarla de la infancia de mierda que le tocó vivir. Todo lo que me explicó me ayudó a entender*

*muchas cosas de ella, pero sobre todo me di cuenta de lo equivocado que estuve al juzgarla y lo difícil que había sido su vida. No podía siquiera imaginarme lo que tenía que ser vivir como lo había hecho ella, cuando era apenas una niña. Yo tenía unos padres a los que quería y que, además, me habían regalado una infancia perfecta.*

*Me hubiera gustado hacer muchas cosas, pero lo único que pude hacer fue envolverla entre mis brazos. Fue un abrazo tan intenso que daba la sensación de que nos habíamos fundido el uno en el otro. La oí sollozar. Aquello me estaba matando, no podía hacer nada por aliviar su pena y eso era lo más difícil. La abracé con más fuerza, como si eso fuera a servir para unir todos sus pedazos rotos. Le acaricié la espalda con suavidad hasta que los sollozos fueron remitiendo.*

*Al separarnos, la miré a los ojos. Por primera vez en mi vida, entendí lo que quería decir ver a través de una mirada. Jamás había visto a Alba tan vulnerable ni tan bonita. Me di cuenta de que estaba muy, pero que muy, jodido.*

*Nuestros labios fueron acortando distancia; ni siquiera sé si fui yo, o si fue ella, tal vez los dos. Después de tanto tiempo, por fin, había un acercamiento. Mi corazón parecía que acabaría saliendo por mi boca. Quedaban apenas unos centímetros para que nuestras bocas se juntaran y me costó no chillar de pura alegría, pero sabía que eso la asustaría. Cuando casi toqué sus labios, nuestra hija se puso a llorar, interrumpiendo un momento mágico, que, con toda seguridad, no volvería a repetirse en mucho tiempo.*

*Entendedme, mi hija es la persona a la que más quiero en este mundo, pero me cago en la puta... ¿Se puede ser más inoportuna?*

## 39. *El amor*

Como ya le dije a Olivia, no me había venido abajo, pero sí había tenido unas semanas muy raras.

Lo primero que hice al volver a casa fue hablar con Mario y explicárselo todo. Parecía un poco alucinado, pero el momento *raro* vino después.

Estábamos sentados en el sofá de mi casa, mientras Belén dormía. No sabía bien por dónde empezar a explicarle, pero al final me salió todo de tirón. Lo que no pude evitar fue derramar algunas lágrimas; bueno, en realidad, muchas, por lo que me vi entre sus brazos con una rapidez increíble. Y ahí me derrumbé de verdad; lo que más me sorprendió fue lo reconfortante que me pareció estar ahí, con él... mejor dicho, fundida en él.

Cuando levanté la cabeza, me encontré con sus ojos; me miraba de una manera que me impresionó, porque si lo hubiera hecho con pena me habría levantado y lo habría invitado a irse, pero no me miraba así, en sus ojos había admiración y eso me desconcertó.

Nuestros labios estaban a punto de tocarse cuando Belén decidió escoger ese preciso instante para despertarse. En ese momento no, pero luego se lo agradecí.

Aunque no había vuelto a ver a William desde dos días antes de encontrar la carta, sí hablaba con él por teléfono, y si bien nuestra relación estaba en un punto muerto, aún no lo había dejado. Sí, he dicho *aún*, porque tenía pensado hacerlo en breve.

Llevaba muchos días dándole vueltas al asunto. Después de asumir que mi madre biológica no era mi madre, sino mi tía (bueno, eso, y el resto de información), no sabía decir cómo me sentía. Estaba muy enfadada, pero también me daba mucha pena toda la situación. Mi vida entera había sido una mentira. Las personas que se suponía me querían tomaron las decisiones por mí, sin hacerme partícipe de mi propia historia, de mi propia vida. No podía echarles en cara la vida que habían llevado y que las había abocado a un final precipitado, no

podía juzgar eso, porque no viví sus vidas y no supe cómo se sintieron, pero sí me enfadaba que me hubieran ocultado mi historia, y que no hubiera sido hasta la muerte de mi madre (bueno, de mi tía) cuando conociera la verdad, mi verdad.

Pero si algo me había enseñado la vida era a vivir con las cartas que esta te repartía, y ya no podía hacer nada para cambiar mi pasado. ¿Me había tocado vivir una infancia de mierda? Sí. Pero lo único que podía hacer en esos momentos era que esa infancia dejara de marcarme. Dejar atrás mis inseguridades y enfrentarme a mis propios miedos.

Empezando por el miedo atroz que le tenía al amor. Mi infancia la marcó el estado en que dejó a mi madre el abandono de mi supuesto padre, pero es que mi madre no se sumió en una depresión ni cayó en el alcoholismo por culpa de ese abandono, fue por un amor bien distinto, fue por el amor a una hermana. No sería fácil, pero tenía que empezar a cambiar todas las creencias que en mi infancia y adolescencia me habían marcado a fuego. Como, por ejemplo, que el amor por un hombre no fue el responsable de la mierda de educación que recibí. Quizá, el amor hacia un igual no era el responsable de todo lo malo que pasaba en el mundo.

Podía verlo en parejas como Olivia y Hugo o María y Álex, pero me había marcado tanto ver a la que yo creía mi madre en las condiciones en las que el «amor» la dejó, que me resultaba difícil apartar todo eso y empezar a creer en otra cosa. Era desaprender todo, para empezar de cero. Lo dicho, nada fácil. Aunque tenía toda la intención de intentarlo.

## 40. Mis abuelos

Unos días después de encontrar la carta, decidí llamar a dos personas que no conocía; en realidad no supe de su existencia hasta hacía muy poco, pero resultaba que eran mis abuelos.

Estaba tan tensa y tan nerviosa que no supe bien ni lo que les expliqué. La mujer se puso a llorar nada más decirle quién era yo y tuvo que poner al teléfono al marido, que tampoco aguantó mucho. Me pidieron mi número y pasada una media hora, que les sirvió para tranquilizarse, y de paso relajarme yo también, volvieron a llamarme.

Hablamos unas cuantas veces más. Me explicaron que no tenían coche, pero que querían vernos y que si hacía falta vendrían en taxi. Les pregunté si les importaría que fuéramos nosotras a verlos un día. Volvieron a llorar y me dijeron que sería un regalo para ellos.

Y así fue como elegimos un día en el que nosotras pudiéramos ir y a ellos les viniera bien; aunque, si soy sincera, me lo pusieron muy fácil. Ese día había llegado. Era domingo y Andorra estaba a apenas tres horas de distancia, por lo que desperté a Belén temprano, así casi seguro se volvería a dormir en el coche. Cogí unas cuantas cosas que iba a necesitar y me puse rumbo a Teruel.

Mario había insistido en acompañarme. Olivia, Laura, María y, por supuesto, Vicenta se habían ofrecido por si las necesitaba, pero era un viaje que quería y necesitaba hacer sola.

Belén durmió prácticamente todo el camino. Se despertó una media hora antes de llegar, pero subí el volumen de la música y no dijo ni *pío*, por lo visto eso la tranquilizaba. Fue en esa última media hora cuando empecé a ponerme nerviosa de verdad.

Aparqué el coche y fue al bajar cuando me di cuenta de que las piernas me fallaban, estaba muy alterada. Coloqué todo en el carro de Belén y busqué la dirección. Como si no me la supiera ya de memoria, iba con un papelito en la mano, simplemente lo llevaba para darme seguridad.

Cuando iba en el coche y faltaba muy poco para llegar, llamé a mis abuelos para decirles que ya casi estábamos, por eso no me extrañó verlos en la puerta cuando nos acercamos a su casa.

En la cara de María y Paco había tanta emoción que no pude evitar que las lágrimas acudieran a mis ojos. Era curioso como dos desconocidos podían hacerme sentir tantas cosas.

Nos fundimos en un abrazo extraño, no sabría decir bien por qué, pero no estaba cómoda. Eso cambió en el transcurso del día.

Que mi abuela se llamara María ya fue un punto con el que me sentí a gusto, pero es que resultó ser una mujer fascinante. Nada avasalladora, respetuosa, cariñosa; un encanto. Paco se mantenía en un segundo plano, pero sin perderse detalle de nada.

Pensé que sería un día lleno de llantos y de dramas —al fin y al cabo, mis abuelos habían perdido a sus dos hijas—, pero eran unas personas tan impresionantes que me dijeron que preferían centrarse en pensar que habían ganado a una nieta y a una bisnieta.

Se interesaron por mi vida antes de tener a Belén, por todo lo relacionado con la niña, pero ninguna pregunta indiscreta respecto al padre. Nada. Les expliqué mi vida sin entrar en mucho detalle, no quería que sufrieran pensando en la infancia que tuve, cuando a ellos no les habían dejado acercarse a mí.

Hablamos durante horas de mí, de mi trabajo, de mi vida y de Belén. Ellos me explicaron un poco de su día a día. Me hablaron de mi madre y de mi tía, de cuando eran jóvenes, de travesuras divertidas que habían hecho. De lo unidas que estaban y lo inseparables que eran. Me di cuenta de que las explicaciones siempre acababan en la adolescencia de ambas. No estaban preparados para hablar de ellas o, simplemente, no querían que mi visita me resultara triste.

Seguía enfadada con las dos. Yo no tenía hermanos y no sabía qué tipo de relación o conexión puede haber, pero pude entenderlas un poco mejor con las explicaciones de mis abuelos; verdaderamente, estaban muy unidas.

No dejé de comer durante todo el día. Me fascinaron los almendrados; eran una especie de merengue con almendras, pero

duros. Me comí tantos que perdí la cuenta. María, que se dio cuenta, me dio un par de cajas para que me las llevara a casa.

Fue una sensación tan placentera la que sentí durante todo el día que me arrepentí de no haberme quedado a dormir allí y haber vuelto a Madrid a la mañana siguiente. Pero en el momento en que decidí ir a verlos, pensé que para ser el primer contacto tendríamos bastante con un día. Si la cosa hubiera ido de otra manera y no me hubiera sentido tan cómoda, o ellos no hubieran resultado tan encantadores, habría sido de lo más embarazoso quedarme allí a dormir.

Nos despedimos, ahora sí, con lágrimas en los ojos y con la promesa de volver a vernos pronto. Mientras me alejaba y los miraba por el retrovisor del coche, los vi más mayores que al llegar y me percaté de cuánto me había perdido de sus vidas y ellos de la mía.

En el viaje de regreso a casa me sentí extraña, pero bien. Una sensación que me había acompañado durante todo el día.

Había conocido a mis abuelos y resultaron ser lo que cualquier niña, o en este caso, mujer adulta, hubiera soñado, pero había muchas cosas que no podría contarles sin hacerles daño. Se habían perdido tanto de mí... No era culpa suya, eso estaba claro. Ya tenían bastante con lo suyo, su vida había sido durísima, pero no dejaban de ser dos personas a las que había conocido ese mismo día.

Tenía tantas emociones encontradas y era todo tan raro que no acababa de sentirme bien. Apenas había asimilado que la persona que creía era mi madre, en realidad, era mi tía; y, de golpe, me entero también de que tengo abuelos. Demasiadas cosas en tan poco tiempo.

Aunque algo sí tenía claro: esas dos maravillosas personas no tenían culpa de nada e iba a ir a visitarlos siempre que pudiera. Sin embargo, al aparcar el coche y darme cuenta de que no era muy tarde, mis pies me llevaron a casa de mi verdadera familia, la que siempre estuvo ahí. No pude evitar ir a ver a Olivia para explicárselo todo.

## 41. *Quería proponerte algo*

Habían pasado algunos días desde que conociera a mis abuelos. Ellos me dijeron que no me llamarían para no importunarme, pero me pidieron, por favor, que los llamara siempre que quisiera, que esperarían esas llamadas con muchísima ilusión. Y así lo hice, los llamé un par de veces y me vi hablando de mi día a día, de Belén y de todo un poco, mientras mi abuela me explicaba lo que había hecho ese día, lo que había cocinado... Una conversación entre abuela y nieta en toda regla.

Con una sonrisa en la cara, aparté mis pensamientos y me puse seria de golpe al acordarme de con quién había quedado esa noche. No veía a William desde hacía mucho, pero lo llamé un par de días atrás para hablar con él. Había tomado una decisión y ese era el primer paso. Comprendí que no sentía nada hacia William, éramos más amigos que una pareja y era una tontería seguir alargando aquello.

Además, ya era hora de ser consecuente con mis sentimientos. Durante mucho tiempo mis miedos habían elegido por mí. Yo no quería acabar como mi madre, no quería un amor que doliera, no quería depender de otra persona; yo no era de nadie.

Había dejado que mis miedos se apoderaran de mí, que decidieran y eligieran ellos en lugar de hacerlo yo, pero eso se había acabado.

En cierta manera, me daba rabia no haberme dado cuenta antes. Necesitar la confirmación de que el amor no hace daño, o sí, pero si no vives ese amor te estás perdiendo mucho. O todo. Equivalía a pensar en no tener a mi hija porque el día que se marchara de casa me dolería. Sí, claro que dolería, pero ¿cambiaría todo lo vivido por eso? No, por supuesto que no. Eso era la vida, y la vida está para vivirla. Que tus miedos o tus creencias te impidan vivirla, sinceramente, es una puta mierda.

Así que haría lo que tenía pensado hacer sin importarme las consecuencias. Quizá, Mario no sentía por mí lo mismo que yo por él,

pero esa no era la cuestión, yo se lo diría y que él decidiese qué hacer con eso.

Le había dado muchas vueltas, tenía que afrontar mi miedo más profundo, pero no iba a dejar que la decisión que tomara Mario, cuando le hablara de mis sentimientos hacia él, me impidiera avanzar a mí. También le había dado muchas más vueltas por Belén, no quería que nuestra relación se enrareciera y eso afectara a nuestra hija, pero, como he dicho antes, en la vida, hay que arriesgar y hay que vivir.

Mientras seguía dándole vueltas a todo, aquello era un no parar, llamaron a la puerta. Ya estaba arreglada, así que me puse un poco de perfume y salí a abrir. Cuando lo vi, no pude creer lo ciega que había estado todo ese tiempo. O, mejor dicho, la venda que me había puesto por no querer ver.

—Hola, Alba, estás guapísima. —No pude evitar pensar que, aunque sonreía, su voz sonaba triste.

—Gracias, Mario. Belén ya está dormida. En la nevera hay comida y algunas cervezas que compré por si te apetecían.

—Gracias, pero no tengo hambre. —Al mirarlo me di cuenta de que se le veía muy serio.

—En el armario, junto al microondas, hay un paquete de galletas de esas que tanto te gustan, eso se come sin hambre. —Le guiñé un ojo y él hizo un amago de sonrisa.

—Muchas gracias, pelirroja. —Solo él era capaz de decir «pelirroja» en un tono tan insinuante. Un escalofrío me recorrió—. ¿No llegas tarde?

—Un poco, sí, pero antes de irme quería proponerte algo. —Mi voz titubeó ligeramente y supe que era mucho más fácil pensar las cosas que llevarlas a cabo.

—Tú dirás. —En cambio, la suya sonó mucho más seca que de costumbre.

—Mañana he quedado con María para que ejerza de tía y vengan ella y Álex aquí durante la noche. Me gustaría que saliéramos a cenar. Tengo algo que decirte.

—¿Y no me lo puedes decir aquí y ahora?

—Vaya, veo que ha vuelto el Mario gruñón. No, no te lo puedo decir ahora, te lo diré mañana, cenando.

—Como quieras.

Sin decir nada más se dio media vuelta, se sentó en el sofá y puso la tele. Con lo borde que era, no acababa de entender cómo podía gustarme tanto; al final, iba a ser verdad eso de que el amor es ciego.

Fui a mi habitación a coger el bolso. Al llegar al salón, me despedí de él con un beso en la mejilla que alargué más de lo necesario. Ahora que tenía claro lo que sentía por Mario, me resultaba imposible mantenerme alejada. Necesitaba tocarlo. Noté como suspiró cuando me alejé de él. Le dije «adiós» desde la puerta, pero él me respondió con un gruñido.

Una sonrisa afloró en mis labios; si Mario lo aceptaba, ser su pareja podría resultar de lo más entretenido.

## 42. *William*

William había hecho una reserva en un restaurante muy sencillo que nos gustaba mucho a los dos. Durante el viaje en coche no paró de hablar, pero yo estaba tan nerviosa que solo contesté con monosílabos.

Había dejado a algunos hombres a lo largo de mi vida, pero con Will era muy diferente. Él era una persona maravillosa y por nada del mundo quería hacerle daño. Además, era lo más parecido a una relación que había tenido en mi vida.

Cuando nos sentamos a la mesa, se me pasó por la cabeza, por primera vez desde que dejé de beber, que una copa de vino me iría genial para suavizar los nervios. Luego me di cuenta de la tontería que había pensado, era una mujer adulta y tenía que afrontar mis propias decisiones.

Se acercó el camarero para tomarnos nota y los dos pedimos sin mirarnos a la cara. Cuando este se alejaba, Will se dirigió a mí.

—Bueno, preciosa, pues ya puedes soltarlo de una vez, y no me digas que no te pasa nada porque casi no has hablado en todo el camino y no paras de restregar las manos. Estás nerviosa y, supongo, es por algo que quieres decirme. Así que dilo ya, y podrás relajarte.

—No es tan fácil. —Mi voz sonó mucho más débil de lo que pretendía.

—Claro que lo es. Si quieres te echo una mano. Vas a dejarme. —Levanté la cabeza de golpe—. No me mires así, llevamos mucho tiempo sin vernos y llevas evitando quedarte a solas conmigo aún más, eso sin tener en cuenta que esta noche estás más distante que nunca. Blanco y en botella.

—Lo siento mucho, Will, no quiero hacerte daño y no sabía cuál era la mejor manera de hacerlo.

—No hay ninguna manera buena de dejar a alguien. No te voy a decir que no me duela, pero llevo esperando este momento desde

hace bastante tiempo. Exactamente desde la primera vez que vi cómo Mario y tú os mirabais.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes perfectamente. Estás enamorada de otro, y yo he intentado pensar que eran cosas mías y que, quizá, me lo estaba imaginando, pero cuando Mario y tú estáis cerca saltan chispas, por mucho que me joda admitirlo.

Me dejó sin habla, y eso era raro en mí; no era consciente de que se me notara tanto como para que hasta Will se diera cuenta. Con lo evidente que era para todo el mundo, y lo que me había costado a mí tomar la decisión. Tenía que decirle algo, porque llevaba un rato callada y estaba quedando fatal.

—Lo siento de verdad, Will, eres una persona...

—Ni se te ocurra decirme eso de «no es por ti, es por mí»; no lo hagas, por favor. Simplemente llegué tarde contigo, tú ya estabas enamorada de otra persona. Punto. No hay nada más que explicar.

No parecía enfadado, pero sí tajante. Su voz no era dura, pero era firme. En ese mismo momento llegó el camarero con los platos y me alegré de la interrupción.

—Creo que no tengo nada más que decir, lo has dicho todo tú.

No volvería a hacer las cosas de esa manera jamás. No había nada peor que cenar con tu pareja y dejarlo justo al empezar. La cena fue tensa y los temas de conversación escasos. Ninguno de los dos pedimos postre y, en cuanto pagamos la cuenta, nos levantamos.

Pensé que el viaje en coche iba a ser aún peor, ya que no podía entretenerme con la comida y estábamos mucho más cerca, pero entonces William habló.

—Quiero que sepas que ha sido un placer compartir contigo este tiempo, que, aunque corto, he disfrutado mucho. Eres una mujer increíble y tienes una hija preciosa. Dale un beso grande de mi parte.

—No pude evitar que las lágrimas se derramaran; odiaba las despedidas con toda mi alma, y aunque tenía claro que con Will no podía ser, no era una situación agradable.

Continuamos en silencio hasta que detuvo el coche frente a mi piso. Me quedé un poco cortada, no tenía ni idea de qué hacer. Se me

olvidaba que se trataba de Will, y que era una persona fantástica.

—Anda, dame un abrazo y prométeme que serás feliz. Te lo mereces.

—Lo intentaré.

—Eso no me basta, tienes que serlo.

—Está bien, lo seré. —Los dos sonreímos y nos fundimos en un abrazo.

Después me bajé del coche y vi como este se alejaba por la carretera. Respiré hondo, no me dolía el corazón ni nada por el estilo, pero, desde luego, esa noche no figuraría entre las mejores de mi vida. Nunca era agradable acabar una relación con alguien, y mucho menos si esa persona era tan encantadora como William.

Me fui hacia mi casa, arrastrando ligeramente los pies.

## 43. ¿Podrías abrazarme?

«Vale. Que no cunda el pánico», me dije. Quería hablar conmigo, quizá no era para lo que estaba pensando, quizá... No sabía a quién pretendía engañar. Lo que me iba a decir Alba era lo que ya sabía desde hacía un tiempo: su relación con William iba a hacerse más seria. ¿Y si habían decidido irse a vivir juntos? ¿Qué pasaría con Belén? ¿Y conmigo?

Un sudor frío recorrió mi espalda y pensé que lo mejor era dejar de dar vueltas a las cosas; total, al día siguiente saldría de dudas. Me senté en el sofá y respiré profundamente, puse la tele para ver si podía distraerme con algo, pero, por lo visto, mi cabeza pensaba otra cosa, y la imagen de Alba y William pasaba por ella una y otra vez.

Había intentado sacar a Alba de mi cabeza y de mi corazón, pero se había metido tan hondo que me resultó imposible. Por eso, empezaba a encontrarme hasta mal. Alba iba a afianzar su relación con William y yo no sabía qué cojones hacer.

A pesar de que me había propuesto no hacerlo, seguí dándole vueltas a todo durante mucho rato, y continuaba pensando en ellos cuando oí la puerta abrirse. Me extrañó que Alba llegara tan pronto, pero cuando entró en el salón, llevaba los ojos ligeramente rojos y di tal bote del sofá que por poco me di con la lámpara en la cabeza.

—¿Qué te ha pasado? —Como William le hubiera hecho algo, juraba que lo mataba.

—Nada, pero ¿podrías abrazarme?

Su petición me dejó totalmente fuera de juego, no esperaba que Alba me pidiera algo así.

Tardé un poco más de lo normal, pero finalmente la rodeé entre mis brazos. Estuvimos un rato así y fue una sensación tan placentera que cerré hasta los ojos. Aunque se me abrieron de golpe cuando Alba posó su mano en mi culo.

Cuando bajé la mirada, Alba me la devolvió, y, ¡joder!, había tanto deseo en ella que tuve que tragar saliva. No me lo pensé y me abalancé hacia su

boca... ¡¡Dios!!, cuánto tiempo hacía que quería hacer eso, y qué bien sentaba. No pensé en nada que no fuera Alba.

Nos quitamos la ropa con una rapidez acojonante. Cuando la tuve desnuda entre mis brazos, supe con una certeza aplastante que quería a Alba con toda mi alma. Era la mujer con la que quería compartir mi vida; me apenó tanto que ese pensamiento no se hiciera realidad que lo aparté a un rincón de mi cabeza para poder centrarme al cien por cien en aquel momento y en ella.

Aunque hubo momentos de ternura, no fui tierno, ella no quería que lo fuera y no lo fui. Pero Alba me miraba de una manera que era incapaz de descifrar. No quería ni pensar que fuera una mirada de despedida, se me hizo tal nudo en la garganta que tuve que respirar hondo unas cuantas veces.

Volvimos a hacerlo en la ducha. No intercambiamos ni una sola palabra durante las dos veces que nos acostamos. Las justas para pedir, o los gemidos de placer. Nada más.

Hacía un par de horas que Alba se había quedado dormida y yo no quería despertarla. Me resultó imposible pegar ojo. Así que me levanté y la dejé sola en la cama.

Fui a vestirme al lavabo y, al mirar la ducha, un montón de imágenes de la noche anterior pasaron por mi cabeza. Alba con la cabeza hacia atrás pidiéndome más. Alba de rodillas frente a mí. Yo de rodillas frente a ella. Su sabor. Su olor. Su pelo, ese maldito pelo que me volvía completamente loco... Tuve que abrir el grifo y ponerme bajo el agua. Nunca tenía suficiente de ella, y eso me dejaba en una situación verdaderamente jodida.

Eché un último vistazo a la cama antes de salir por la puerta. ¡¡Joder!! Lo que daría por compartirla con ella todos los días. Sacudí la cabeza. Fui a ver a Belén, que dormía plácidamente, y cerré la puerta de la calle con cuidado.

Una vez fuera, saqué todo el aire que estaba conteniendo desde hacía horas.

Entonces, sí, mis pensamientos me invadieron. No tenía ni idea de lo que había significado para Alba esa noche, pero sí tenía claro lo que había sido para mí. Imaginé que para ella aquella noche era una especie de despedida,

*me dolió tanto ese pensamiento que me quedé sin respiración. No sabía qué hacer con todos los sentimientos que tenía hacia ella.*

*Cuando aparqué el coche en mi casa, había llegado a la conclusión de que no estaba en mi mano hacer nada si ella no tenía los mismos sentimientos hacia mí que yo hacia ella. Así que puse en orden mis pensamientos para el momento que tuviera que hablar con Alba. Sabía que cuando me dijera que lo suyo con William iba en serio me destrozaría, así que quería estar un poco preparado; sí, soy así de ingenuo, como si fuera posible prepararse para semejante cosa.*

## 44. *¿Qué piensas hacer con Mario?*

¡¡Se había ido!! Nos habíamos acostado dos veces esa noche y se había ido antes de que me despertara. Aquel capullo iba a oírme esa misma noche. Tendría mi declaración de amor, por supuesto, pero antes le iba a caer una que no iba a saber ni por dónde le venía.

Me sorprendí del sueño profundo que me invadía cuando dormía junto a Mario. Yo, que tengo un sueño de lo más ligero, ni siquiera me había enterado de que se había ido. Igual se debía al buen sexo, que me dejaba roque, o, simplemente, que con Mario a mi lado me sentía más tranquila. No sabía el motivo, pero si me llego a despertar cuando se estaba yendo me habría oído, pero bien.

Desayuné tranquila y con una tonta sonrisa en los labios. Belén dormía, por lo que me pude duchar y arreglar para la comida que tendría con María.

Hacía mucho que no hablábamos tranquilamente y aunque nos llamábamos por teléfono casi a diario y los *wasaps* iban y venían, tenía muchas ganas de mantener una conversación tranquila con ella.

Olivia se ofreció a quedarse con Belén ese día, luego María y Álex irían a mi casa para que Belén durmiera en su cuna, ya que esa noche tenía cena con Mario. La sonrisa volvió a mis labios, aunque se borró de golpe al acordarme de que se había ido sin despedirse. Ahora, eso sí, me negaba a darle vueltas a lo que él había sentido; si se fue porque sus sentimientos hacia mí eran diferentes a los míos, pasaba totalmente de esa mierda. Yo lo quería y quería estar con él, se lo diría y dejaría la pelota en su tejado.

Me había cansado de andar de puntillas en lo que a hombres se refería, con Mario pensaba pisar fuerte, por él estaba dispuesta a arriesgar y si, por lo que fuera, no salía bien, volvería a levantarme y lucharía por lo que quería, como había hecho siempre.

Llegué tarde al restaurante donde había quedado con María. No sabía cómo lo hacía, pero desde que era madre, por mucho que fuera sobrada de tiempo, acababa llegando tarde a todos los sitios.

—Perdona, María, ¿hace mucho que esperas?

—No te preocupes, acabo de llegar. —Seguro que mentía, pero era difícil que María te diera una mala contestación. Igualita que yo, vaya.

Nos pusimos a hablar de Belén, pero sobre todo de trabajo. A María le iba fenomenal el negocio de fotografía. Se había creado un nombre y la gente ya entraba en la floristería preguntando por ella. En una semana tenía un evento que le hacía mucha ilusión, ya que se trataba de unas bodas de oro y los *novios* resultaron ser unos ancianos encantadores. Estuvo más de un cuarto de hora contándome anécdotas de ellos. No pude evitar pensar que debía de ser bonito compartir tantos años con la persona a la que quieres.

No nos podíamos quejar, en su momento, decidimos arriesgar y a las dos nos iba muy bien el negocio. Yo tardé más en despegar, pero ahora la cosa iba viento en popa. Además, nuestros negocios eran muy compatibles; María me enviaba a los novios a la floristería a por las flores y a los que venían a la floristería yo les recomendaba a María para las fotos del gran día.

Cuando ya nos estábamos comiendo el postre, María hizo la pregunta que llevaba esperando toda la comida.

—Alba, ¿qué piensas hacer con Mario?

—¿Exactamente a qué te refieres? Se me ocurren un montón de cosas que hacer con Mario... —La miré con una sonrisa tan pícaro que María se sonrojó.

—¡No me refiero a eso!

—Ya sé a qué te refieres. Pues verás, María, me he enamorado de Mario como nunca lo había hecho de nadie, cosa que tampoco es muy difícil, porque estaba totalmente cerrada al amor. Pero Mario es un gruñón encantador, lo quiero y tengo toda la intención de decírselo esta noche. Y ahora cierra la boca, que esa expresión te hace parecer tonta. Aunque también te voy a decir una cosa... Anoche, nos acostamos dos veces y esta mañana ha salido corriendo de la cama, antes de que me despertara. Eso es de ser muy capullo, y también se lo voy a decir...

—¡Para! Me vas a volver loca, ¿me estás diciendo que te has enamorado de Mario y que esta misma noche os habéis acostado?

—Dos veces. Muy buen resumen, por cierto.

—Pero ¿y Will?

—Hostia, es verdad, que no te lo he dicho. Anoche, lo dejé con Will, no sentía nada por él, eso sin tener en cuenta que estoy enamorada de Mario. El pobre no se merece que lo maree, se ha portado muy bien conmigo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Soy la misma de siempre, solo que he dejado atrás muchos miedos que no me dejaban avanzar.

—Pues me parece una decisión muy acertada.

—¿Verdad?

—Lo único es que me da pena Will, pobre, con lo buen chico que es...

—Tendremos que hacer de celestinas, ¿tienes alguna amiga soltera?

—A Raquel y a ti, y ninguna de las dos estáis por la labor.

—Pues más bien no.

Continuamos hablando de todo. María y yo nunca nos quedábamos sin temas de conversación, es más, muchas veces nos interrumpíamos la una a la otra para poder contarnos cosas.

Nos despedimos con un abrazo y con la promesa de quedar para comer más a menudo.

Y para que no nos pasara lo mismo de siempre, en ese mismo momento apuntamos en nuestras agendas el martes siguiente, así seguro que nos veíamos la semana siguiente.

## 45. Alba, me llamo Alba

*Era necesario que me moviera, llevaba listo desde hacía media hora y tenía que salir ya o, al final, llegaría tarde.*

*No había parado de darle vueltas a todo, últimamente mi cabeza no se detenía. Alba y yo siempre habíamos tenido una potente atracción sexual. Desde el primer momento en que nos vimos, saltaron chispas... ¿Era a eso a lo que se reducía nuestra relación? ¿Por eso se acostó conmigo la noche anterior? ¿Y ahora qué?*

*Yo solo me había respondido a todas esas preguntas, y la respuesta que más me dolía era la última. Ahora Alba se distanciaría de mí y volvería a los brazos del bueno de William.*

*Me levanté y me dirigí a la cocina, tanto darle vueltas a todo había hecho que me doliera la cabeza. Me tomé una pastilla y decidí coger la moto, la velocidad siempre ayudaba a relajarme.*

*Al final, llegué al restaurante unos minutos antes de la hora. Era otra de las ventajas de ir en moto: el aparcamiento. Me senté en la mesa que habíamos reservado y pedí una cerveza. Iba a pedir un whisky doble, pero quería tener la mente despejada.*

*Cuando la vi entrar me faltó poco para atragantarme con la cerveza. Llevaba un vestido negro, muy corto y muy escotado; no pude evitar pensar que no era especialmente de su estilo, pero entonces me fijé en el bolso y los zapatos y sonreí, ambos complementos sí eran de colores.*

*Estaba tan guapa que tuve que tragar saliva varias veces antes de poder articular palabra.*

*—Hola, Alba, estás preciosa. —No sé por qué me levanté a su llegada, supongo que sería por los nervios.*

*—¡¡Siéntate, capullo!! A ver si te crees que vas a salir de mi cama sin ni siquiera despedirte y vas a actuar como si nada hubiera pasado. No soy uno de tus ligues y no vas a tratarme como tal.*

*Me senté en el acto y fui consciente de que todo el restaurante nos estaba mirando, pero me dio exactamente igual. Alba me había dejado sin*

*palabras, así, tal cual. Bueno, sin palabras y muy cachondo, me encantaba cuando le salía esa vena mandona, hacía mucho tiempo que no la sacaba.*

*Me removí en la silla y le di un trago a la cerveza para ver si así me enfriaba un poco. No funcionó.*

*El camarero se acercó y pedimos sin intercambiar una sola palabra entre nosotros. Me pareció que Alba estaba nerviosa por la manera en la que movía las manos, eso me hizo recordar lo que nos había llevado allí y los nervios me invadieron por completo.*

*—Mira, Mario, me gustaría que no me interrumpieras o no seré capaz de decirte todo lo que quiero. Y como dijo un buen amigo mío: «es mejor sacarlo todo cuanto antes para después poder relajarse», así que allá voy. Lo primero que quiero que sepas es que anoche lo dejé con Will. —No pude evitar levantar la cabeza de golpe, pero, como ella me había pedido, no la interrumpí—. Ya hablaremos de eso más tarde, ahora hay otras cosas que quiero decirte. —Vi como tragaba saliva con dificultad y continuaba hablando. No tenía ni idea de lo que iba a contarme, así que toda mi atención estaba puesta en ella—. A la primera persona a la que le he dicho «te quiero» ha sido a nuestra hija. Me salió solo, y no me costó absolutamente nada, surgió de manera natural para mí. Pero jamás le he dicho «te quiero» a un hombre porque no quería que mi pareja tuviera poder sobre mí. Me ha costado mucho comprender que querer a alguien no implica que una persona tenga poder sobre la otra, ya que eso solo depende de mí. Pero, por fin, lo he entendido y me entrego a ti con la certeza de que yo solo me pertenezco a mí misma.*

*» Yo no soy de nadie, no quiero ser de nadie, pero me encantaría compartir mi vida contigo. Me he dado cuenta de que he estado intentando evitar una cosa tan obvia que, al final, me ha resultado imposible. Mario, te quiero, creo que te quise y te odié por ello desde la primera vez que te vi.*

*Tardé tanto en procesar la información que me percaté de que el rostro de Alba perdía cada vez más color; cuando agachó la cabeza, por fin, reaccioné. Estaba tan eufórico que tenía ganas de chillar. Le cogí la mano y ella levantó el rostro de golpe.*

*—Gracias, Alba. No tengo ni puta idea de lo que he hecho para merecerme a mi hija y a ti, pero prometo que no te arrepentirás de esto*

*jamás. Necesito que entiendas que yo no quiero que me pertenezcas, ni quiero tener poder sobre ti, eso solo haría que no fueras tú, y no hay nada que me guste más que tú, en todo tu esplendor. Pero, sobre todo, lo que quiero es darte las gracias, gracias por elegirme. Te quiero, cariño.*

*Después de soltar la última frase la vi sonreír. En un principio, pensé que se debía a su significado, pero poco después entendí que era esa sonrisa pícaro que solo Alba sabía poner, y que a mí me volvía totalmente loco.*

*—Alba, me llamo Alba, pero no te preocupes, te lo puedo recordar siempre que quieras. —No pude evitar sonreír.*

*No iba a ser fácil, Alba y yo teníamos unos caracteres muy fuertes, que chocarían continuamente, pero es que a mí siempre me gustaron los retos.*

## 46. *La noche de antes*

*Unos meses más tarde*

Ese día era viernes y estaba de muy buen humor. Hacía unos meses que Mario y yo vivíamos juntos. Y hacía unas semanas que me había regalado un viaje a Florencia. Era nuestra luna de miel sin serlo.

Unas semanas antes habíamos hablado del tema.

—No entiendo por qué no quieres casarte. Los dos solos, en un ayuntamiento, nada más.

—Y yo no entiendo tu insistencia con el tema. —Me acerqué a él y le di un beso corto—. No voy a casarme porque estoy bien así, y no voy a firmar un papel en el que ponga que pertenezco a otra persona.

—Y la celebración, ¿no te apetece? —Me miró con cara de niño bueno, sabiendo lo que me gustaba juntar a nuestras familias. Y pensando que se saldría con la suya.

—Perdona, pero eso me parece una idea genial.

Y así fue como organizamos una boda sin boda para el día siguiente. Invitamos a un restaurante a los más allegados. Mis abuelos llegaban el mismo día por la mañana, y estaríamos los de siempre. Nada de ceremonias, nada de papeles, solo una comida entre familia y amigos.

Tal y como hicimos antes de la boda de María, esa noche quedamos para cenar ella, Raquel y yo. Y esta vez fue a mí a la que no le apeteció hacer nada más que una cena en casa.

Mario había salido a cenar con Álex y pasaría la noche en casa de sus padres. Yo le dije que era una tontería y que me daba igual que saliéramos los dos de casa —total, no era una boda—, pero él insistió y a cabezón no le gana nadie.

Llamaron a la puerta con puntualidad inglesa y yo supe que quien había conducido hasta mi casa había sido María, era la rectitud en persona.

—Hola, chicas, adelante.

Venían las dos vestidas de manera informal, pero estaban preciosas; sin embargo, por primera vez en mi vida, no me sentí inferior a ellas. Y sentaba *taaan* bien. Me di cuenta de que mi pelo no me gustaba nada por la manía que tenía mi tía de esconderlo en coletas y moños desde que era una niña. Por fin, pude comprender que lo hacía para no recordar a mi madre, pero a mí me había hecho aborrecerlo. Aunque, ahora, estaba aprendiendo a aceptarlo y hasta me gustaba ese color rojizo tan peculiar. De un tiempo a esa parte me quería tal y como era, con mis defectos y mis virtudes.

Raquel entró con una sonrisa en la cara y supe que no tardaría mucho en hablar. No me equivoqué.

—No me puedo creer que vayas a casarte, ¡tú!, que siempre has odiado estas cosas y nos has agobiado hasta la saciedad.

—En realidad no me caso, solo es una comida en familia.

—Ya, pero todos sabemos que es mucho más que eso y que tiene otro significado.

Lejos de sentarme mal sus palabras, me vi sonriendo. No quería casarme con Mario, ¿para qué? Teníamos una hija en común y estábamos juntos libremente. Pero me encantaba pensar que lo nuestro era amor.

—Además, cállate, que eres la menos indicada para hablar, te pasas el día babeando por Abril.

—Pero si no lo niego... Estamos en un momento maravilloso. Quién me iba a decir que dejaría a su marido por mí, eso solo pasa en las películas. Normalmente la amante se tiene que aguantar con las migajas, pero, chicas, yo me he llevado el pastel entero. —Las tres sonreímos.

—Madre mía, quién nos ha visto y quién nos ve, estamos de lo más empalagosas.

—Bueno, yo lo resumiría en que las cosas nos han ido bien. Muy bien, en realidad.

—¡Ay, María! Qué resúmenes más buenos haces.

Pasamos la noche recordando viejos tiempos y hablando sin parar. Al final, a las cinco de la mañana, las tuve que enviar a casa, quería dormir aunque fuera un par de horas.

No iba a ser una novia como tal, pero quería estar despejada al día siguiente.

## 47. Una madre

Los padres de Mario se habían llevado a Belén para que yo pudiera arreglarme tranquila. Por mucho que insistí en que no hacía falta, ya que no era una novia al uso, no me hicieron caso. Así que, aunque sabía que lo hicieron con la mejor de las intenciones, me encontraba sola en casa, lo cual no me apetecía nada. Llevaba mucho mejor mi miedo a la soledad, pero precisamente ese no era el mejor día para estar sin compañía.

Acababa de ducharme y me estaba secando el pelo con la toalla cuando oí que llamaban a la puerta. Me extrañó, ya que no esperaba a nadie. Me lie una toalla y deseé que no fuera ningún vendedor, no era plan de recibirlo así.

Cuando abrí, una sonrisa se dibujó en mi cara sin pretenderlo. No sabía la ilusión que me hacía que ella viniera hasta que la vi en el quicio de mi puerta.

—Hola, preciosa, no pensarás que voy a dejar que te arregles sola el día de tu boda... —No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Olivia, no es mi boda. Solo una comida en familia.

—Vale, lo que tú digas. He traído un desayuno de lo más *light*. Unos churros que no paran de gotear aceite y que huelen de muerte.

Nos sentamos a la mesa de la cocina con un café con leche cada una y un montón de churros. Comimos en silencio. Fue uno de esos escasos momentos que te da la vida en los que no puedes ser más feliz. Lo tenía todo. No podía pedir más.

Olivia se vistió en mi casa y, aunque no iba tan arreglada como en la boda de María, estaba preciosa.

En el momento en que me ayudaba a peinarme no pude evitar decirle unas palabras que llevaban rondándome por la cabeza todo el día.

—Olivia —ella alzó los ojos y me miró—, sabes que lo de hoy no va a ser una boda, o por lo menos para mí no lo es, pero si lo fuera sería un verdadero honor entrar de tu mano al altar. Gracias por estar

siempre en mi vida. Gracias por animarme y apoyarme en todo. Gracias por regañarme cuando tenías que hacerlo, pero, sobre todo, gracias por ser la madre que nunca tuve y, ahora también, la mejor abuela que mi hija pueda tener.

Las dos nos fundimos en un abrazo con sollozos incluidos. Y nunca unas lágrimas me habían sentado tan bien. Hay cosas que vale la pena decir. Eso sí, luego tuvimos que correr porque habíamos estropeado el maquillaje y tuvimos que volver a retocarlo.

Cuando nos dirigíamos hacia la puerta, Olivia me paró y me miró a la cara; solo ese gesto consiguió que me costara tragar saliva, se me había hecho un nudo en la garganta, y es que los ojos de Olivia transmitían tanto amor...

—Las dos hemos tenido una vida dura, pero hemos sabido superar y enfrentar nuestros miedos. No dejes que esos miedos tomen decisiones por ti, nunca más. Estás preciosa, siempre lo has sido, por dentro y por fuera. Y, además, eres una de las personas más fuertes que conozco. Cada día que pasa estoy más orgullosa de ti. Te quiero, hija.

La vida me había quitado muchas cosas, pero me había dado otras maravillosas. Tener una madre como Olivia era una de ellas.

## 48. Mi nuevo trabajo

*Era mi primer día de trabajo. Me habían admitido en un importante bufete de abogados de Madrid y estaba mucho más nervioso de lo que quería reconocer.*

*La empresa de mi padre se vendió mucho más rápido y por bastante más de lo que pensamos en un primer momento. No voy a negar el haber pasado unas semanas bastantes duras. Tuve muchísimo trabajo para dejar todo cerrado e intentar que la venta fuera bien. Aunque no me arrepentía de nada. Y la reacción de mis padres me había dejado totalmente perplejo. Si lo llego a saber, hubiera tomado la decisión mucho antes. Aunque las cosas llegan cuando tienen que llegar.*

*Hacía, también, algunas semanas que ya no era el representante de mi hermano. En un principio, lo eché muchísimo de menos, ya que, al trabajar juntos, nos veíamos, mínimo, dos veces a la semana. Unas semanas antes, cuando estaba a punto de hablar con él para comentárselo, mi teléfono sonó.*

*—Oye, hermanito, que hayas decidido abandonarme como representante no quiere decir que también lo hayas hecho como hermano, ¿verdad? — Sabía que me lo decía en broma, pero sus palabras resonaron en mí—. Es broma, ya lo sabes, es mi manera de invitarte a cenar esta noche.*

*Y así fue como quedábamos un par de veces a la semana para cenar y poder hablar como lo habíamos hecho hasta ese momento. Aunque de temas bastante más diversos, ya que no solo hablábamos de trabajo. Unas veces, salíamos a cenar fuera, y otras, Álex venía a casa y era Alba la que salía con María y Raquel.*

*Con esos pensamientos llegué donde estaba el bufete en el que trabajaría y respiré hondo. Era un edificio bastante impersonal, pero muy grande, me llamó la atención que el bloque entero perteneciera al mismo bufete.*

*Mi nuevo jefe me había dicho que ya tenía un equipo asignado. Estaba formado por otro hombre y una mujer, con bastantes años de experiencia. Al parecer, hacía años que los habían puesto a trabajar a los dos, como equipo, y no perdían ningún caso. Esperaba encajar con ellos.*

*Se me hacía raro tener jefe después de tantos años sin que nadie me dijera lo que debía hacer, pero me encantaba formar parte de un equipo, siempre me gustó mucho contar con alguien a la hora de trabajar.*

*La chica de recepción me hizo esperar, mientras hablaba por teléfono, y luego me indicó que subiera a la segunda planta.*

*Entré en una sala bastante amplia y luminosa, no pude evitar hacer un repaso al que sería mi nuevo sitio de trabajo. Me gustó. No se parecía en nada a lo que tenía en mente. Estaba decorado en colores neutros y era muy agradable.*

*Me dirigí a una chica que estaba sentada detrás de una mesa llena de papeles. Me pidió que me sentara, no tardarían mucho en salir a buscarme. Retrocedí un montón de años y me sentí como un niño en el primer día de colegio.*

*Mientras esperaba, mi mente se fue al día de nuestra no boda, aunque para Alba y para mí había sido mucho más. Fue un día muy bonito y emotivo. Sobre todo, porque Alba dedicó unas palabras a Olivia y a sus abuelos que hicieron llorar a la mayoría de la gente y a mí me pusieron la piel de gallina. Lo pasamos muy bien. Alba había elegido un vestido muy sencillo, largo, de color verde. Lo único en que pensaba, cada vez que la miraba, era en el momento de quitárselo. No dijimos nuestros votos en público. Mientras bailábamos agarrados, nos susurramos unas palabras al oído, improvisadas, y mucho más bonitas por ese simple hecho. Sabía el significado de los votos que Alba me hizo y lo que representaba todo lo que dijo. Mientras los decía se me formó un nudo en la garganta. Nunca olvidaré esas palabras.*

Yo no soy de nadie.

No eres mi media naranja, porque quiero a una persona entera.

No necesito ser la media naranja de nadie, porque yo estoy completa sin ti.

No me hace falta un hombre a mi lado, porque yo puedo sola.

No necesito un caballero, porque quiero a un igual.

Por eso agradezco tenerte a mi lado, compañero, amante, amigo, pareja, padre de mi hija... y muchos nombres más que podría

ponerte.

No nos necesitamos. No somos el uno del otro, pero caminamos juntos, de la mano, en la misma dirección y eso, para mí, es lo más importante.

*Yo nunca fui muy bueno expresando sentimientos; bueno, en realidad nunca fui muy bueno con las palabras. Pero le dije lo que de verdad sentía y lo hice de corazón, que para mí era lo más importante.*

No quiero que seas mía, ni siquiera quiero que seas de nuestra hija. Lo que de verdad quiero es que compartas la vida con nosotros, porque tres es mejor que uno.

Te quiero como no creía ser capaz de querer, y eso me lo has enseñado tú. Gracias por darme tanto. Y, por cierto, caminando junto a ti, de la mano, iría al fin del mundo.

*Aparté mis pensamientos en el momento en que la puerta del despacho se abrió y alcé la vista; por ella salieron una mujer menuda y un hombre alto. Los dos eran muy guapos, aunque me sacaban algunos años.*

*Se acercaron hasta donde yo estaba. Me levanté. El hombre tendió su mano y me dijo:*

*—Hola, soy Lucas, y ella es Daniela. Bienvenido al equipo.*

*Supe, desde el primer momento, que estaba en el sitio indicado con el equipo perfecto.*

## Epílogo

*Unos años después*  
*Olivia*

Hugo y yo nos habíamos comprado una casita con jardín. Decidimos cambiar el piso por la casa, ya que Alba volvía a estar embarazada y queríamos que nuestros nietos tuvieran espacio para jugar. Aquella fue la excusa que puso Hugo, yo sabía desde siempre la ilusión que le hacía tener una casa.

Ese día, quedamos todos para celebrar el próximo enlace de Raquel y Abril, que tendría lugar una semana más tarde. Planeamos hacer una barbacoa y pasar un tiempo juntos; lo del enlace era la excusa perfecta, aunque nosotros siempre encontrábamos un motivo para reunirnos.

Vicenta había echado a todos los hombres de la barbacoa. Les dijo que tenían mucha cara. Ellos se hartaban de hablar y beber cervezas mientras le daban la *vueltecita* a la carne, pues que no. Que ellos pusieran la mesa, hicieran el aperitivo y las ensaladas y ya nos encargábamos nosotras de darle la vuelta a la carne. Vicenta era una de las mujeres más inteligentes que conocía.

—Alba, ¿te encuentras bien para estar aquí de pie? —Mario se acercó hasta donde estábamos nosotras con mi preciosa nieta en brazos. Belén había sacado el pelo de su madre y los ojos de su padre, y una mezcla explosiva del carácter de ambos.

—Estoy bien. —Cuando Alba y Mario se miraban, el ambiente cambiaba, quedaba claro que estaban locos el uno por el otro, pero, aparte de eso, se podía percibir la atracción sexual a kilómetros. Se dieron un beso rápido. Todas pudimos percatarnos de lo que les costó a los dos cortar ese beso.

Mientras Mario se alejaba, se hizo el silencio. Me fijé en que todas lo estábamos mirando.

—La suerte que tiene la puñetera pelirroja. ¡Cómo está el vikingo!  
—Nos pusimos a reír ante la ocurrencia de Vicenta. Ella nos miró con cara de sorpresa—. ¿Qué? Me vais a decir que no está que cruje. — Vicenta no tenía remedio.

Nos sentamos a comer en una mesa enorme. Quién me iba a decir que mi familia iba a crecer tanto.

Antes de empezar, Vicenta propuso un brindis. Todos nos levantamos.

—Por la familia. Por todos nosotros. En especial, por las mujeres de esta mesa. Gracias por darme tanto.

La vi sentarse con rapidez. No quería que la viéramos emocionarse.

Mientras Andrés y Óscar se metían con ella por haberlos dejado fuera del brindis, Laura la cogió de la cara y le dio un beso enorme.

Desvié la vista. María y Álex estaban sentados frente a mí. Habían decidido que ser padres no iba con ellos. Los dos estaban muy volcados en sus carreras y el uno en el otro. No necesitaban ni más ni menos. Estaban inmensamente felices.

Miré a Alba. Radiante. Nunca en mi vida había visto tanta felicidad en sus ojos. Bajé la mirada hacia su barriga. Otro nieto en camino. Noel. Estaba a punto de emocionarme cuando Hugo cogió mi mano y lo miré. Se acercó a mi oído y me susurró:

—Tenemos una gran familia. —Aquel hombre siempre conseguía ponerme la piel de gallina. Asentí con la cabeza y le di un beso en los labios.

Miré a Natalia y pensé que solo me quedaba que, en un futuro, ella encontrara la felicidad para que mi vida fuera plena, pero para eso aún quedaba mucho... ¿O no tanto?

FIN

## *Nota de la autora*

Olivia, María y Alba me han acompañado durante mucho tiempo y las voy a echar muchísimo de menos. Despedirme de ellas me ha costado bastante más de lo que imaginaba.

Ahora mismo estoy inmersa en otra novela que nada tiene que ver con ellas, pero que deseo que también os guste.

De momento no tengo intención de continuar, pero quién sabe si con el tiempo me animaré a escribir la historia de Natalia. Nunca digo «nunca».

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en:

Instagram: @tamaramarín04

Twitter: @tamaramarín04

Facebook: Tamara Marín Autora o Tamara Marín

## *Agradecimientos*

A mis hijas, porque no quiero que seáis de nadie más que de vosotras mismas. Y aunque yo tampoco soy de nadie, vosotras lleváis un trozo de mi corazón.

A mis padres, por darme una infancia perfecta. «Gracias» es una palabra que se queda muy corta.

A mi hermano, por darme tanta caña y exigirme siempre más. Porque contigo de la mano voy al fin del mundo.

A mi gruñón particular, por su enorme paciencia y comprensión. Somos un equipazo.

A Vane y a José. Mis lectores cero. Por vuestras sugerencias, críticas y risas. Gracias.

A María, Paco, María, Natalia y también a Esteban y a Piedad, allí donde esté. Pocas formas hay de expresar un agradecimiento tan sincero; lo dejo en un «gracias infinitas».

A María Pilar, de Adictas Romántica, por aceptar ser mi lectora cero y por ser un encanto de persona.

A todo el equipo de Mundopalabras. Por estar siempre que los necesito y ser unos profesionales impresionantes. Especialmente a Taira, porque eres una persona maravillosa y lo haces todo facilísimo.

A Nerea, porque, sin saber bien el motivo, la portada de Alba me daba muchísimo respeto. Gracias por volver a hacer magia.

A Lucía, por todo lo que he aprendido contigo y por animarme siempre a perseguir mis sueños.

A Eli, directora de la biblioteca de Ripollet. Gracias por ser tan encantadora y ponerlo todo tan fácil.

A toda la gente que ha tenido una mala infancia y ha sido capaz de luchar contra esa adversidad. Mi más profunda admiración.

A todas las familias que no están unidas por lazos de sangre, porque, al final, el mejor y único lazo es el del amor.

A todas las niñas y todos los niños que han pasado por mis manos a lo largo de mis años como educadora. Enseñar es aprender cada

día, gracias por darme tantísimo.

A todos los que empezasteis con *Haz que ocurra*, a los que os engancharéis en *No soy una princesa* o los que preferisteis *Me quiero más a mí*. Gracias de corazón por vuestras muestras de cariño.

A ti, que acabas de terminar esta historia; deseo que la hayas disfrutado de principio a fin.